

PAISAJES DE
OCCIDENTE

DA
CIC

P07297

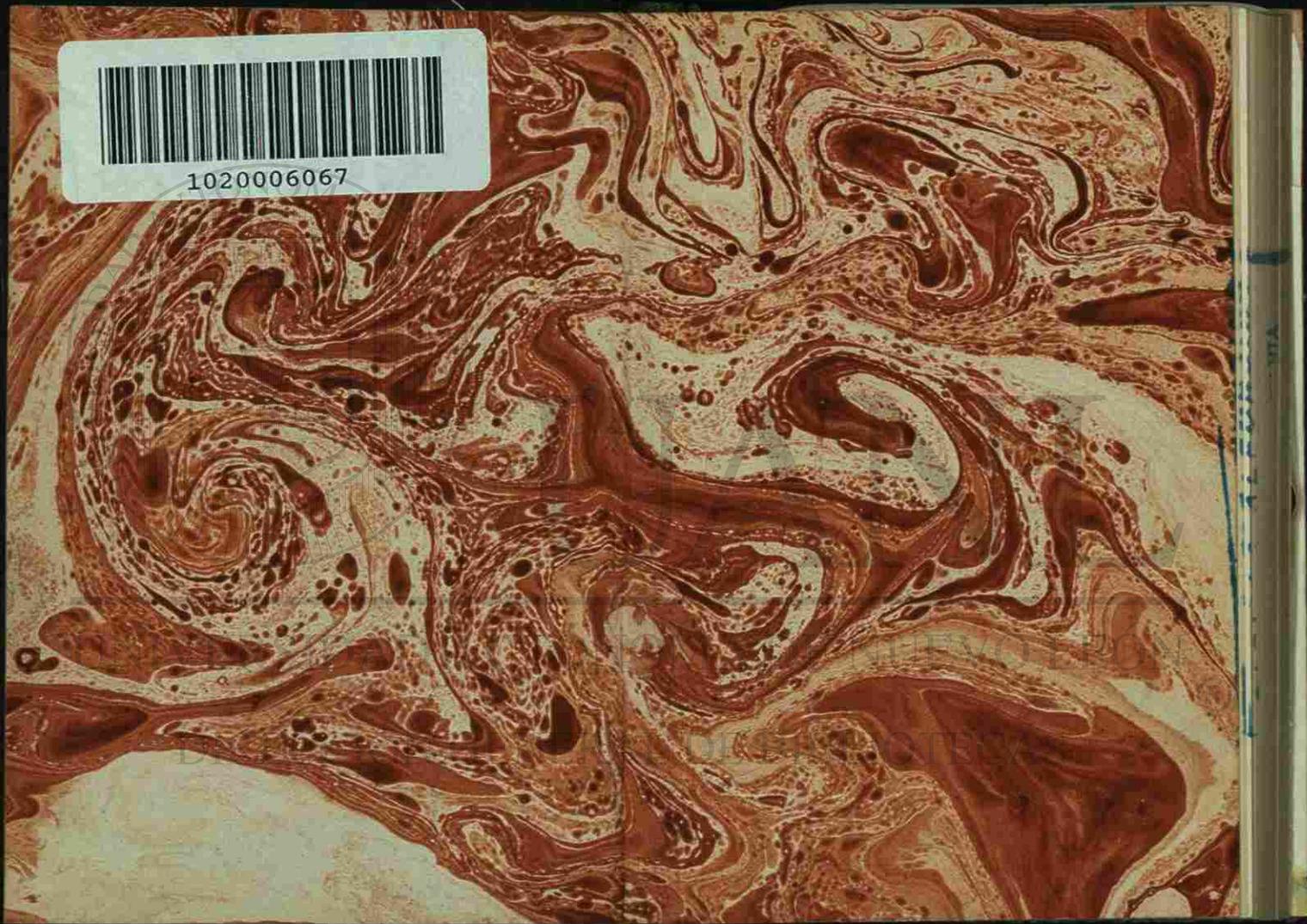
B34

ALM

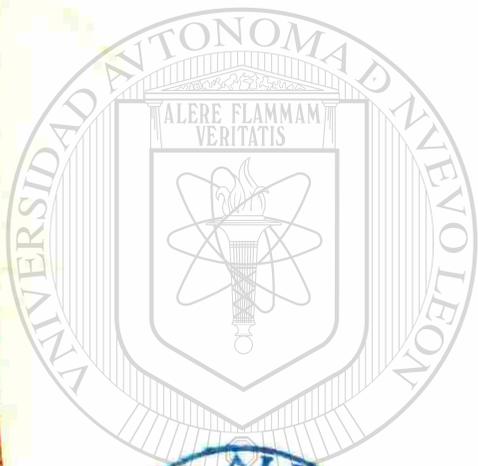
106953



1020006067



WTA



ENRIQUE BARRIOS DE LOS RÍOS
(ALMAVIS ESTARS)

PAISAJES de OCCIDENTE



SOMBRETE

BIBLIOTECA ESTARSIANA

Empresa editorial de las obras de

ALMAVIS Y DURALIS ESTARS

[Lics. Enrique y José María Barrios de los Ríos]

1908



25.
PRISAJES DE OCCIDENTE
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS
DE LA
BIBLIOTECA ESTARSIANA

POR JOSE MARIA BARRIOS DE LOS RIOS:

EN VERSO:

Océano, Pompillas.
Selectas, Oratorios
6 Delicias de mi Madre.
Monóstrofos y
Microapólogos.

EN PROSA:

El País de las Perlas y
Cuentos Californios.
Tribuna Filosófica y
Literaria, Juicios de Coe-
táneos, La Riqueza del
Mar, Exerta Jurídica.

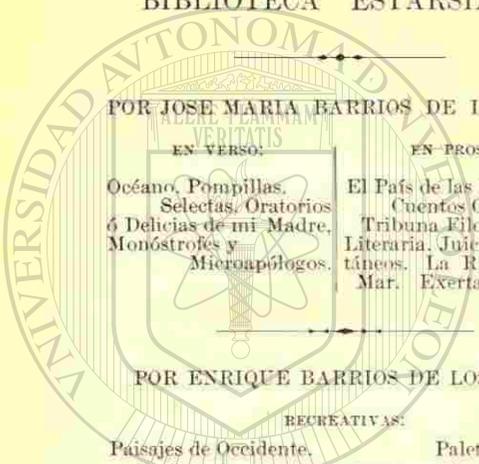
POR ENRIQUE BARRIOS DE LOS RIOS:

RECREATIVAS:

Paisajes de Occidente. Paleta de Viaje.
De Vacaciones (Memorias de un Estudiante).

DE DERECHO:

Resumen de Penalidad Positivista
y de su Refutación.
Disceptaciones Jurídicas. Misiones Diplomáticas.
Connotación de la Ley Orgánica del Cuerpo
Diplomático Mejicano y los principios respectivos
del Derecho público internacional.
Antinomias del Código de Procedimientos Civiles.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*Enrique Barrios
de los Ríos*

ENRIQUE BARRIOS DE LOS RÍOS
(ALMAVIS ESTARS)

PAISAJES de OCCIDENTE



Es propiedad del autor

SOMBRERETE
BIBLIOTECA ESTARSIANA
Empresa editorial de las obras de

ALMAVIS Y DURALIS ESTARS

[Lic. Enrique y José María Barrios de los Ríos]

1908

PQ7297
B34



EDICIÓN PRIMERA

FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

106353

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Imprenta de la Biblioteca Estarsiana, a cargo de
Álvaro C. Núñez.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SOMBRETE
1ª calle de Independencia, N° 26.

À LA MEMORIA DE MI ESPOSA

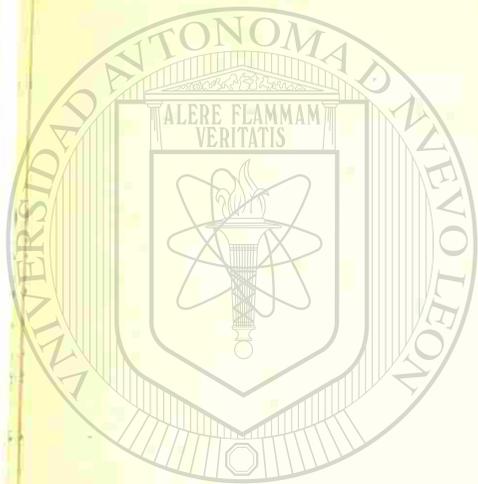
Margarita Chavoya de Barrios de los Ríos

Y À NUESTRA HIJA

ADELAIDA

dedico estos esbozos de la belleza de su país natal.

Enrique Barrios de los Ríos

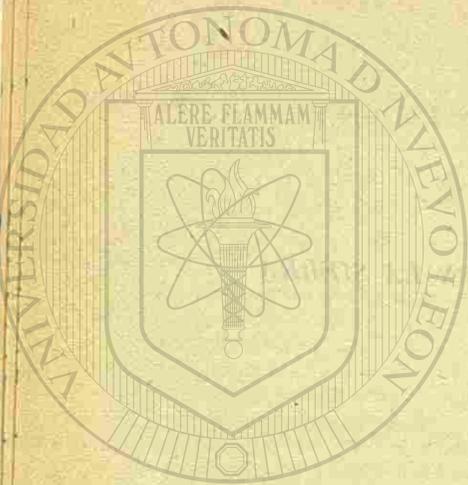


EX LA SIERRA
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EN LA SIERRA

Cuatro días después de mi partida de la ciudad de Méjico para el Territorio de Tepic, había caminado hasta la villa de Ixtlán de Buenos Aires, á donde llegué á la última hora de la tarde. Su espaciosa calle Real se descubre, en toda su prolongación, desde la cuesta de la entrada, lo mismo que todo el caserío, dominado por la iglesia, de torrecilla cónica, y las verdes cumbres que le rodean á distancia. La menuda lluvia que refrescaba el ambiente y empapaba el suelo hacía más melancólica la soledad del lugar....

Preparado por la noche mi viaje á la Sierra Madre, no bien el nuevo día, hubo devuelto á la naturaleza sus galas y primor dejé aquella población tranquila, y, en unión de dos guías, volví al camino de la barranca de Mochitiltic, para tomar en mitad de ésta el de la Sierra. Desde la primera cuesta de Mochitiltic bajamos

en dos horas al pintoresco pueblecillo de Plan de Barrancas, cuyo caserío, en el fondo profundísimo, cuatrocientos noventa y cinco metros de altura, se agrupa en medio de platanares y plantíos de cañamiel. Las ondulaciones del sendero nos le descubren con intermitencias, y en cada ondulación se cuelga más la cuesta, ancha, tortuosa, de agudos roquedos, desgastados por el continuo paso de mil arrias. A uno y otro lado, afelpadas montañas se elevan á inmensa altura, y suben por sus rambles grupos de pinos y enebros. Al entrar en la cuesta dominamos las cumbres, y en nuestro lento descenso se nos pierden en el cielo, al paso que podemos seguir con la vista la cinta blanquecina de los arroyos que serpentean en las profundidades.

Caminamos una hora más en el fondo estrecho de la barranca, y vadeamos tres veces un cristalino torrente que corre sonando entre lajas, y cuidando con su frescura á descender de la caballería y sumergirnos en el agua.

Orillas del camino se alzan corpulentos juanacastles, acacias frondosas y cabañas diseminadas entre platanares, guayabos, papayos y aguacates crecidos en la falda de las montañas. Todo allí es vida, abundancia, reposo, esquividad y poesía.

Junto á una choza aislada á la izquierda del camino, tomamos el de San José, y, dejando atrás el cortijillo de este nombre, empezamos á subir á la Sierra Madre.

Desde sus primeras eminencias me muestran los guías, hacia el lejano horizonte, los más culminantes picos de una larga cordillera, á los que da el velo atmosférico, á tan inmensurable distancia, el aspecto de nubecillas azulinas, y en espantosa proporción imagino entonces lo elevado de aquellas montañas y cuánto hay que caminar para llegar al cabo de tres días hasta su falda.

Avanzamos por la vereda, y, en breve, tendiendo la vista en torno, ya no descubro más que montañas que campean unas de otras, de múltiples figuras: conoidales, morras ó bien larguísimas, dibujando en el azul sus mil curvas y picachos, sus cresterías desnudas y sus melenas silvosas. Enbujamiento de alturas crecidas de arbolados, de enmarañada maleza ó de peñas y camedrios, y de varios colores revestidas: con todos los matices del verde, amarillo, azul y rojo en las cejas, en las laderas, en las barrancas, en las faldas, mezclados con la opacidad de las sombras que proyectan los montes, y con el claro color de las rocas albicantes de que están escarpados.

Levántanse aquí unos sobre otros: allá surgen entre colinas que figuran admirarlos, humilladas por tanta grandeza; adelante se inclinan hacia una sima, como para desplomarse á la profundidad; más allá parece que compiten en elevación y van á acometerse, como rivales que se disputan la supremacía del desierto; yérguense cortados de albarradas que trepan á la cumbre ó se prolongan por los repechos hasta perderse de vista; á su pie blan-

quea el lecho peñasco de los arroyos, ó se hacen algunas planicies; muy lejos se deja ver algún grupo de chozas en la pendiente ó en la meseta de la cumbre.

Vagan las nubes por las montañas: vienen á las faldas, coronan las cimas, se tienden de arriba á abajo, se alargan, se dividen, y sus albos girones, contrastando con el verde de variados matices, brillan al rayo del sol, como si después de la nevada los montes quedasen planteados á trechos por la nieve. A las veces las nubes se concentran y envuelven la Sierra, aciéndola desaparecer: alrededor nuestro apenas percibimos los objetos cercanos, á corta distancia nada vemos, sino el denso cirro-estrato. Desde las cumbres dominantes le contemplamos cubriéndolo todo, figurando inmenso lago albarizo, limitado por el cielo; un mar espumesciente, ó campo espacioso, en cuya dilatada anchura estuviere amontonado el algodón de pingüe alija.

En el augusto silencio de aquellas alpestres soledades, oímos el canto del mirlo en los más encumbrados riscos, el mugir de la dispersa vacada que trepa por los azagadores, medio oculta entre los verbajales; los susurros del viento que estremece las hojas de los robles y el esbelto pinar cimbreño, y entre la fronda y las esquivas grutas y recodos musita con sonidos misteriosos, como notas de arpa vibrante y melancólica, que salen de lo escondido del bosque, ó voces de deidades silvanas, cuchicheos de hamadriadas; el murmurio de la fuen-

te que borbollonea, del agua rezumada por las rocas, escondida entre gladiolos, que suena como entrecortados gemidos, como queja dolorida, y el estruendo de la que corre saltando por la senda pedregosa, y se derrumba, deshecha en raudales transparentes, hervorosos, entre el verde follaje de altos ribazos, salpicando de coruscante espuma los ciperos y cañerlas silvestres.

La vereda culebrea entre las breñas y malezas de los cerros: ya sube en abiertos zigues zagues, ó se humilla por las laderas; ya desaparece entre las guijas y arenas de un torrente seco, penetra en los cercados de las serranas cortijadas ó se interna entre húmeda grama y espesas arboledas; ya salta por un manantial, se ensancha en las planicies ó se orilla á alguna sima, á cuyo fondo no alcanza la mirada, ni ha llegado el hombre, ni le es accesible, sino desempeñándose, para lo cual basta un movimiento brusco de la caballería, una pisada en falso, la caída de un pelotón de tierra bajo el peso de la bestia; ora corre entre precipicios uniendo dos cumbres distantes, por medio de otra en forma de caballete con dos declivios rápidos, profundos, herizados de peñas, de ortigas y puntosas frángulas; ora conduce al viajero girando en torno de enhiestos montes, de fresca verdura y agradable sombra, poblados de bullangueras aves, surcados de cristalinos venajes y perfumados con los aromas del tomillo, el espliego y el jaraal; ofreciendo continuamente á la vista el deleite de perspectivas risueñas.

En lo más hirsuto de aquellas asperezas sentimos la proximidad de sus alimañas. El rastro del lobo y del yaguarate se nos pierde en un torcal ó en la lobreguez selvática, y el de los crótalos en las fisuras de los apiñados berrocales.

A veces vemos lejuelos una montaña elevadísima, allende la cual nada se descubre, y el deseo de descansar de senderos tan abruptos me hace fingir que tras de aquel alto monte habrá una llanada, un valle; que allí terminarán las anfractuosidades. Sigo anhelante por la vereda, quisiera acelerar el paso de la caballería. Antondamos, la dirigimos á la cumbre, trepamos por cien retuertas, y cuando acabamos de subir, próximos á ver hacia la parte opuesta, me parece divisar la descampada llanura, donde poder trotar, galopar y correr, y me preparo á saludar una extensa sementera, un cañaveral de rubios marlos; mas giramos hacia un lado del monte, rodeando su cima, y mi esperanza desfallece. Presentanse á mi vista un vastísimo horizonte y una conglomeración de montañas multiformes, como si empezáramos á caminar, como si pisáramos la primera loma de la Sierra. Desconsolado interrogo á los guías cuánto falta para rendir la jornada, y me señalan una cresta lejana, á donde no creo llegar en una hebdómada.

Crece el calor del medio día, aumenta el cansancio, se empuña más la cordillera; parece que se forman los montes como escuadrón de gigantes, para impedirnos el paso á una región misteriosa. Desearnos una cabaña donde reposar, y no la hay.

Es preciso atravesar las cumbres que tenemos delante, y andar al tardío paso de la caballería, la que se detiene á cada momento, para colocar bien el casco, como para elegir por dónde haya de pasar, si salvando una piedra, ó rodeando un matojo; levanta la mano para dar el paso, la echa hacia adelante y la retira en seguida, como indecisa en cuál de los dos pasajes que se ofrecen sea mejor, y siempre elige el menos peligroso. Podemos soltar las bridas y confiar en ella.

Cobro ánimos para continuar el camino. Seguimos subiendo y bajando por quebradas laderas, ó osteando las faldas, y al cabo de dos ó tres horas en que me he divertido contemplando la variedad de formas y colores; de vericuentos, despeñaderos, cañadas, tornelleras y escobos; de plantas y floraciones; de insectos terrestres y acuáticos, como las cigarras que aturden con su canto desde el ramaje; las libélulas que revolotean cazando mosquitos nadadores; las argyronetas que corren por sus telarañas tendidas de las yerbas á los remansos, y la epirea, inmóvil en medio de la suya aérea, tejida de mil hebras sutilísimas, formando radios y círculos concéntricos que hacen visos al sol; á la postre, repito, vuelvo á experimentar el cansancio; mas mi alegría renace con una esperanza nueva, más segura más fundada; parece que va á cumplirse luego, que mi deseo no se verá contrariado por otra decepción desesperante. Creo que vamos ya á descansar, y desde nuestro rústico albergue espaciaré mi espíritu, contemplando la

caída de la tarde en medio de la naturaleza desierta, callada, triste, que comunica al alma su melancolía y la paz de su inmensa quietud; en aquel apartamiento de todo el mundo, en aquella soledad sin término, bajo un cielo esplendente, sobre colosales eminencias iluminadas con suaves tintes rosados al reflejar la postrera luz del día que, allá, tras los lejanos montes que tocan en el cielo, se extingue en un incendio en tanto que las sombras vaporosas van invadiendo los planes, las cañadas, las faldas hasta envolver las altas cimas y obscurecer la bóveda infinita.

Ya se columbran en aquella meseta las cabañas, sí, en efecto, es un cortijo, y aun se percibe á algunos de sus moradores en una faena. Nos encaminamos á él, volvemos á atondar, apresuramos la marcha cuanto es posible en tan fragosa senda; avanzamos..... nos acercamos.....tan sólo el guijoso lecho de un arroyo nos separa..... le enfilaremos y, trepando en seguida, aportaremos al fin. La trocha da una vuelta.....nos alejamos un tanto de las cabañas, como para voltear y descender á la arroyada por lo menos escabroso; masvolvemos la espalda á aquel caserío, y seguimos la vereda que se tuerce por opuesto rumbo. Aquel horizonte, vario y siempre igual, me hace pensar en que no avanzamos nada. Vuelvo mi vista en torno, y no hallo más que montañas y montañas en la extensión anchísima que abarca la mirada.

Cuando la noche envuelve aquella soledad, aque-

lla asperza que sorprende y cautiva el alma y los sentidos, desaparecen de la vista los promontorios de peñascos parduzcos, musgosos, los bosques altivos, la vegetación poderosa, opulenta, variada en infinidad de árboles y plantas, desde la tierna camomila que dora los alcoces, las leliás que embellecen el sombrío seno del bosque y el meliloto que cubre los balates de la diáfana corriente, hasta el pinar excelso que agita sus pinochas en la región de las nubes. Pasado el día, nada hay alrededor nuestro, sino el solemne silencio, la tenue claridad que desciende de las estrellas, las sombras que se espesan en torno, las negruzcas siluetas de las alturas, semejantes á rimeros de escombros, á gigantescas ruinas de un cataclismo, del incendio de muchas ciudades, ó á estragos de un terremoto, de una erupción volcánica que hubiera desfigurado la tierra, abriendo anchos y profundos abismos, y amontonando en los campos antes cultivados y llenos de caseríos, enormes peñascos altísimos.

Entre aquellas eminencias sombrías y pavorosas me parece que estoy en un mundo deshabitado. Déjanse oír á largos intervalos ruidos extraños siniestros, que se me imaginan aullidos, gritos, gemidos contestados por otros y otros que salen de las concavidades invisibles.

Poco á poco se va elevando sobre la Sierra densa nube que viene á sacarme de las contemplaciones en que absorto se me ha deslizado la mitad de la noche. Repentinamente se deshace en un chaparrón que azota el rostro de los guías fatigados,

quienes por temor á los escorpiones ocultos en las cercas y paredes ruinosas, duermen fuera de la choza, y lo hacen profundamente, bocarriba y mal cubiertos con sus mantas aplomadas. Las primeras frías gotas no los despiertan, y hay que hablarles y moverlos.

Después que ha cesado la tormenta, continúa una lluvia ligera y pausada, y bajo sus gotas tenuísimas emprendo de nuevo el camino con la claridad del día. En las vueltas del sendero dirijo mi vista hacia la hondonada de mi primer albergue entre aquellas montañas, y pronto su tejado ennegrecido, sus hastiales cenicientos y las blanquinosas albarradas de sus anchas corralizas llenas de mantillo y de vacas, se me ocultan entre los cerros y peñascales.

La segunda mañana del viaje atravesamos en canoa el caudaloso río Grande de Santiago, formado en el valle que le da su nombre, del Estado de Guanajuato, por la afluencia del río de Lerma y el de las Lajas. Los guías me cuentan los estragos de esa bravía corriente. Uno de aquellos, viviendo en la costa, fué arrebataado, con su choza de palmeras, por el río crecido que amenazaba los campos ribereños, y hubo de salvarse abrazándose á un güñole que le hería y sangraba dolorosamente brazos y piernas con las puntas de sus ramas. Allí permaneció asido algunas horas, debilitándose y agotándose con el dolor y el esfuerzo, hasta que, menguada la creciente, pudo intentar el vado.

Desde las alturas se columbra el río, cenagoso, turbio, coloreante del barro y las arenas que revuelve y arrastra, ahocinado entre montañas, describiendo las mil curvas de su tortuosa cuenca. Se nos figura muy cercano, cuando aun dista de nosotros algunas horas mortales, tanto más largas, cuanto más pausadamente caminamos por cerros y dilatados lomeríos. Ocúltase á menudo, y le volvemos á descubrir en dirección contraria, y esta ilusión nos hace pensar en que es otro río. En los parajes no ensombrecidos brilla su corriente á la luz limpiísima del sol, pues no es raro que estos días de agosto, de nublados y lluviosos como amanecen, se tornen claros y serenos, resplandeciendo toda la Sierra bañada por los torrentes de lluvia de la noche anterior.

El sol, casi en el zenit, abrasa el paisaje con sus vívidos rayos; de la húmeda tierra asciende un vapor cálido; las plantas, oreadas ya, empiezan á languidecer; los insectos alados zumban en torno de las flores selváticas, en cuyos pétalos brillan aún trémulas gotas; el viento fatigado se adormece entre las frondosidades, y se oye el rumor del río, limpio, sonoro, cadencioso, que sube á las montañas como clamoreo prolongado de muchas y diferentes voces confundidas.

Más de una hora se emplea en bajar desde la cumbre á cuyo pié corre el río, hasta su margen inferior. Viéndole desde la altura, al empezar el largo descenso, se cree que en breves instantes estará uno en la arenosa orilla, y este engaño hace más

sensible la prolongación de aquella empinada ladera, desde donde, en innumerables vueltas cortas, viene el viajero hasta la playa. Fatíganse tanto las caballerías en aquella pendiente, que hay que parar á intervalos, para que tomen aliento. Algunos viajeros, cansados de la postura á que obliga una bajada de tanta inclinación, ó para conservar mejor la caballería, echan pié á tierra y la dejan caminar sola. A la opuesta margen se extiende sobre la falda de la cordillera, una fila de cabañas de gruesas varas y zacate, donde moran los barqueros y pescadores de aquella hermosa pasadera del río.

Para cruzar por éste esperamos en la playa á que se refrescasen nuestros caballos y mulas, y, entre tanto, fueron embarcadas las sillas, maletas y armas. Por no exponernos á que las caballerías impelidas por la corriente al atravesarla, saliesen á gran distancia del punto de desembarco, fué necesaria la pasada de barba. Tirándolas del ronزال cuando ya estábamos en la canoa, se les hizo entrar en el río á uno y otro lado de ésta. Entraron con ímpetu, encabritándose, y nos daban cada aspersion, y hacían zozobrar el hueco tronco de juanacastle en que flotábamos. Ya en el hondo del río, nadaban tranquilamente. Llevadas del ronزال. Hundíanse hasta no vérselas más que el hocico levantado al cielo. Con poderoso esfuerzo sacaban el resto de la cabeza y parte del cuello, y volvían á hundirse. En medio del río, en lo más ímpetuoso, parecía que no el agua, sino las montañas corrían, y que las nubes volaban por el espa-

cio en dirección opuesta á la de las aguas. Poco á poco fueron alcanzando plan las caballerías, hasta que pudieron andar con el agua á los hijares, y, más adelante, salir resoplando y sacudiéndose.

Saltamos en tierra, y las dejamos ramonear en el cercano monte, mientras íbamos á las cabañas. Oíase el palmoteo de las mujeres que hacían tortillas, y el humo azal de los rámujos encendidos en el hogar salía lentamente por los techos de zacate.

Paso del Yesquero es el nombre de aquel sitio fluvial. Por donde cruzó nuestra barca, atravesaba el río, en sus frecuentes viajes desde Ahualulco, el minero que, buscando yesca descubrió, haré ya la venturía, una rica veta argentífera, y llevó para su laborío, á los que fundaron entonces y poblaron el mineral que recibió el mismo nombre de la seca y suave médula de robles y encinos á que debe su origen, La Yesca, villaje serraniego, escondido entre las montañas, cuyos picos vilumbrábamos como nubecillas en el horizonte, el día anterior, al subir á las primeras cumbres de la Sierra.

Por la noche, en un cortijillo llamado La Casa de Teja, que desde una ladería muestra sus cuatro chozas y corralizas, se disfruta de mejor alojamiento que en la primera jornada. Llegamos, y los ladridos de los perros inquietan el caserío; asómanse á las puertas de las cabañas algunos montañeses, suspenden otros que están afuera su faena, para ver llegar ó recibir á sus huéspedes; retiran á los canes que se esfuerzan más y más en ladrar; los guías piden la venia, y dentro del cercado que ro-

dea la choza se hace parada y se desensilla. Bajo de una gayola se colocan las monturas y maletas, y damos libertad á las caballerías, las que relinchan, se revuelcan y se sacuden con fuertes estremecimientos, dispersándose en busca de las aguas frescas y la abundosa grama.

En la sociedad amable de aquellos hospitalarios montañeses se vacían las alforjas; se consume el compañaje del abasto; se apura la cándida leche, tibia, espumante, olorosa; se saborea el queso de apoyo encellado por la mañana, y se echa en grato palique un cigarrillo. Al húsma del asado, se nos acercan los perros que nos recibieron con ladridos de alarma, y, pacíficos ya, contemplan con ojos inmóviles aquella rústica manjorrada, con cuyas piltrafas se arregostan.

Dentro de la gayola, á donde da acceso una escalera formada de un trozo de roble como de una braza de largo, se adereza mi lecho bien desconso lado, y sobrecogido de un sueño apacible me entrego al descanso.

En mitad de la noche interrumpe mi reposo el viento que zumba afuera y penetra silvando entre los débiles carrizos que forman las paredes de aquel granero elevado, y, como casi todas las noches estivales, se desata una tempestad en las montañas. Me despiertan su estruendo fragoroso el bramido del viento, el estallido del rayo que retumba sonoro y repercute cien veces en el corazón de la Sierra, el ruido de la lluvia que golpea las ríscosas cumbres y á torrentes se precipita por las

barrancas, acreciendo los arroyos, cuyo rumoroso curso se oye desde arriba como ruido subterráneo de una cascada de piedras.

Alguna vez la noche nos ha sorprendido en des poblado, y la tempestad se ha deshecho sobre nuestra cabeza, dejándonos empapados y arrecidos.

Vanse perdiendo los últimos resplandores de la tarde, á tiempo que entramos en un sendero tajado en las quebradas pendientes; empieza á soplar viento tempestuoso, mezclado con gruesas gotas, sacudiendo la frondosidad de árboles y plantas, levantando columnas de polvo y extendiendo sobre la empinada Sierra un eapuz obscuro de plumizos nubarrones que corren en tropel despidiendo rayos, y se desata la tormenta con sonante estruendo. Apresuramos el paso de las caballerías bajando por aquel talud estrecho, y, á medida que avanzamos, llegamos á mayor hondura, más arrecian el viento y la desata la lluvia, y más cierra la noche, esparciendo su densa obscuridad, la que se espesa en el sendero, por los ribazos que á uno y otro lado se levantan y los árboles de ramaje adunco, hacia el abismo inclinados. No bien hemos caminado una milla, cuando nos hallamos en plena tiniebla, en medio de montes solitarios, en el fondo de un sendero profundo, sobre bestias cansadas con el caminar del día, resistiendo la tormentosa lluvia y temiendo ser arrollados por la corriente del camino que seguimos, hecho cauce común de tantas avenidas como de los montes cercanos corren por él, arrastrando guijarros y ahondando más el arro-

yadero. Avanzamos con la lentitud consiguiente á las tinieblas, á la lluvia que á torrentes desciende á aquellas hondonadas y á la corriente formada en el elivoso tajo, la que parece arrastrarnos hasta su embocadura, donde uniéndose las cuevas de que bajamos con las á que habremos de subir, se forma un arroyo profundo, poderoso, devastador. No puede uno d tenerse por temor de ser arrastrado, y temer seguir por lo difícil del camino, por lo clivoso del sendero, por el torrente que lo inunda, por la lobreguez de la noche entre aquellas espesuras. Ilumínalas la lumbrera viva del relámpago, dejándonos ver aquella anegación general, el torrente por donde caminamos. El rayo con sus incesantes detonaciones amenaza en la hondonada cubierta de altísimo follaje, retumbando con estruendo prolongado en los cóncavos senos de las barrancas, y desgajando algunos encinos. Al brillar el relámpago nos buscamos los compañeros, y nos acercamos unos á otros; á menudo nos hablamos á gritos, para ser oídos en medio del estruendo de la procelosa lluvia, temerosos de separarnos, de que alguno se rezague y vaya á desviarse, caiga de la caballería ó sufra otro contratiempo. Las combadas ramas nos apabullan el sombrero, chocamos con ellas sin poder dirigir la caballería, si no es á la luz de los relámpagos.....

La tarde del tercer día se ve, al fin, la villa de La Yesca, tendida en abierta y profunda hondonada, circuida de cerros altísimos, dividida por un torrente, sobre cuyas altas ribas se levantan, exten-

diéndose por las laderas, las humildes cabañas de tejado, habitación de sus ignorados moradores.

La más alta de las montañas que la abrigan está cubierta de pinos y robledal, y amanece nevada en la crudeza del invierno. En mil retuertas sube á la cumbre la vereda que conduce á Amatlán de Jora, y la más fuerte *remuda* no vence aquella pendiente, sino en medio día de subida y subida que parece interminable. ¡Hermosa mañana la que pasé trepando por la vereda, bajo el ramaje fresco, rumoroso y perfumado, y viendo por donde se abre un poco la espesura, dibujarse en la hondonada, á centenares de metros, el paisaje de la villa!

Viví algún tiempo entre aquellos aldeaniegos de La Yesca, que pasan su existencia labrando en la obscuridad una infecunda mina, cultivando un ingrato *coamil* ó guardando un ganado boyal; y bien pronto llegó el día en que antes del alba, al suave resplandor de la luna, vecina ya al ocaso que permitía distinguir las trochas, abandoné la serrana villa, no sin detenerme á contemplarla por última vez, desde la cumbre coronada de enorme cruz de madera.

Tras largo caminar por la fragosa Sierra, llegamos al Paso del Yesquero. Á la margen del opulento río Grande de Santiago reposé recostado en la finísima arena, bajo de un cobertizo de secas ramas de roble; y después, en una cabaña de la vera citerior, hallamos almuerzo frugal, sazonado con el hambre voraz despertada por el cansancio. Al atardecer, proseguimos la marcha, trepando á La

Mesa, vecina alcarria, donde se hace jornada; y con la aurora continuamos el viaje que había de terminar en silenciosa orilla del mismo río, tan lejos allí de ruidos que ensordecen aquella selva montuosa.

Su poético recuerdo me haría trocar de nuevo la cómoda mansión de un segundo piso en el centro del bullicio y tráfico de nuestra gran metrópoli, por una mula ensillada para volver á la Sierra Madre, y en un día de verano, bajo el faego del sol canicular, subir á las cimas donde se mecen las nubes; penetrar en la sombra eterna de las selvas; aspirar el viento grácil que llega mansamente, susurrando entre los árboles y refrescando los collados; contemplar la noche dormida entre aquel amontonamiento de cumbres, y el alba que colora las crestas rocallosas y matiza la cabellera de los bosques; pernoctar en el recinto del abetal, por mullido lecho y suaves edredones las enjalmas acemilares, y, á la mañana, tras un pesado sueño reparador de las fatigas del camino, volver á los montes, á las cañadas, á los abarrancaderos, á los serranos cortijos, de chozas escondidas en el abra de dos montañas, á la falda de pendiente inaccesible, en el fondo de la salvaje acebeda, y estrechar la mano robusta del montañés que nos sale al encuentro, brindándonos con hospitalidad amable.

¡Oh, sencillos moradores de aquellas montañas, cuánto os he agradecido el descanso disfrutado en la paz de vuestro rústico albergue, la escasa abun-

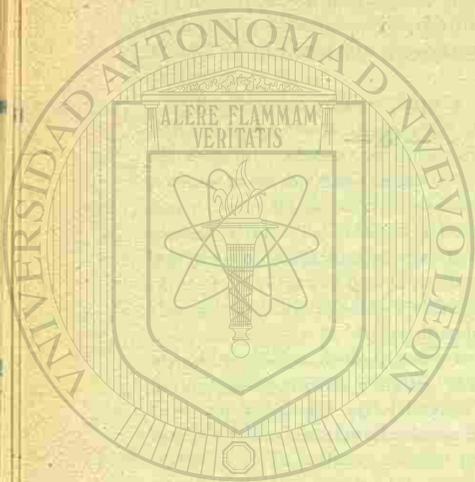
dancia de vuestra mesa, las noches sosegadas, de dulce sueño bajo vuestro techo.

—:O:—

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DEPARTAMENTO GENERAL DE BIBLIOTECAS

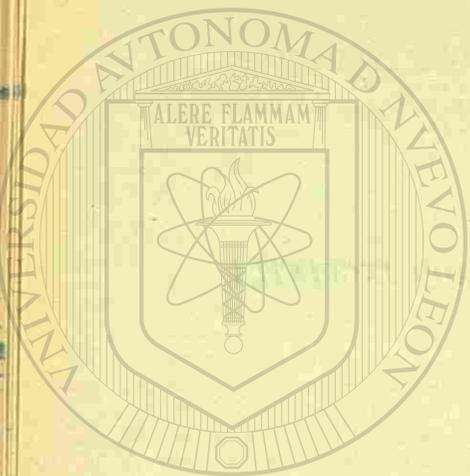


SANTIAGO IXCUINTLA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SANTIAGO IXCUINTLA

EN una fría mañana de invierno, aun no disipada la neblina que envolvía los campos, desmonté, tras larga noche de caminar en diligencia desde la ciudad de Tepic, en la parte seca del álveo arenoso del río Grande, á un paso de la corriente; busqué con la vista por la margen opuesta, á través de la niebla despartida, la villa de Santiago Ixcuintla, y descubrí la torre azul del templo recortándose en el verde fondo de un herboso montecillo, El Calvario, y algo del caserío, cuyo conjunto no se abarca viendo desde aquella parte.

Seis días antes había surcado en frágil barquichuelo el mismo río, en El Paso del Yesquero, cerca de su confluencia con el de Bolaños, entre montañas ásperas y altísimas, en donde se deslizaba resonando al saltar por una fila de peñas de su cauce. Atravesé de nuevo, en una longuísima canoa, movida á palanca por un barquero de pie á popa. La niebla se levantaba ya del río, acumu-

lándose hacia el oriente, y el sol, salido poco antes, entre el cirro aparecía sin brillo: era una opaca bola que pude ver y remirar toda la travesía. Imperceptible entonces la inmensa distancia del astro; se presentaba envuelto en la neblina, suspendido entre ésta, como á treinta metros de la barca.

En la otra margen salí á un muellecito de madera que apenas si se extendía tres pies sobre la corriente, y entré en la florida villa.

Su primera calle me pareció, como nos parecen las de casi todas las poblaciones cuando las conocemos ó tornamos á ver después de larga ausencia, estrecha, de casas bajas y frontis descoloridos. La encontré un tanto animada: gente á pie y á caballo llegaba por el camino á que da entrada y por el embarcadero, y algunos porteadores conducían cargas en borricos y en carretillas de mano y de una rodezuela. Por la calle adelante iban con canastas al mercado en que desemboca, ó venían de éste muchachas rollizas y relamidas.

Volviendo á la derecha en la primera encrucijada, entré en uno de los soportales de la plaza principal, la que es cuadrangular, rodeada de pórticos y de portalería que con éstos contrasta por su techo á tejavana y descansando sobre columnas de altura, espesor, forma y color desiguales, á gusto del propietario de la casa respectiva. Había grupos de campesinos dentro y fuera de las tiendas: la actividad comercial de las primeras horas de la mañana, y de una mañana de día festivo. En seguida pasé á otro soportal, y luego á la calle de

Gutiérrez, donde se hallaba la Casa de Diligencias; calle la más larga de la villa, y, en apariencia, terminada á lo lejos en arboleda. También en esa calle se notaba la animación del domingo: matronas y doncellas vestidas con aliño, rozagantes, y niños con los bofitos aluciados y el traje nuevo discurrían con dirección á la parroquial, en cuya torre sonaba una campana. Veíanse muchos rostros alegres, muchos abanicos y libritos dorados.

Era la Casa de Diligencias, vetusta y triste, estrecha en todos sus compartimientos, de techumbres bajas, las tejas, el caballete, las ríostros y los jabalcones descubiertos; los muros descascarillados, manchados y llenos de redondas telarañas; otras largas y gruesas de tejenerías colgaban del tejado cargadas de tierra; las aleobas, más estrechas aún, más sucias y taladradas de agujeros, manidas de enormes ratas; los muebles toscos, sin pintura y viejos. Parecía casa por muchos años abandonada, y vuelta á habitar ese día; mas no todas las de Santiago estaban así, como por su aspecto se podía juzgar de las que había visto.

Al siguiente día de llegado, hube de conocer la villa, recorriéndola hasta sus aliares; de la población principal á la barriada que al oeste la prolonga, construida de rústicas barracas de palmera enana; los muros de negruzco estipite, y de hojosas ramas ó de tejas los techados, como en todos los lugarejos del contorno, y rodeadas de corralizas, de estípites también, donde bajo amapas, guamúchiles y tamarindos se ordeña la vacada, se saíma

el gocho y se da pasto á la *remuda*.

En adras desiguales de casas de mil colores, verdes, azules, amarillas, rosadas, morachas, dividen la población principal sus quince calles, rectas unas, ligeramente onduladas otras; escondiéndose á distancia un acera, y descubriéndose la otra en suave incurvación. Y de sus dos cerrados jardiniillos en los planteles triangulares, ovals, rectangulares, cubiertos de hierba menuda y florecillas, se levantan allosos, tabachines, naranjos y cocoteros, entre el follaje de plúmbagos, tulipanes, mosquetas, espíreas, marbeles, resedas, nardos, heliotropos y heliantos. Circuyen el andén de cemento terso y reluciente, opulentos camichines, sombreado, en el ardor del día, los bancos al pie colocados, y, en las noches de luna,

«Bañando en dulce lobreguez el suelo.»

Orillas de la población, entre setos que forman largas calles, casi cubiertos de cocombros, peonías, cuamecate, núcleas y otras trepadoras, hederáceas las más, que medran en ellos, se hacen huertos espaciosos; bosquecillos de bananos, papayos, mangos, guanábanos, ciruelos, toronjos, cafetos y cocoteros. En las riberas del río se producen, en extensos bancales, la sandía y anana; y entre un bosque y otro tornasola los campos de morado, blanco y oro la eflorescencia del tabaco y algodón, y verdean las sementeras de maíz, en cuyas abesanas maduran dos cosechas anuales, y la caña

alcanza altura descomunal, hasta encubrir hombres á caballo y aún las chozas más altas.

A mi paso por las calles me encontraba con algún grupo de chiquillos de la escuela elemental, provistos de bolsa de libros y limeta de agua al cuello; con aguadores del río y de las Lomas, moviendo jadeantes, sudorosos, carretillas de una rodaja y seis cántaros, ó guiando carritos con aguaderas, compuestas de una especie de rejilla sobre el eje de dos ruedas con diez y ocho cántaros. Contesto al saludo del labriego, del mayoral que van al trabajo armados del gurvio y pesado machete con que el uno artiga los campos, y asendere el otro en los espesos montes, abriendo brecha á su caballería en pos del ganado que penetra por las espesuras; y al saludo del carretero, que vuelve de los barbechos, caminando con su aijada al hombro, adelante de los bueyes mansejones, que tiran de la carreta, encorvados bajo el dentejón.

Visto desde el montículo, es maravilloso el panorama del dilatado valle de Ixcuintla:

Al norte los cerros de San Pedro ó La Punta y Coamiles; al nordeste las Lomas de Ixcuintla; más lejos la Sierra Madre y sus ramificaciones, formando un vastísimo anfiteatro abierto hacia la costa: altísimas cumbres, cuya elevación va gradualmente deprimiéndose á medida que se aproximan al Grande Océano; descollando entre todas al sudeste, la mole gigantea del Zangangüey, con su doble teso conoidal y su torño en medio.

Al alborear, se dibuja la cordillera sobre la débil

claridad eoa, y aparece más oscura, sin que se distinga de su forma, sino su delineación, su perfil superior, y se asemeja, en toda la extensión de levante, á negro nubarrón compacto que se eleva hasta el cielo, amenazando descargar sobre la tierra una tempestad devastadora. A medida que esclarece, va perdiendo la sierra la negra oscuridad que la envuelve ante la claridad del día que allende despunta, y empiezan á distinguirse sus montañas, sus colinas, sus vertientes, los contornos y el verdor de su vegetación; y, al fin, sobre los picos azulosos refulge el sol entre arreboles de oro; los campos y arboledas cismontanas resplandecen esmaltados de más vivos colores; cantan innúmeros gallos; despierta la villa, y en alegre ruido y movimiento se tornan la quietud y el silencio de la pasada noche.

El anchuroso valle se presenta todo á la vista, limpiísimo; bajo el cielo zafirino, una extensión de mil doscientas leguas cuadradas, llena de lujuriantes verdura é inundada de luz; abierta hacia el oeste, en cuya lejanía se divisa el mar cerulescente, unido al cielo.

Asiéntase en el centro del valle, Santiago Ixcuintla: al pie del altozano, entre copudos árboles, colorea sus tejados medio ennegrecidos; se muestran hastiales, puertas oscuras, aceras completas, portalerías, calles alineadas, y desaparece la barriada occidental bajo los árboles de sus corralizas y de los huertos circunvecinos.

Al oriente corre la carretera de Acaponeta; se

pierde á poco en una arboleda, y vuelve á aparecer, para ocultarse en otra. Alderredor de la villa y del montículo se ven heredades asurcanas, deslindadas con filas de árboles ó de matas: pradecillos color de rosa, cortinales artigados, terrazgos cubiertos del verde oscuro de los algodoneros, ó del verde claro de los maizales tiernos que desde lo alto figuran fresca y menuda alfombra, y otros sin cultivo, cenicientos, donde los árboles diseminados parecen tocar en la tierra con su copa semiesférica. Más allá no se percibe sino un verde uniforme: el valle cubierto de arbolado, como si fuese todo una selva inhabitada; desapareciendo bajo sus frondosidades todo lo que enciera. Si la vista pudiese penetrar desde allí, á través de aquella espestru, descubriendo cuanto oculta, como si el valle estuviese despoblado de sus lóbregos boscajes, veríamos brillar al sol los cinco ríos copiosos que le fertilizan, como son los de Santiago, de Guaristemba, de San Pedro, del Bejuco y de Rosamorada, siguiendo entre meandros su rápido y callado curso para el vecino mar; los arroyos que les dan tributo; los lagos y apartadas marismas; los pueblos en el valle esparcidos; sus cien cortijadas, con sus alquerías, dehesas y rebaños, sus almunías y sembrados, sus carreteras y polvosos senderos que le atraviesan en todas direcciones, ondulando entre la tupida maleza de güinoles, tacotes, gemitos y jarretaderas, de la que sobresalen guamos, obos, mataisais é higueras salvajes, pobladas de tángaras azules, calandrias y urracas.

En otoño é invierno al amanecer, el valle se ve desde la altura como gran laguna, en cuyas aguas hubiese arboleda y matorrales: dispáse la vaharina hasta descubrir el follaje, y queda ocultando troncos, sembrados y praderías.

Tras ochocientas millas de curso entra en el valle el río Grande de Santiago, salido de las asperezas de la Sierra Madre, cerca de las ruinas del antiguo pueblo de San Cristóbal de Ixcuintla, y tuerce su curso hacia las Lomas de este nombre; lo cambia después en dirección á la villa de Santiago, formando antes de acercarse á ésta una extendida mejana, y al opuesto lado del montecillo se desliza mansamente junto al caserío, en un lecho de arena y menudos callaos, rápido, profundo, silencioso, dejando algunos remansos. Al término de la villa tuerce do nuevo su curso, y se pierde de vista en la verdura.

En los estíos, su corriente llena el anchísimo cauce, que junto á Santiago es de cuatrocientas yardas de una á otra margen, y en algunos parajes inunda los campos. Los cortijos del valle que asientan su caserío en las riberas, quedan solitarios, inhabitables: entrado el estío, los aperos se guardan; los labradores emigran, y se hace el desierto en aquellos parajes, hasta demediar el otoño en que de lejos regresan á las siembras; hasta la entrada de potreros. Desaparecen las cabañas de estípites y hojas de palmera cercanas á la vaguada; la lluvia las destruye, y las arrastra la corriente. Las más distantes se anegan, y, sumergidas toda

la estación en el agua, son moradas de caimanes y tiburones. Los ganados huyen de aquellos oscuros bosques en lagos y cenegales convertidos. Los caminos se borran; la maleza crece en ellos, y hay que abrirlos de nuevo desmontando.

Llega el aluvión, y á distancia de las márgenes corren hiladas de copos de espuma, cuya blanca contrasta con el color terroso de las aguas revueltas, y pasan ramas y troncos de árboles que arrastra el río desde la sierra. Los habitantes de las casas ribereñas, para acopiar madera, se sitúan en la margen, dispuestos á arrojar al agua. Aproximase un tronco, y se precipitan en su seguimiento, nadan un poco, lo abrazan, lo sacan á la orilla y en breve vuelven á arrojar por otro. Algunos se apoderan de los troncos lazándolos desde la vera; otros en una canoa atracada y sujeta á aquélla, toman los palos que se acercan, hasta llenarla, y los transportan muy gozozos de haber ganado en un momento lo que les habría costado un día de fatiga, bacheando en el monte, bañando de sudor y ardiendo de sed. Suele arrastrar la corriente árboles erradicados, trozos de setos, reses, cabañas sin destruir, las que, en la misma posición que tenían en tierra, van flotando en el río, tan callado como poderoso y depepulador.

Trasládase río arriba el desembarcadero de Santiago. Canoas y batangas, al partir, son arrastradas largo trecho por la corriente, y llegando á la orilla se remonta el río á la sirga: los barqueros dejan los remos, saltan en tierra y con una cuerda

van tirando de la embarcación río arriba hasta el lugar del desembarco.

En la estación autumnal, amengua el río hasta avadarse y dejar seca frente á la villa, á la izquierda margen, la mitad del cauce. La arena, obscura en las partes húmedas, cercanas á la corriente, cenicienta en las ya resquidas, se extiende viéndola del pueblo desde donde el río desaparece en una ondulación y se interpone el campo lozanísimo, á cuyo término se levantan montañas azules, en el fondo de un cielo aún más azul. Sobre el ribazo de aquella margen, se descubren las primeras chozas del cortijo de La Presa, oculto entre su frondoso arbolado, de brillante verdura.

Ocupan aquella parte seca de la cuenca del río mujeres que lavan ropa y la tienden al aire sobre varales; bajo de un cobertizo la diligencia que corre por la noche á Tepic; á mayor distancia, unas cuantas chozas, posadas de arrieros, y corrales de varas para recuas; cerca de la vaguada, las enjamas de numerosas cabalgaduras, barrilame de aguardiente, balones de algodón, cajas de azúcar, sacos de maíz y frijol, fardaje de otras mercancías, que los cargadores embarcan en las canoas, sumergiéndose en el agua hasta los muslos. En otra parte abrevan algunas caballerías metidas hasta el encuentro; otras se volquean en la arena, envolviéndose en el finísimo polvo; muchas vadean el río, caminando lentamente, una tras otra, y suena el agua con el largo rumor de una caída.

*
* *

Al segundo día de mi llegada, martes de antrúejo, hubo por la tarde, como cada año, una verdadera revolución en la villa. Libráronse reñidos combates en las calles, en las encrucijadas. A los gritos de ¡Viva la hebra! ¡Muera el Rebaje! se acometían, alzando algarada, los enemigos bandos, y después de luchar, separábanse, para recorrer en tumulto las calles. Vueltos á encontrarse, peleaban de nuevo en medio de una batahola que llenaba toda la villa.

Declaráronse la guerra los gremios de comerciantes, operarios de las factorías de hilados y tejidos de algodón, barqueros y cargadores. Cada uno se distinguía por su bandera abigarrada, y llevaba á la cabeza su jefe y su clarín. Mujeres de todas edades, vestidas de blanco, muy limpias, salieron á engrosar las filas de los beligerantes, armadas, como ellos, de harina en cascarnones, en saquitos, en envolvederos, y acompañaba á las turbas la música, tocando sonatas de mogingangas, como el *Papaqui*, que infundía más brío en los combatientes, les arrancaba alaridos y hacía más encarnizada la pelea.

Las bandas partían de sitios lejanos, caminaban á encontrarse, gritando vivas y mueras y enhariando á cuantas personas andaban en la calle, salían á las puertas ó se asomaban á las ventanas. Avistado el enemigo, corrían hacia él, y, llegados, se trababa la lucha á cascarnazos, á puñadas

de harina. Envolvía al garbullo una nube de harina y de polvo. De la primera refriega quedaron aquellas cabezas como encanecidas y aquellas caras como de payasos.

Presto continuaba cada gremio por distinta calle, en busca de otro, y hubo reencuentros hasta la noche, en la que se pacificó la villa y volvió á quedar solitaria y silenciosa, blanqueando de harina las calles á la débil luz de las farolas colgadas en el centro ó fijas en esquinas.



Añábase varios días con el rebullido de la feria y la fiesta patriótica anuales, que atraen á la población de los lugares comarcanos, y en la primera la invade, venida de tierras lejanas, una bandada de buhoneros, tabures, mujeres de la vida, que van á alconear, mendigos y guardufios que meten en cuidado por relojes, mascadas y portamonedas.

Fasa el pueblo la mañana de los días de feria, en las lides de gallos, en las que hay orquesta, cantadoras de valsos, polkas, danzas, y bailarinas de can-can y jarabe, desfiguradas por el enjalbiego de blanquete en cara, cuello y brazos, con mayos en el tocado, nagüilla corta de gasa, medias hasta el muslo y botines blancos; y hacen piruetas bajo el tinglado de palmeras, sobre la arena del refidero, donde corrió la sangre, se esparcieron las plumas de valientes y encoragínados gladiadores y cayeron exánimes los vencidos.

Antes del espectáculo, recorre las calles céntricas la música, al son de la cual van las cantarinas entonando valsos, polkas, danzas. Siguenlas dos por-

tadores cada uno de un gallo que llevan mostrándole al público, y entre ambos *portastandartes*, un portafuegos arroja al aire atronadores cohetes.

La tarde es consumida en el ancho coso, año por año levantado de estípites de palmera, sombrados los palcos de hojosas ramas. Es la función clásica, la que anima la feria. Allí se entusiasma y se enfurece el pueblo; grita, silba, aplaude, abandonado al supremo goce de aquella lidia obstinada y cruenta.

Los toros son anunciados desde la víspera, por la tarde, y todo el día de la corrida, desde la madrugada, con un tambor y una chirimía á duo por las calles. Al ronco redoblar del uno, silba ladamente la otra, con son triste y monótono, que me hace recordar las antiguas procesiones de Semana Santa, que había en la parroquia de Jesús, en Zacatecas.

La noche está consagrada al juego, al vino y al amor.

En torno del jardín de la plaza principal se levantan tiendas de campaña, y dentro de éstas se suspenden lampiones; se arman poyatas, anaquelías y mostradores; se colocan mesas y sillas. En una calle cubren el pavimento de guijarros las frutas y hortalizas; en otra las pescaderías, en una tercera se alinean, en doble fila, numerosos tabancos, abastecidos de fiambres y fritangas, y entre una y otra tienda hay un *mariache*. Es éste una tarima de pie y medio de alta, dos varas de longitud y una de anchura, donde toda la noche, y aun de

dia, se bailan alegres jarabes al son de arpa, ó de violín y vihuela, ó de violín, redoblante, platillos y tambora, en cuarteto aturridor. Bailan hasta cuatro personas á la vez en cada tarima, y resueña por plaza y calles circunvecinas el estruendoso tableteado del atronador jarabe. Acompañarle á veces de canciones, y con tanta destreza le bailan algunos campesinos, que colocan sobre su cabeza un vaso colmado de aguardiente ó una botella destapada y llena de licor, y no se le caen, ni se derrama una sola gota, en las vueltas vertiginosas y otros movimientos rapidísimos del baile. Rodeados están los *mariaches* de una multitud agradablemente entretenida y absorta en aquel bailar regocijado y ruidoso.

Hombres y mujeres de los pueblos, de las cortijadas, pasean por el jardín desde el obscurecer; se aglomeran, se oprimen, se empujan fuertemente, y en los ángulos del andén forman masas compactas, difíciles de contener y atravesar. Con la humedad aumenta el calor en medio de la humedad de la noche: todos transpiran en abundancia; se siente cálido el aire, y una tufarada picante y helentina.

Aquellas oleadas de pueblo, aquel ruido de feria, aquella alegría de fiesta van creciendo al paso que la noche avanza.

Bajo las iluminadas tiendas de las timbirimbas se agrupa una multitud ávida de las emociones de la apuesta, y más ávida del dinero apostado, y en silencio ve correr el albur, hasta contiene la respi-

ración. Levántanse en las puntas de los pies los concurrentes que se han quedado atrás, meten la cara entre las cabezas de los de adelante, y cuando el silencio es más profundo y la espectación más viva, un murmullo sigue á la aparición de la carta descada por unos, temida por otros. Se distribuyen montones de pesos entre los gananciosos, por la fortuna socorridos, y se recogen las apuestas perdidas. Vense entonces semblantes alegres, y otros melancólicos; gente preocupada y pensativa; caras de alucinados, de desengañados y de arruinados.

Los beodos y los moceros están en las cantinas, tequebrando á las escanciadoras, á las cantatrices, á las bailarinas de jarabe; rasgueando las vihuelas; cantando en coros discordantes; bailando en las tablas; bebiendo, bebiendo, y pasando la noche en pública orgía.

A los sones de las murgas y de los organillos, al estruendo de los bailes se unen las voces de los que cantan, de los que venden, de los que juegan, el rumor de la multitud que pasea, y confundida tanta variedad de sonidos; se oye en las oscuras y solitarias calles distantes, como un solo grito lejano de loca alegría.

En la calle de los tabancos hay en el centro una hilera de numerosidad de mujeres sentadas en frente de sus braceros, donde sobre el comal hierven los lardos y se aderezan las enchiladas. Atrás, junto al soportal, se pone otra hilera de mesas con tazas, pan, lechugas, butifarras, aves desplumadas, piernas de venado; y sentado á las mesas ó en tor-

no de los braceros, el pueblo bebe leche, café, atole, ó en voraces dentelladas y afanoso mandibuleo engulle cerros, pavos, gallinas, tocino, malcocinado y enormes trozos de ternera. Chillan las fritadas, y se difunde en toda esa calle y el soportal inmediato aquel olor de embutidos y botaguñas.

Toda la noche se come, todo el pueblo cena, se ahita y se da fuerzas para una embriaguez hasta la amanecida.

La víspera de la Ascensión del Señor, principal día de la feria, afluye mayor número de visitantes; se despuéblan los lugares circunvecinos, y la gente no cabe en la villa. Los mesones, atestados de forasteros, no dan lugar á nuevos huéspedes; las fondas no tienen para alimentarlos; presto quedan desmantelados los tabancos, sin satisfacer á su parroquia. En los pórticos y soportales no hay dónde poner un pie, sino sobre otro de persona sentada ó que pasa; en el jardín apenas si puede moverse aquella masa de seres humanos que pasea; las calles adyacentes son estrechas para la irrupción del gentío que empuja y arrolla á los tomajones, jugadores y curiosos de que están rodeadas las mesas de ruletas, licores y refrescos; el ancho atrio del templo cubierto está de seres humanos, sentados ó acostados.

Inmensa muchedumbre se agita toda la noche en la plaza y en torno del templo.

En el atrio se eleva altísimo castillo de pólvora, cuyo incendio mantiene á la multitud en expectación hasta la mitad de la noche. Los corredores de

fuego se suceden de la torre á la casa municipal, las cámaras dejan oír á largos intervalos su ronco trueno como de cañón, y los cohetes hunden el espacio y traquean en las alturas, ó se deshacen en estrellas titilantes de colores, en el fondo del espacio obscurecido, y caen á manera de bólidos.

En mitad de la noche se incendia el castillo: se llena de prefulgentes resplandores, formados por las girándulas en sus rápidas vueltas; se cubre de estrellones blancos, dorados, azules, rojos, violáceos; se deshace en áureo polvo; chirría al despedir el aire comprimido entre sus bombas, y se corona de rayos, despidiendo cohetes que centellean entre las altas sombras y atruenan las alturas en el silencio de la noche. La torre del templo se recorta en las tinieblas del espacio, iluminada de brillantes colores por las luces policromas del castillo. En torno de éste se difunden sus vívidas claridades, sus radiantes fulgores, dejándonos ver las mil caras que le contemplan, rojizas, azuladas, verdosas, y distinguimos entre la multitud á personas conocidas, embelesándose en aquella quemazón lúcida, preñada de colores, de llamas, de chispas, de truenos y de nubes luminosas.

Parte del pueblo duerme en el atrio, en el jardín, en los pórticos, en las calles inmediatas; sobre las mantas donde se tiende el pescado, al pié de los sacos donde se le guarda; sobre las mesas desnudas los chicuelos, y debajo de éstas los adultos. Familias completas están apiñadas, hechas racimos, mientras otra parte del pueblo, la más nume-

rosa, prosigue en los juegos, se pasea en el jardín, bebe y baila hasta el nuevo día.

Las comparsas de indios, venidas de las cercanías, á la puerta de la iglesia empiezan desde el amanecer del día de la Ascención, su acompasado y címétrico danzar, al son de violines gemebundos.

Entarascados los matachines con su gaitería, llevan en la cabeza un plumero reluciente de espejillos, almilla morada, nagüilla corta con lentejuela, cuentas, cascabeles y otros pelitriques, media rosada ó blanca y cendales nuevos. Al hombro, gran mascada de vivos colores y negra y larga cabellera; á la espalda la aljaba, y en las manos sonaja, arco y flecha.

Dispuestos en dos filas para danzar, suenan los violines con notas lastimeras, como llanto, como súplica llorosa, y empiezan los ordenados movimientos, las acompasadas evoluciones, con las que trazan mil figuras, acompañando el son triste é igual de los instrumentos con el de los pies y las sonajas. En mitad de la danza despiden alaridos, se hincan de rodillas, se tiran de bruces, levantan las manos al cielo en vueltas y saltos; apuntan con las flechas y hacen ademán de dispararlas; se cruzan, y se rodea de ellos el viejo enmascarado con una carantamaula de cretino, el monarca de lengua cabellera cana, director de aquella comparsa emplumada, erinada y vestida de todos colores.

Pasadas las misas, se estaciona el baile en el interior del templo, en donde las comparsas penetran

danzando.

Ese día el furor de la feria llega á su último límite, el entusiasmo á su más alto grado: la bacanal del día es igual á la de la noche, no cesan el baile, el juego, la embriaguez, el paseo de tumultuoso concurso en los pórticos y la plaza.

Después de la Ascención va decayendo la feria; empieza á dispersarse la muchedumbre, y el domingo siguiente concluye todo; el lunes vuelve á su antigua soledad y quietud la villa.

*
* *

El domingo anterior al quince de septiembre, en mitad del día, cuando la plaza principal está llena de gente, se publica por bando, no alguna ley que tales requilorios de promulgación exija, sino el programa de la fiesta. Marcha entonces á la voz de clarín y al son de la música, con la Junta Patriótica á la vanguardia, el destacamento de infantería acantonado en la villa. Hace alto en cada ángulo de la plaza, calla la banda, se agolpa el pueblo, se eleva encima de todos el secretario de la Junta, en voz alta lee el programa y fija un ejemplar en la esquina. Prosigue la Junta en su marcha, y á intervalos se lanzan cohetes de entre la comitiva, y se arrojan al viento ejemplares del programa, por cuya adquisición se levantan al aire cien manos, grita, corre y se revuelve arrebatada la muchedumbre, desordenando las filas.

Presto acaba la proclamación solemne, y con ésta cesan los repiques á vuelo que ensordecieron la

plaza durante el marcial paseo.

El día quince es la fiesta de los barqueros, que compiten en fuerza y destreza en el remo y la pala, moviendo en regatas la pesada canoa.

Multitud de espectadores invade entonces las playas, aquella interminable llanura, las canoas atracadas y los asientos dispuestos en las batangas, á los últimos resplandores de la tarde que tienen de gualda las nubecillas distantes. Al apagarse en occidente, vuelve el gentío á la animación de los pórticos, que han sido cubiertos de anchas palmas y banderas, hasta desaparecer los muros, las columnas, las arcadas, en medio de una iluminación iriscente.

Levántase bajo el pórtico de la casa municipal el altar de la patria, en el que, sobre una mesa cubierta, bajo dosel y entre pabellones de armas, se coloca, sacado del salón de cabildos, el retrato de Hidalgo, de natural tamaño, dibujados á sus pies los emisterios del viejo y el nuevo mundo, rota la cadena que los unía. Rodéasele de banderas, y á uno y otro lado se suspenden del muro revestido de lienzo tricolor, entre coronas de azucenas é inscripciones de papel, los retratos de otros caudillos de la independencia, y á lo largo del poyo adosado al muro se ponen tiosos de corazones y de nardos. A la derecha un tablado lleno de sillas; cerca del altar la tribuna; del pórtico al frontero andén de la plaza un toldo y bancos, y desde allí derramada por el jardín gran profusión de palmas, banderolas y farolillos multicolores.

La noche del quince ocupan el tablado el prefecto y los empleados de justicia y municipales. En el pórtico y bajo del toldo se sientan los escolares de ambos sexos y las familias invitadas, y se apaña el pueblo. Escúchase la música, y después de la obertura se suceden en la tribuna, turnándose conforme al programa, oradores y poetas improvisados, entre ellos un lucido juez cesante de aquel distrito, quien nos pondera cuánto le agrada *solemnizar las solemnidades*. Se lee al fin el acta de independencia, y suenan las once de la noche, hora de repiques, descargas, cohetes, himnos, dianas, aclamaciones, gritos y frenéticos aullidos de borrachos.

Entre doble hilera de pietones con hachas encendidas, precedida de la música y seguida de una turba, el prefecto y su comitiva de empleados y niños escoliastas enfilan las calles, iluminadas y limpias unas, oscuras y fangosas otras, hasta parar en una plaza, la de Morelos—vulgo de Las Sandías—llena de confusión y de desórden. Allí en mitad de un soportal, se levanta otro altar bien desmantelado: sobre una mesa desnuda, que luce su ennegrecida madera, está el padre de la patria entre abanicos de palmas y candiles humeantes. Alrededor hay sillas y una en el centro, á la que sube un orador, y de pie perora.

Su oración, como su actitud, también es pedestre: se destose, gesticula, bracea, se vuelve á un lado y á otro; ya parece que amenaza, ya que deprecia, ya que se lamenta, ya que maldice, ya que pe-

1020006067

lea, tirando para acá un puñetazo y para allá un torniscón.....pero no se le ha oído, entre el murmullo de la concurrencia que ahoga su voz apagada y débil, sino una que otra palabra final: Hidalgo.....libertad.....pueblo.....héroes.....España.....cadenas. Desciende de la silla cabizbajo, temiendo en su modestia una ovación, y, sin embargo de no habérsele entendido nada, se le aplaude y recibe congratulaciones de algunos circunstantes.

En aquella plaza, agrupado á las mesas de juego y de licóres, en derredor de los *mariaches*, entre músicos de acordeón y cantarinas, pasa el pueblo la noche, entregado á la báquica expansión de su regocijo patriótico, hasta saludar el alba sonriente del *día del aniversario*, con la beodez más loca y delirante.

La mañana del diez y seis de septiembre se repite la ceremonia oficial de la noche anterior. En el pórtico preside el prefecto, enfundado en su arcaica levita, enguantado, perfumado, enlozanado con auxilio del arte y del afeitte; bañado en sudor que en aquella opresión de ropa negra es más abundante y enlentece el cuello almidonado, substituido todo el año con la mascada blanca. Bajo del toldo se reúne la mitad de la villa, sentada, de pie, abochornada, sofocándose, agitando pañuelos y abanicos; asiste á oír al médico, al director de la escuela elemental y á algunos de sus discípulos aleccionados para las recitaciones.

El sol vierte sus rayos en aquella blanca lona extendida encima de las descubiertas cabezas de

los espectadores. En el silencio de todos se escucha la voz del orador que los exhorta á la unión, á la defensa de sus libertades hasta el heroísmo del martirio. Entre uno y otro discurso suena la música; y el canto coral de las niñas, las evoluciones militares de la cohorte de pequeñines escoliastas y las descargas del destacamento de infantería ponen fin á la solemnidad de aquella calurosa mañana.

La concurrencia endomingada se retira zaparrastRANDO y llenando las aceras. Crujen las haldas nuevas, y van rozando con las ramas de palmera que forman arcos en puertas y ventanales.

A la tarde de regatas sucede la de carreras de caballos. A éstas va también media población; invade las calles polvorosas, flanqueadas de huertos, y se agita entre el polvo que oscurece la claridad de la tibia atmósfera, opaca las telas y descolora los rostros, ya de suyo pálidos y cetrinos en aquella latitud ardiente y á veinticinco metros sobre el nivel del mar.

Por la noche arde la farolada en los pórticos y el jardín, tendida entre las hierbas, suspendida de las ramas de los árboles, como grandes flores de luz, como frutos ígneos. La noche ofrece todas sus sombras y todas sus luces, todos sus secretos y todos sus encantos para el culto de Venus, Baco y Birján. Renuévanse en la del diez y seis las noches de mayo; transcurren todas en una sola; se condensa en ésta toda la dissipación de aquellas.

A las dos de la mañana, rendidos por el vino y

el fatigoso jarabe, se han abandonado á su pesada somnolencia, y tendidos en la plaza de Morelos duermen profundo sueño, hombres, mujeres y niños, sin que falten grupos de ebrios más desvelados, en torno de los *mariaches*. Cubierto está el suelo de cuerpos humanos, sobre frazadas, en el desnudo empedrado, en la hierba que á trechos se extiende, encogidos ó estrados como cadáveres que quedaran en abandono después de sangrienta riña de mil ebrios.

—:0:—

CUADRO SOMBRIO QUE ACLARA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



el fatigoso jarabe, se han abandonado á su pesada somnolencia, y tendidos en la plaza de Morelos duermen profundo sueño, hombres, mujeres y niños, sin que falten grupos de ebrios más desvelados, en torno de los *mariaches*. Cubierto está el suelo de cuerpos humanos, sobre frazadas, en el desnudo empedrado, en la hierba que á trechos se extiende, encogidos ó estrados como cadáveres que quedaran en abandono después de sangrienta riña de mil ebrios.

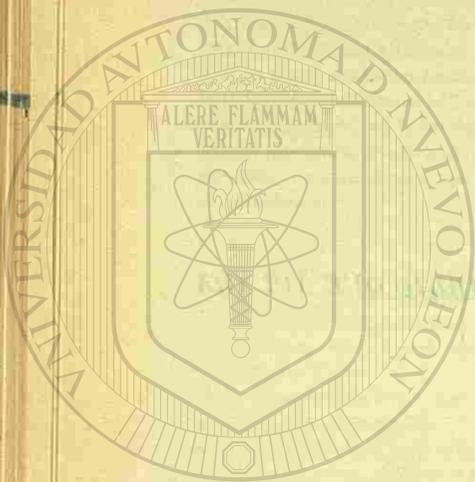
—:0:—

CUADRO SOMBRIO QUE ACLARA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CUADRO SOMBRIO QUE ACLARA

UNA conmovedora escena me impresionó tristemente en mi primer paseo vespertino por la villa de Santiago Ixcuintla. Al atravesar una calle, oí gritos desgarradores, lamentaciones de intensísimo dolor, y las palabras «hijo mío de mi vida,» pronunciadas con ternura infinita, entre amarguísimo llanto. Acerqueme á una casa, de donde la mujer que daba tan lastimeras voces se disponía á salir, y supe que aquella madre angustiada lloraba á su hijo, ahogado en el río momentos antes. Había ido el muchacho á dar agua á un caballo; entró éste en el río, avanzó, no pudo aquél detenerle y fué arrastrado al hondable en que desapareciera.

Una hora después, al término de otra calle, se había reunido mucha gente en la playa, y acordándome del ahogado, me encaminé al río. Entre la multitud estaba la afligida mujer, horando y la-

mentándose, presa de su dolor. Todos con la vista en dirección de la corriente; todos en silencio, apenas interrumpido con preguntas cortas y exclamaciones:

—¿Hasta donde irían?

—¿Lo hallarán?

—¿Cuánto tardan!

La madre permanecía largo rato cubierta la cara con el chal; la volvía á veces para ver en la misma dirección que los demás, y los suspiros la hacían estremecerse, los sollozos la ahogaban, la cegaban las lágrimas, y con voz balbuciente llamaba y volvía á llamar á su hijo: ¡Hijo de mi corazón! ¡Querido hijo mío!

¡Indescribible la inquietud de aquella mujer! Dudosa aún de haber perdido á su hijo único; deseando que á tiempo de salvarlo llegasen los barqueros que en una canoa habían ido á buscarlo; temerosa de que ni siquiera los despojos fuesen recogidos, sino arrastrados hasta el mar, ó pasto de voraces hidrosaurios; y pensando en que acaso no tendría el consuelo de abrazar el inanimado cuerpo de su hijo, de llorar sobre él, de unir á sus yertos labios los abrasados, candentes que le llamaban tantas veces y contemplar aquel semblante descajado, en cuyas descoloridas facciones se dibujarían la impresión de la lucha formidable que sostuviera con aquel fiero elemento, y las corrugaciones de la asfíxia.....

A lo lejos apareció una barca tripulada por dos bogas.

El sol, descendiendo con lentitud, doraba los verdes campos que el río atraviesa, y bruñía la corriente. El aire blando apenas si resbalaba sin el más leve rumor.

En breve las primeras sombras empañaron la límpida transparencia del cielo, y la melancolía de la tarde convidaba á sentir más la acerbidad de aquella pena, con el grupo silencioso de la ribera, que esperaba á la barca lejana.

Llegó ésta sin haber encontrado al niño, y la desolada madre, con la certeza de su desventura, prorrumpió en ayes desgarradores, y fué vuelta á su tugurio á llorar toda la noche la eterna soledad de su existencia.

Yo la seguí preocupado, percatando cómo aliviar su dolor. Iba la congojada madre envuelta la cabeza y caminado sin ver por dónde, guiada por las piadosas gentes que la rodeaban. Al llegar á la puerta de su casa, otras la esperaban, y le tendió los brazos una mujer, diciéndole con amabilidad:

—No llore V., no llore. Basta, basta. No ha pasado nada. Mire, su hijo no se ahogó, vive todavía!

—¿Pero cómo ha de vivir, si no lo han encontrado? Díos me lo quita sin concederme siquiera verlo muerto y tributarle mis últimas caricias.

—No, no; Díos no le concede esto, porque le concede verlo vivo. Dé gracias á Díos! Su hijo vive. Reánimese!

Mientras procuraban consolarla con estas y otras semejantes expresiones, en las que la dolorida madre no veía, sino una remota esperanza de

sus amigas y convecinas; penetré yo en la vivienda, comprendiendo que existía de veras el niño á quien suponíamos ahogado, pues en las personas que así lo aseguraban no advertí el menor pesar, ni el continente grave que la presencia del sufrimiento impone; y, en efecto, allí estaba el chico-rrotín de seis años de edad, sentado sobre una cama, desnudo, envuelto en una sábana, la cabeza empapada, los ojos inyectados por el agua, pálido, mustio, con frío y castañeteando. Contome que había entrado hasta medio río por no soltar el caballo; pero éste le arrebató el cabestro y salió solo á la otra margen, mientras á él lo arrastró largo trecho la corriente, ya sobrenadando, ya á lo somorgujo, y fué salvado por unos aguadores de la barriada de El Pueblo Nuevo, quienes lo condujeron á su casa momentos después que su madre había salido.

Cuando ésta, sollozante aún, penetra en su habitación, el niño se levanta, desarrebujándose; ella da un grito, corre hacia él, lo abraza, lo besa, lo cubre con el chal y llora silenciosamente.

UNA HORA EN LA PLAYA

—:O:—
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



sus amigas y convecinas; penetré yo en la vivienda, comprendiendo que existía de veras el niño á quien suponíamos ahogado, pues en las personas que así lo aseguraban no advertí el menor pesar, ni el continente grave que la presencia del sufrimiento impone; y, en efecto, allí estaba el chicrotín de seis años de edad, sentado sobre una cama, desnudo, envuelto en una sábana, la cabeza empapada, los ojos inyectados por el agua, pálido, mustio, con frío y castañeteando. Contome que había entrado hasta medio río por no soltar el caballo; pero éste le arrebató el cabestro y salió solo á la otra margen, mientras á él lo arrastró largo trecho la corriente, ya sobrenadando, ya á lo somorgujo, y fué salvado por unos aguadores de la barriada de El Pueblo Nuevo, quienes lo condujeron á su casa momentos después que su madre había salido.

Cuando ésta, sollozante aún, penetra en su habitación, el niño se levanta, desarrebujándose; ella da un grito, corre hacia él, lo abraza, lo besa, lo cubre con el chal y llora silenciosamente.

UNA HORA EN LA PLAYA

—:O:—
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNA HORA EN LA PLAYA

NO bien entrada la noche, una barca nos transportó del embarcadero de Santiago Ixcuintla al opuesto arcén del río, donde se hallaban nuestras caballerías, y subimos en ellas, tomando en seguida la derrota del puerto. Iba á cumplirse uno de mis más acariciados deseos. Parecíame increíble que de ahí á pocas horas estaría disfrutando de la vista del Grande Océano y escuchando su sonoro estruendo; que al día siguiente me bañaría en sus aguas, y que iba á contemplar por algunos días sus olas, sus naves, sus playas, sus auroras, sus crepúsculos vespertinos y su cielo azulado como su inquieta superficie dilatada.

Por espacio de seis horas enfilamos una carretera polvorosa, en la que á trechos, y especialmente en El Monte Alto, se espesa más el bosque y se oscurece la vía bajo la bóveda de entrelazadas ramas de altos higuerones, camichines, licanias, cedros.

ceibas, manicarías y airés, cargados de huembes y otras enredaderas silvestres. Pasamos por algunos cortijos, grupos de chozas de estípites y ramas de palmera, el primero de los cuales estaba animado por el ensayo de una danza de indios que había de bailar en la festividad del patrono de la vecina villa, el próximo día de la Ascensión. Llegamos después á un estero enbarcado de aguas putrefactas y miasmáticas, de letífera hedentina, antes del cual habíamos empezado á sentir las primeras caricias del jégén, pequeño insecto alado, casi imperceptible á la vista, que puebla el aire en las paludosas cercanías del puerto, y que nos azotaba el rostro como menuda lluvia de ardiente ceniza, y tenía inquietas y desasosegadas las caballerías los momentos en que suspendíamos la marcha. Trepamos, al fin, por una puente endeble de madera, tendida sobre otro estero, y á las dos de la mañana aportamos á San Blas, encontrándole sumergido en silencio, soledad y paz profunda.

No quise encerrarme en la Casa Blanca, hotelillo homónimo de la mansión de los sucesores de Washington, antes de satisfacer mis impacientes deseos de ver el mar; y así, sin apearnos de nuestras caballerías nos dirigimos inmediatamente á la playa. El espectáculo que se desarrolló ante mi vista en aquella hermosa noche del plenilunio de mayo, convidaba á contemplarle extasiado hasta el amanecer. La inmensa superficie movible de las aguas; el ruido incesante de las olas, parecido al del vendaval en una gran alameda de hojas secas,

los torbellinos de espuma en que se deshacen, y luego se extienden hirviendo hasta la arena, de la que las aleja la resaca; la peña blanca que sobresale á una milla de la playa; los barcos anclados á igual distancia, delante de cuyos trinquetes brillaban las luces de farolillos que se confundían con lejanas estrellas; la dilatada costa, en cuya lejanía, hacia el sur, se alzan montes de obscuro verdor; el esplendor del cielo sereno, y la suave claridad de la luna derramada en aquel paisaje embargaron mis sentidos por una hora.....

A la luz del día era más encantador el espectáculo: parecíame haberle visto antes á través de un vidrio empañado, cuando le contemplé tendidos por mar y tierra los dorados rayos del sol naciente, que subía tras los picachos de los montes lejanos.

La blanca luz matinal hacía resaltar los vívidos colores del cielo, de los montes, de la mar, del brillante alcionio que borda la ribera y del plateado peñón inmóvil entre las aguas. No se cansaban mis ojos de aquel espectáculo, ni de aquel estruendo mis oídos, y tanta grandiosidad y belleza me hacían dudar por momentos, de que estuviese contemplando aquel inmenso océano lleno de luz, y respirando en aquel fresco ambiente embalsamado con las emanaciones marinas.

Hubiera querido penetrar hasta el fondo con la mirada, y ver bajo la superficie ondulante que los vientos agitan mansamente, ó levantan con ímpetu y furor horribles, moverse el océano en rápidas

y poderosas corrientes que se deslizan á profundidad variable é indeterminada; bajo de éstas, las aguas inmóviles, que por la presión, su densidad y la atracción terráquea no se inquietan jamás, perpetuamente tranquilas, y en el fondo, á cinco mil metros, cordilleras graníticas, bosques albarizos de madreporas, valles pedregosos, llanuras de arena, á donde no penetra la luz solar y viven plantas de mil metros, é infinitos tentáceos, pobladores de los oscuros abismos.

Representíbame las coloraciones que en ciertos parajes del océano substituyen á veces su hermoso color cerúleo, tornándose las aguas amarillentas en ciertas zonas, plomizas, como densos nublados, en otras ó bien, abureladas; las regiones ecuatoriales, donde, tras los ardores de un día abrasado, se vuelve de fuego el mar, ó como inmenso lago de oro derretido, del que salen, en el movimiento de las aguas, radiosas ondas, peces refulgentes, espumas de diamantes, y, por último, me representaba los enormes témpanos de hielo, desprendidos de las regiones polares, y que flotan mucho tiempo, arrastrados á centenares de millas.

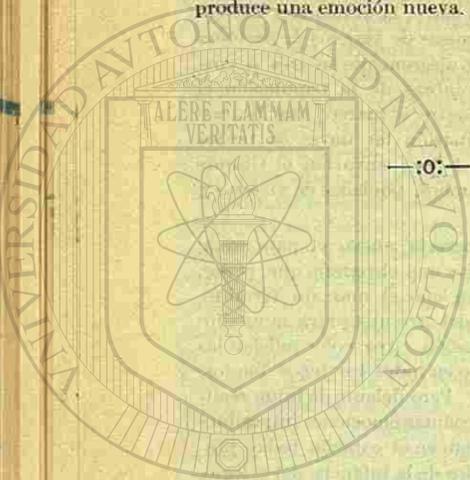
Con su anchura de cuatro mil leguas, entre las playas americanas y el continente asiático de que nos aparta, no me inspiraba temor el Grande Océano, sino deseos de cruzar por él, deseos de un dilatado viaje, de vivir á bordo, de pernoctar sobre cubierta, contemplando los astros y aquella desierta inmensidad; deseos de una prolongada travesía llena de peripecias alegres y tristes, dulces y te-

rribles: los bailes á bordo, las tertulias improvisadas en los salones del barco, la animación del comedor, rodeadas las mesas de viajeros de naciones diversas charloteando alegremente en tres ó cuatro idiomas; las maniobras de la tripulación, el salomar del contramaestre, el mareo, una borrasca..... Vefa mi imaginación las naves de tantos pueblos que en aquel acto surcarían el Grande Océano con varios rumbos, pobladas de viajeros y cargadas de riquezas.

A veces no me parecía nuevo el panorama, sino tener ante mis ojos una oleografía que poseo, y que representa de un lado el mar sin término, cruzado de barcos, y del otro una playa montañosa de lujuriente vejetación, cuyo color reflejan las aguas, tomando, como en todos los bajos fondos, un ligero tinte verde. Pero delante de tanta realidad, ¡cuántas ideas! ¡cuántas emociones imposibles de expresar! Se levantan en el corazón todas juntas, evocando recuerdos de la infancia, del colegio, y confundiéndose con las que años atrás despertara en nosotros la lectura de poemas descriptivos de la naturaleza en el mar, de los amores, los encantos y peligros de la vida del océano; de historias de batallas navales; de viajes de descubridores, conquistadores y primeros pobladores del Nuevo Mundo, y de modernos exploradores de regiones no conocidas.

Después he navegado muchos días, largas noches, centenares de millas, sin ver tierra, y á ve-

ces, por las bramaciones, ni el mar, y siempre me produce una emoción nueva.



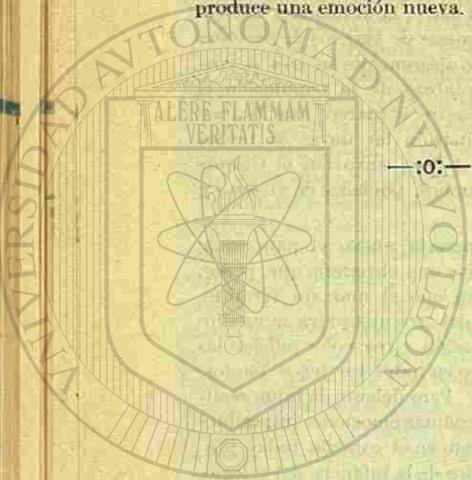
MI PRIMER DÍA A BORDO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



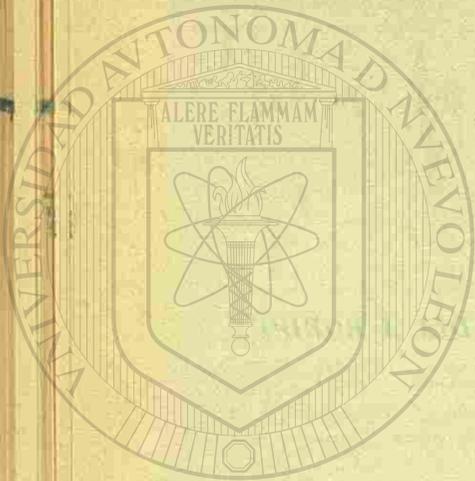
ces, por las bramaciones, ni el mar, y siempre me produce una emoción nueva.



MI PRIMER DÍA A BORDO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MI PRIMER DÍA Á BORDO

AL atardecer dejábamos atrás mi hermano *Duralis* y yo, seguidos de nuestro mozo y de una mula que cabestrea cargada con el equipaje, las sombrías y frescas hondonadas, las cumbres nemorosas de Guaristamba y de Zingaita, sus veredas abruptas, roturadas en los berrocales de colgados respechos, desde cuyas últimas eminencias habíamos contemplado la mar como lejana llanura nevada, resplandeciendo con los rayos oblicuos del sol poniente; y ya en la obscuridad de la noche trotábamos por un estero seco, ancha avenida bordeada de manglar espeso y rematada en otro estero -el del Conchal- que atravesamos en pango, mediante un barcaje por personas y cabalgadura. A las ocho de la noche enfilábamos la calle principal del puerto de San Blas, casi solitaria. Ardían haces de hierba fuera de las cabañas, para ahuyentar el jégén, insectillo morbosos de la co-

marca; en el centro de la calle algunas tiendas iluminadas recortaban en el fondo oscuro de la acera sus largas puertas, de donde salía un haz de vivísima luz, y en el término de la calle reinaba obscuridad profunda.

Apenas hubimos dejado los equipajes, nos encaminamos al mar. No veíamos sino ráfagas de espuma luminosa á corta distancia de nosotros, y en el lejano horizonte negras nubes, como saliendo de las aguas, y relámpagos continuados, seguidos de truenos sordos como estampidos de cañón distantes, cual si presenciásemos desde allí una batalla en alta mar: las naves envueltas en densa nube de humo, iluminada á intervalos por el fuego rojizo de la artillería, cuyo ronco trueno llegara hasta la playa, unido al de las olas; ó bien un naufragio en aquella soledad, en medio de deshecha borrasca, luchando la nave con el furor de las olas encrespadas y la fuerza indómita de vientos desencadenados, levantándose hasta los cielos, y descendiendo como á hundirse en el abismo. Casi no veíamos las aguas; ignorábamos, en aquella tiniebla, si una ola podría llegar hasta nosotros, ó si distábamos bastante de la orilla. Empezó á lloviznar, y nos retiramos á «La Casa Blanca.»

Pintoresco es San Blas, en su mayor parte de casetas de tablas y cabañas de entretejidas varas, entre esbeltos cocoteros que de los techados de tejas ó palmas sobresalen á doble ó triple altura, circuido de huertos y esterós, con calles areniscas y escasos moradores, una plaza con jardinillo sonriente y

una iglesita blanca. Tres horas bastarían, al que no tuviese allí ni conocidos, ni amigos, ni negocios, como nosotros en aquella época, para experimentar el deseo de abandonar la población, satisfechos de conocerla, si no ofreciese el espectáculo del mar, que es, como dice la Pardo Bazán, «espectáculo siempre variado, siempre atractivo, en su eterna magnificencia;» pero tres días bastan, no digo para esas impresiones, sino para creer en lo que, según tradición ó rondalla, deste el altar mayor de la iglesia indica la estatua de San Blas á los forasteros, echando al aire los dedos índice y cordial de la mano derecha en ademán de disyuntiva: «O te mueres, ó te vas.» Con efecto, en tres días de permanencia en el puerto, siente uno que si no se va se muere, ó de las endemias de aquel ardiente clima, ó del cansancio abrumador, del mortal enervamiento que produce en el verano, sobre todo á las horas bochornosas del día, en que el calor nos adormece bañados en copiosa transpiración, y el jergón nos sangra sin piedad. Acrecentábase para nosotros el peso de aquellas horas, con lo incierto del arribo del barco de vapor que había de conducirnos por aquella desconocida soledad del océano. Temíase que los barcos esperados no tocasen en puertos de Méjico en su travesía de Panamá á San Francisco de California, por no exponerse á cuarentena, ó que, por la de observación á que debía someterseles en Acapulco ó Manzanillo, retardasen su llegada, y pensando en la indefinida prolongación de nuestra estancia en San Blas, se me

ocurría verdadero lo del santo: «O te mueres, ó te vas.»

Pero no me importaba esa incertidumbre, ni la desolación, ni el marasmo del puerto, cuando al caer la tarde íbamos á pasear por la mar, ó, allende la barra, á la hermosa playa del Rey. Separada de un estero por repuesto y hojoso bosquecillo, se dilata espaciosa, con su menuda arena y sus arrecifes combatidos de las olas y salpicados de espuma; descubriendo la inmensidad del Grande Océano y otro alto peñón albicante que á siete millas se levanta entre las aguas, brillando al rayo del sol. Pasamos varios días, compartidas sus serenas tardes en aquella risueña playa, en el pailebot del resguardo marítimo, en paseos por el abrigo denominado El Pozo y en la vista de la pesca de almejas que se crían en el acervo de la orilla, de donde las sacan multitud de hombres, mujeres y chiquillos, llenando de conchas sus banastas.

A las nueve de la mañana del ansiado día de la partida, tres repiques en la Garita, la atalaya del puerto, anunciaron haberse avistado el barco que esperábamos; y á las once, pasada la visita de la capitanía y de la comisión de sanidad, cuyo regreso aguardamos en el ándito de aquel edificio, nos entramos, para ir á bordo, en la balandra de Manuel, viejo barquero que nos vendía jaibas y almejas, y nos había conducido en su canoa y á cuestras en nuestros paseos vespertinos. Hicimos felizmente el temido paso de la barra, caminando á grandes bogadas, al golpe de cuatro remos hábil-

mente gobernados por un piloto j6ven; subíamos y bajábamos mecidos por las olas que como tendidas lomas avanzaban hácia nosotros. Nos abrieron paso los botes arbolados al «Colima,» al pie de la escala, donde difícilmente se mantuvo atracado al nuestro con el coque, y subimos al barco, no sin cuidarnos de saltar en la escala al momento que salía del agua su último peldaño, y antes de que subiese más, ó volviese á sumergirle el balanceo de la embarcación.

Instalados en un camarote de popa, hallamos á la cabecera de cada cama, debajo de los cojines, un salvavidas, y probamos á medirnosle; descansando que no nos obligase á usar de él el Cordonazo de San Francisco, temido en esos días. Recorrimos en seguida el «Colima,» y en el piano de la sala principal celebró *Duralis* nuestro embarco.

A las doce sonó por los corredores de cubierta el batintín chinésco, y en breves instantes nos hallamos sentados á una de las mesas del comedor, presidida por el contramaestre, junto al médico de la compañía de navegación y delante de un abogado y un visitador de aduanas que tenía juntas en mitad de su ancha frente dos profundas cicatrices. Servían la mesa algunos chinos, limpios, vestidos de camisas blancas, de seda, de anchas bocaman-gas, afeitados del rostro y de media cabeza, y enredada la trenza en la morra. Con las listas de comida en inglés, no acertó el visitador á pedir un platillo de su agrado, y por no tomar de intérprete á alguno de los que le ofrecíamos nuestros bue-

nos oficios, contentó su golondro con servirse del ambigü que cubría la mesa, acaso más abundante en manjares que la lista enigmática.

Del comedor pasamos á las cámaras de la maquinaria: eran tres, una sobre otra, comunicadas por escalas de rejillas de hierro como el piso de las cámaras. En la primera estaban los condensadores, fijos en el centro, y la última, la de las calderas, se abría en el fondo del barco, sumergida en el agua, sin ventilación ni más luz que la de alborotantes de gas fijos en la amurada, y la rojiza que salía del ancha boca de tres enormes hornos llenos de carbón de piedra hecho ascuas. El fuego vivísimo elevaba la temperatura tanto en aquella profundidad, que sentíamos tostárse nos la cara y las manos, anhelante la respiración, un sudor copiosísimo, como en baño ruso, y que la ropa nos quemaba como si la hubiésemos sacado de aquellos hornos. Los atizaban tres fagoneros, de cara y brazos negros como la hornaguera, en camiseta negra, con cachucha negra también y empapados en sudor que daba lustre á su piel y ropa atezadas. Todo en los tres compartimientos estaba caliente y enaccitado, el pavimento y los bruñidos peldaños muy resbaladizos, y en las barandillas de las escalas no podíamos apoyarnos. Al salir, experimenté sobre cubierta la misma sensación de frío que al entrar en los refrigeradores de la cervecería de Hermosillo, Sonora, donde la temperatura está á cero grados.

Bajamos después al departamento de 3ª clase, al

barrio de los chinos, construido en el centro del enorme casco. Era un cañón largo, estrecho, flanqueado de camarotes ó cubiles, especie de nichos ó gavetas como para colocar de lado los ataúdes, y escasamente iluminado por lucernas cerradas con vidrio, á través del cual se veía el mar en movimiento. Afuera de los camarotes, numerosos chinos, desnudos de cintura arriba, acomodaban ó limpiaban ropa, ó enseñaban mercaderías á algunos pasajeros, entre multitud de pericos colgados en jaulas ó argollas. Adentro de los camarotes, entre montones de trapos, cacerolas de comida, piltrafas de pan, fruta podrida, se asomaban algunas chinas semiacostadas, escualidas, cetrinas, casi desnudas; otras amamantaban ó arrullaban á sus chiquillos. Todo aquel recinto estaba envuelto en una atmósfera pestilente, nauseabunda, que no pudimos soportar sino breves instantes, y precipitadamente tratamos con algún efecto que se nos propuso en venta, y nos alejamos ya con conatos de marco, lamentando que aquel barco de vapor, tan hermoso, tan elegante sobre cubierta, escondiese tanta inmundicia en el antro obscuro y estrecho, donde apiñados vegetaban cien mogoles y sus familias.

A las cinco de la tarde empezó á moverse el Colima, arrojando á babor y á estribor oleadas espumosas al romper las aguas; y sentado yo sobre cubierta, reclinado en la borda, ví perderse de vista la costa, y extenderse en el océano la oscuridad de la noche. Veíanse á las nueve, en el hori-

zonte, hacia el poniente, dos llamas juntas sobre las aguas: era la luna en su primer octante, que ocultaba sus dorados y brillantes cuernos en la mar, proyectando sobre las aguas oscuras, ancha faja luminosa.

Hallábame en un mundo nuevo, y empezaba nuevas costumbres, nuevo régimen de vida. Revelábaseme la existencia de placeres hasta entonces desconocidos, de emociones profundas, antes no sentidas: tristezas, asombrosos temores, sobresaltos, presentimientos que no se experimentan sino en la mar, donde commueve más honda y dulcemente la ausencia de lugares queridos y seres amados. Sentía despertarse dentro de mí el instinto de que en lo sucesivo tendría más estimación de la vida, más valor en los peligros, más ánimo en las empresas, más fortaleza en los infortunios, más salud y vigor en el cuerpo, más tranquilidad y regocijo en el alma; y me repetía la exclamación de Pierre Loti:

«¡Oh, qué hermosa la vida al aire libre, la vida errante! ¡Qué lástima llegar mañana!»

CÁNTICO EN EL BOSQUE

—:O:—
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zonte, hacia el poniente, dos llamas juntas sobre las aguas: era la luna en su primer octante, que ocultaba sus dorados y brillantes cuernos en la mar, proyectando sobre las aguas oscuras, ancha faja luminosa.

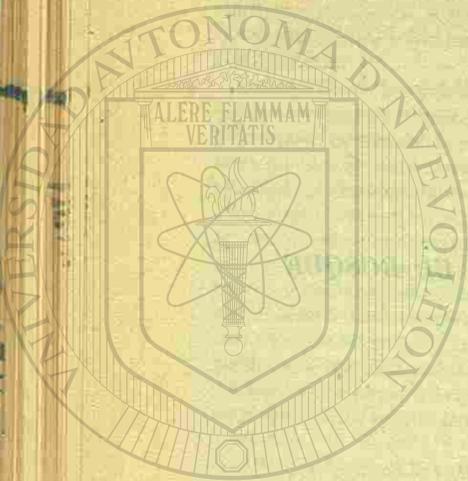
Hallábame en un mundo nuevo, y empezaba nuevas costumbres, nuevo régimen de vida. Revelábaseme la existencia de placeres hasta entonces desconocidos, de emociones profundas, antes no sentidas: tristezas, asombrosos temores, sobresaltos, presentimientos que no se experimentan sino en la mar, donde commueve más honda y dulcemente la ausencia de lugares queridos y seres amados. Sentía despertarse dentro de mí el instinto de que en lo sucesivo tendría más estimación de la vida, más valor en los peligros, más ánimo en las empresas, más fortaleza en los infortunios, más salud y vigor en el cuerpo, más tranquilidad y regocijo en el alma; y me repetía la exclamación de Pierre Loti:

«¡Oh, qué hermosa la vida al aire libre, la vida errante! ¡Qué lástima llegar mañana!»

CÁNTICO EN EL BOSQUE

—:O:—
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CÁNTICO EN EL BOSQUE

El último cortijillo sobre la carretera de Santiago Ixcuintla al puerto de San Blas, es La Florida. En el seno del bosque, sus cabañas amarillentas, de secas palmas, forman semicírculo á ambos lados del camino, separadas entre sí y habitadas por doce ó quince familias nómadas, que emigran á las primeras lluvias de junio, y regresan á mediados de la estación autumnal, en la época á que llaman, en aquella región costera, la entrada de potreros.

Los moradores de La Florida pasan el día en las salinas, á gran distancia de sus viviendas, de donde se parten á la alborada, y á donde tornan al caer la tarde. Trabajan al resol y bañados en las aguas de la marisma, cavando estanques, llenándolos del salobre líquido, recogiendo el residuo de la evaporación y amontonándolo hasta que pierda la cal y magnesia que lo exponen á licuarse. Al

demediar el día, toman descanso á la sombra de los manglares; encienden fogotes para la socarra de peees ó tasajos, y calientan las tortillas amasadas por sus mujeres muy de mañana, antes de la partida. Terminada la siesta, prosiguen con su ruda faena en las represas.

Vuelven al cortijillo cargados de azadones, palas y cuévanos, y aun no llegan, cuando las sombras nocturnales invaden el bosque: se esparcen por los esterros, se cuelgan de los copudos árboles, se tienden por las laderas de los montes lejanos, y en las chozas arden ya y humean las candilejas. Reúnense con ellos las muchachas de la zafería que vuelven de bañarse y de lavar, y los chicorrotines que pasaron divertidamente la tarde en el monte golusmeando, repapilándose con el fruto ácido de los arrayanes.

Una vez crucé á caballo por aquel bosque al anoecer. Las estrellas relucientes llenaban ya de claridad el firmamento, un fresco remusgo agitaba suavemente las arboledas, salpicadas de luciérnagas, y salía de las espesuras un cantar lejano, que se dilataba hasta el repecho del monte, hasta el lecho del estero.

El croaear de la rana en los marjales; la estridulación penetrante de los grillos y cabelletas ocultos en el herbazal, y el tropel de nuestras caballerías que trotaban por la clara senda que serpea entre la obscuridad de los repajos, no me impedían oír la lejana armonía de concertadas voces, más sonoras á medida que avanzábamos.

Parábame á intervalos un instante para escuchar. Caminé más..... Ya entre los árboles interpuestos en las sinuosidades de la entrada veía brillar las llamas de candilejas, y distinguía las chozas de hojas secas, donde derramaban su amortiguada claridad. Estaba cerca de La Florida, y las varoniles voces de los que cantaban se oían más limpias y fuertes, llenaban aquellos ámbitos y subían al cielo.

Al llegar al cortijillo, me detuve ante el grupo de los salineros que, á orillas de la carretera, con entonación tierna y lúgubre cantaban el Alabado:

*"Alabemos á Jesús,
también á Santa María,
que nos han dado salud
para llegar á este día."*

Fué su última estrofa.

Las mujeres escuchaban dentro de las cabañas, en medio de sus hijuelos semidesnudos.

Todos los días, cuando la noche ha enristecido aquella soledad, y vuelven de la marisma los salineros, y guardan los instrumentos de trabajo; cuando todo es quietud y silencio en torno de aquella tribu, salen de sus cabañas, se forman junto al camino y descubiertos cantan á una voz el Alabado.

Yo la escuché conmovido. Con su suavidad, con su melancolía, inundó mi alma de vaga y dulce tristeza, aquel cantar hondo y sentido de pobres

seres, que viven agobiados de brozno trabajo y en extrema la laceria.



—:O:—

MEXCALTITÁN
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



seres, que viven agobiados de brozno trabajo y en extrema la laceria.



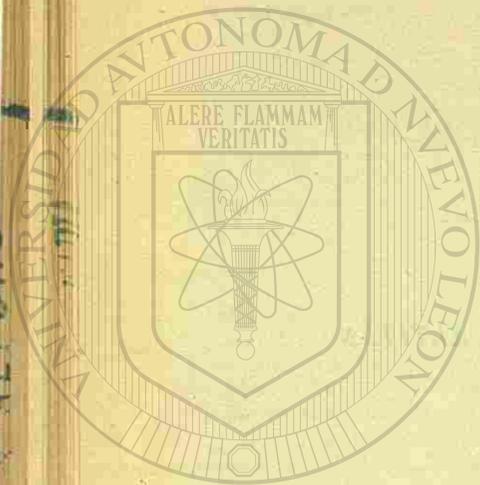
—:O:—

MEXCALTITÁN
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





MEXCALTITÁN

A las tres de la tarde, encaramado dentro de uno de los altos coches que diariamente viajan entre Tuxpan y Santiago Ixcuintla, tomé la ruta de aquella cercana villa. Al salir al campo, comenzó un aguacero; pero no fué necesario des-coger las cortinillas del coche, y, aunque llovió toda la tarde, toda ella disfruté de los agrestes y ri-sueños paisajes del camino.

Corre por una selva pobladísima, que á lo lejos y en las ondulaciones parece que cierra el paso. Entre la espesura, la palmera enana despliega sus anchos abanicos. En el estípote de algunas ha crecido el camichín, enroscándose en espiras, ó envolviéndolo completamente, y entre la frondosa copa, ó á mayor altura abre la palma sus abanicos. Las sementeras despejan el campo en algunos sitios, y la selva las circuye y aprisiona.

Iba el coche atravesando lagunajos, donde el

tronco y la cuadriga se bañaban salpicándose, y cortijillos que convidan á morar en su soledad, á vivir en aquella paz, como El Mirador del Puente, una sola choza de palmeras, al pie de un camichín, casi escondida en la frondosidad, y un becerriño á la entrada de la corraliza; El Puente, cabañas dispersas entre gigantescas higueras, á orillas del estero de la laguna de La Punta y la Cañada de las Lomas, que atravesamos por su puente de tablas movilizadas; El Guarichí, en pequeña hondanada, casi obscurecida por ceibas seculares y capomos; Coamites, en un altillo, al que subimos, atardeciendo, á la luz del último resplandor crepuscular que inflamaba el anubarrado occidental. Los bueyes estaban desuncidos, las carretas colocadas con los varaes sobre las cercas, la leña amontonada frente á las chozas ó debajo de los árboles. El rumor de la lluvia y el mugir de las reses entristecían la tarde.

Ya de noche, entramos en la villa de San Miguel de Tuxpan, bajo la lluvia persistente que había formado encharcadas, en las que, á la luz de los faroles suspendidos en el centro de la calle, se retrataban las casetas de palmera.

A la mañana siguiente, el río de San Pedro había crecido hasta cubrir sus ribazos, y amenazaba con revertir y anegar la villa, tan expuesta á inundaciones, y tan indefensa contra las riadas. Lleno de manchas blanquinosas de espuma y altos copos se movía lentamente, arrastrando ramas y troncos de árboles y matorrales.

A las siete de la mañana, frente al mercado de la villa zarpó mi barca azul, de ocho metros de eslora, entoldada con ancha lona sobre el trinquete que horizontalmente descansaba por sus extremidades en delgados horcones, y sobre cinco ó seis raíces adventicias de candelón, dobladas sobre aquel mástil. A proa iba un boga con remo de pecho tan largo cuanto pesado, y otro á popa, con remo de mano más chico y en forma de rabel ó bandolón de enorme brazo.

Hendía las aguas lentas la barca, balanceándose suavemente con el levisimo cuneo que el movimiento de los bogas al remar le imprimiera. A ratos colocaba el remo á lo largo de la embarcación el de proa, y, vilordo, se tendía boca arriba, atravesado sobre la regala. El de popa se limitaba á mantener la barca en una misma dirección, y la dejaba llevar por la corriente.

Pasábamos entre sauces sumergidos hasta la copa los mayores, y los pequeños hasta sus más altos ramos. Algunas márgenes eran izagas, y en otras largos setos cerraban sementeras, prados, plantonares, ó se prolongaban hasta sumergirse en el río. Nos encontrábamos con barcas llenas de campesinos que iban á la misa mayor de Tuxpan y al mercado. Veíamos otras atracadas, signo de estar habitados aquellos parajes. Tan suavemente nos arrastraba el río, que parecía varada la barquilla. No se oía en aquella soledad más que el rumor del agua en las salcedas anegadas por la creciente, los arrullos de zuritas, el cuchichiar de

estarnas y los bramidos de alguna vaquería que herbajaba por aquellos campos.

A hora y media de navegación, se volvió a la derecha el grupo de cabañas de El Mariache. Llegamos antes a El Naranjo, después a La Palma. Nos los anuncia el canto de sus gallos, y cuando pasamos por enfrente de las chozas se saludan á gritos y se interrogan los barqueros y algunos moradores de los cortijos.

A las dos horas llegamos a La Horqueta, donde se bifurca el río en dos grandes brazos, uno que corre a Mexcaltitán, formando el estero de Las Corrientes, y otro a La Aguabrava, laguna de oleaje tumultuoso, por donde se viaja a Escuinapa. El Rosario y otras poblaciones de Sinaloa, hasta el puerto de Mazatlán.

A mi partida de Tuxpan, se escondía el sol entre cirrocúmulos, albas nubecillas, como nevados vellones, que acolchaban el firmamento, y refulgía sin velo cuando llegué a La Horqueta. ¡Hermosa mañana! ¡Cuánto se cuelga allí el río espumarajear, y qué veloz se deslizaba la barca! ¡Qué tonos tan vivos los de todo el paisaje! ¡Cómo brillaban la espuma del río y la verdura de las márgenes! Las chozas medio ocultas entre los cañaverales, las salcedas sumergidas en el agua, sobrenadando las copas. ¡Qué manso y fresco céfiro, qué tranquilidad, qué misteriosa poesía!

Entramos en el estero de Las Corrientes; á sus orillas, chozas y canoas, mujeres que lavan ropa y muchachos que se bañan; renadios de parí; árbo-

les en cuyo combo ramaje se fienden al sol enormes igüanas y menopomas; cañaverales altísimos, aun no espigados; hojosos bananeros, entre los que sobresale el techo ceniciento de atiglas cabañas; sauces crecidos entre la corriente, de los que cuelgan nidos de tejedores; bandadas de pericos que cruzan, charlando, de un árbol á otro. Estréchase en varios sitios el estero, y los jarillos nos envuelven, ó pasamos bajo los troncos retorcidos, bajo los robustos brazos del sauz que nos fuerzan á bajar el toldo y á tendernos en el fondo de la barca.

En Ticha es la broa del estero de Las Corrientes. Allí se ensancha y penetra en el lago de Mexcaltitán, conservando en más de una milla, el color terroso que le dan las crecidas del río. Empiezan allí las moledas de mangles en ambas apartadas orillas. Se dilata el horizonte, las aguas se extienden y brillan plateadas por el sol en el zenit.

A medida que avanzamos, se engrandece la laguna, tornándose más limpia y clara, y, con la reverberación de los rayos solares despide, en el incesante movimiento de las aguas, intensas y vivísimas cintilaciones.

Singlamos hacia un punto del manglar frontero á la entrada del lago, y, al acercarnos, viramos hacia La Chaquistli ó Laguna Grande, la más espaciosa de cuantas forman la albuera de Mexcaltitán. Se dilata anchísima, inmensurable, llena de luz, de reflejos y cambiantes delumbradores. Sus playas la forman inmensa elipse, cubiertas de altísima vejetación; aun las más remotas se perci-

ben, en la fulgurante claridad del medio día, crecidas de palmares y arbolados gigantesos. Atraviesan de seguido aquella inmensidad de luciente plata, cenida de esmeralda, algunas gaviotas, de nivel plumaje y larguísimo y reposado vuelo.

Región tranquila, de cielo transparente, de márgenes sombrías, de céfros aromos que mueven las aguas en ondulaciones instantáneas y refrescan las florestas del contorno; región de estudios, de contemplaciones, de encantos, de los más puros placeres; lontananzas glúeas, azules, nítidas; lejanías poéticas, yo os saludo!

Comenzó á soplar la brisa, y los bogas quitaron el toldo, para enhiestar el trinquete y desplegar la vela. Fué de un momento la maniobra. Sujeta la lona al palo por los extremos de la relinga, y extendida con la verga, colocaron el trinquete en el banquillo, y ataron á popa el puño libre de la vela.

La collada soplabá con fuerza, hinchaba la lona, é, impelida la embarcación, surcaba las aguas con igual velocidad á la que le daba la corriente del río, cuando íbamos bajándole en La Horqueta.

Al cabo de dos horas de bogar por las aguas de Ticha y la Laguna Grande, entramos en la del Pueblo por el ancho canal de La Boquita. Cuando reviramos hacia éste, por el cambio de rumbo ya no pudimos velejar. En mitad de La Boquita se siente la proximidad de una población alegre.

Oyese el parloteo de mucha gente que navega, se baña, ríe á carcajada tendida; más cerca se deja

oir la música. Antes de la salida del canal se presenta á mi vista una parte del caserío; avanzo más, y todo él aparece.

¡He allí á Mexcallitán, «población ribereña, sustentada con las aguas del flujo y reflujo del mar.» como la llamó un indígena, á quien debo la cortesía de haberme acompañado, á mi regreso, hasta Tuxpan: he! allí surgiendo en la laguna! Sus setos de leñosas varas de mangle lineadas entre el agua que ha inundado las corralizas y callejuelas del villaje; sus tejados coloreantes, sobre gruesos troncos de manglar también, de que están formadas las casetas. Un tejado más largo y alto que los que se agrupan en torno, es el de la iglesia, donde el pueblo venera á su santo patrono, el Príncipe de los Apóstoles, cuya imagen lleva por lagos y marismas, el veintinueve de junio, á la bendición del agua, para la abundancia de la pesca, con numeroso acompañamiento de canoas empavezadas, música, cohetes y abundantes provisiones de tamales de camarón y aguardiente de Tequila. Su campanario se compone de tres arcos enjalbegados, en línea recta sobre el hastial de la fachada; rematando el arco más alto y del centro en larga cruz de madera.

Nos acercamos á la población y costeamos la isleta en su mayor parte. Véanse las callecitas, inundadas todas, desembocar en la plaza; chozas y setos en el agua, en cuyo limpio espejo se retrataban.

Entró mi barca en una calle, turbando la tran-

quilidad de sus aguas; atravesó su encañada y la de la calle más ancha, circular, y que ciñe todo el pueblo. También el interior de las viviendas estaba anegado; los catres y otros muebles, en el agua. Pasó luego á otra calle, tan estrecha, que apenas cabían dos barcas de frente, y se detuvo á popa de una barca, á la cual hube de transbordarme, y fué remolcada por dos bogas, hasta que se varó á la desembocadura de la callejuela.

Salí á la plaza única del pintoresco pueblecillo, y único sitio de la isla sobre el nivel de la laguna en el verano, á un pie de altura. Es cuadrilonga, con una farola en el centro y otra en cada ángulo, sobre columnas de madera, con varios cocoteros simétricamente dispuestos dentro de albitanas, y rodeada de soportales sobre horcones ó pilares de ébano.

En la plaza había gran confusión de gente y de suideos: barbulla de pescadores y de chiquillos en los soportales, en las tiendas, y, afuera, manadas de cerdos vagando y hozando; gruñían y aturdían, corrían unos tras otros; se dispersaban los grupos de lechoncillos á los trompazos de los verracos.

Vino la noche, y se iluminaron las tiendas: su luz se dilataba hasta los fronteros soportales. Desaparecían paulatinamente los grupos de pescadores; pero los suideos no se sossegaban ni callaban: se movían reunidos en numerosas piaras, haciendo ruido ensordecedor y obstruyendo el paso. Avanzada la noche, se durmieron aglomerados dentro de los soportales y junto á las albitanas.

Un inglés, cazador de garzas, cuyo plumaje vendía á peso de oro en San Francisco de California, me contó su primera noche en Mexcaltitán, á propósito de aquel vivir de los cerdos en la plaza todo el verano, durante el cual, inundada la isleta, no pueden habitar en las porquerizas.

Llegó el cazador á la hora en que la población dormía: las puertas cerradas, las callas oscuras. No aceptó la hospitalidad de sus barqueros en un cuclitril anegado, en donde dormían sus mujeres y ocho niños, y le improvisaron lecho bajo de un soportal de la plaza, sobre dos tablas colocadas en el suelo.

Después de pasearse por el soportal, se recostó en el camastro, y el cansancio lo adormeció profundamente.

Despertó una hora más tarde, al tronar un rayo, y se sintió cercado y oprimido, sin poder cambiar de postura. Sintió que enormes é informes masas pesaban en torno suyo, y le impedían levantarse y volverse á otro lado. Miró á su alrededor, moviendo la cabeza, y se halló en medio de grandes cerdos que, huyendo de la lluvia, habían dejado la plaza, invadido el soportal y hecho su yacija allí con el inglés, amontonados: la cabeza de unos, sobre el hirsuto dorso de otros, que escondían hocico y extremidades entre los inmediatos.

Muy despacio, sin hacer ruido, alargó la mano derecha hasta tomar la vardasca que había dejado cerca de su cabecera, y á diestra y siniestra reparó azotes á la dormida piara. Los asenderados go-

chos despertaron sorprendidos, gruñendo y resoplando se removieron perezosamente en la yacija, se levantaron y huyeron del sotechado; pero la lluvia los hacía buscarle otra vez, y volvían á entrar. Llegábanse al camastro, y, vueltos á azotar, se dispersaban de nuevo. Volvían á poco rato, se arrimaban á la pared y se echaban.

Temeroso de volver á dormirse entre aquellos voraces paquidermos, el cazador decidió levantarse, y presto se puso en pie, recogió sus abrigos del camastro, levantó las tablas y se dió á pasear por el estrecho soportal, desistido del empeño de desalojar á los tozudos gochos. Poco á poco fueron éstos echándose contra la pared, medio subidos unos sobre otros, gruñendo, resoplando, trompeándose y dándose cada mordisco que los hacía chillar.

La lluvia pertinaz, estacionada bajo el cielo blanquecino é igual, sonaba en los tejados, en los cocoteros, en las encharcadas de la plaza, y caía en delgados hilos por las bocatejas. El viento la hacía entrar en el sotechado, y se empapó tanto el piso, que no pudo el infortunado hijo de Albión seguir paseándose, y largas horas estuvo de pie, á la puerta de una tienda cerrada, en tanto que la epitérea piara dormía voluptuosamente, se removía con pesadez, roncaba y resoplaba.

Imposible emprender la marcha á aquellas horas, refugiarse en alguna casa, separarse de aquel soportal mojado é infecto á otro que no estuviese lo mismo ni abandonar la compañía de aquéllos inmundos cuadrúpedos. Soñoliento el viajero, bos-

teizando, sin poderse tener en pie de cansancio, sin poder acostarse, sin un asiento, desfallecido y con la irritación del insomnio, amaneció casi con fiebre.....

Asentado está el pueblecillo de pescadores, desde tiempo inmemorial, en una isleta como de trescientos metros de diámetro, á flor de agua, en medio de la gran laguna que, por bañar el caserío y contenerle en su centro, es llamada del Pueblo. Dilátase en torno, tranquila ó bulliciosa y ceñida de bosque en amplio círculo; encuadrada entre espeso monte, de brillante verdura revestido, que se ve de lejos sin salida, cerrando la laguna con la crecida vegetación de sus al parecer infranqueables riberas. Mas no son sino la frondosidad de los árboles y la estrechez de los canales las que hacen aparecer cerrada esa laguna, como las demás de Mexcaltitán. No las rodea un solo y único monte en dilatada circunferencia, sino muchos, islotes de dimensiones y formas variadísimas: Cotumbá, Táxcuil, Teupa, Calisti, Chamo y otros que, como Ixtaguáiticha—donde está el panteón del pueblo—Gutiérrez, Matadero y La Estrellita, forman canales, esteros, marismas, lagunas interminables, circuidos también de otras isletas cruzadas de nuevos canales, y comunicados por éstos con más distantes lagos, esteros y marismas, de aguas cerúleas, cristalinas ó negras, como betuminosas; formando todos la gran albúfera de Mexcaltitán, que se extiende, en veintitres leguas, hasta las playas del océano Pacífico, y comunica con éste por La Boca del Camichín y la de Teacapán.

Apenas da paso la estrechez de algunos canales á larguísimas y angostas barcas, y el ramaje entrelazado de ambas orillas nos impide á veces levantar la cabeza á mayor altura que la de la borda. Entorno de las aguas, el manglar extiende su brillante frondosidad, el *puyequé* retuerce sus nudosos brazos; el candelón arroja sus luengas raíces adventicias: del bulbillo nacido en el lugar de las flores brota una vara hacia el suelo, y á distancia, brotan de cada una tres ó cuatro que bajan á enclavarse. Entre las aguas, al pie de los mangles y candelones hay ácoros y narcisos en flor, y cubre la superficie de algunos lagos el nenúfar, sumergidos los herbáceos tallos y bohordos, extendidas sobre el agua las anchas hojas y levantada entre éstas la flor, con su corola de pálidos pétalos al cielo, blancos ó bicolores: blancos en la uña, y azules ó violáceos en su lámina. Las barcas destrozan al paso aquella vistosa eflorescencia.

En las sombrías riberas viven garzas, cigüeñas, pelicanos, cisnes, ánceras é infinidad de otras zancudas y palmípedas que emigran en la estación veraniega, y sólo se ven ahora algún pluvial, petrelos y gaviotas.

*
* *

Son las ocho de la noche, y nuestra barca, aparejada para ir á la fisga de Pachelito, zarpa la primera. Esperando á las demás que van á esa marisma, costeamos la isleta, muy animada en el tér-

mino de las callecicas y en las casetas que tienen salida á la laguna. Numerosidad de hachos iluminan el caserío, las tranquilas aguas en que se mira y los grupos de pescadores. Mucha gente en actividad, embarcando arpones, remos, palancas, y formando la luenga tea de astillas de *puyequé*; mucha en espera, fumando y chacoteando. Oyense la garle, las rizotadas y los hachazos en los resinosos troncos del *puyequé*.

Sucesivamente se desprenden las bareas de los atracaderos, y toman distintos rumbos. A varios esteros, marismas y lagunas se dirigen: unas van á El Sanate, otras á Tecolota, ó bien á Chacoa, ó á Pintocotón, á El Caimanero ó á Chalpa, á Toluca ó á El Padre, á El Tiburón ó á Las Anonas. Seis nos acompañan á Pachelito.

La noche es propicia á los fisgadores. Así lo anuncia uno muy experimentado, que al saltar en su barca dice á sus camaradas:

—Buena pesca tendremos hoy!

—Así parece—le contesta otro—la noche está cerrada y hemos de ver bien.

Con efecto, no hay luna, el cielo está nublado y los peces han de brillar con su coruscante fosforescencia.

Alegres van los pescadores: apenas han zarpado, entonan cantatas al son de los arpegios de violas y acordeones.

Al salir de la laguna del Pueblo viramos á babor y enfilamos el estrecho de Los Mogotes, formado por las dos moheadas de ese nombre, altas, de lozanísima vejetación y muy frondosas. Bogamos

después en las aguas de Chaquistiano, y salimos á las de Pachalito. Entonces todos los pescadores se acercan para la figa: en todas las canoas se enciende el puyequé. Con los astillones de esta madera se formaron, antes de partir, muchos haces, y enchufados unos en otros hasta quedar la tea, de la longura de la canoa, se le colocó en ésta, con una extremidad salida á proa. Esa extremidad se enciende, y á medida que se consume se saca más la tea, para conservar la llamarada fuera de la barca.

El pescador echa mano de la figa, que es un ástil de dos metros de longitud, armado de un hierro en forma de lira terminada en dobles puntas, dos en cada extremo, en dirección opuesta una de otra, esto es, una hacia arriba y otra hacia abajo. Yérguese á proa: á sus pies arde la tea, y á efecto de ver los peces, se la cubre mordiéndolo su sombrero vuelto con la copa hacia abajo. Atraídos por el vivo resplandor de la llama, se acercan, á flor de agua, róbalo y liza; espétales entonces la figa el pescador, y con suma rapidez los arroja á la canoa, en la que caen agitándose y desangrándose.

Algunas lizas, al saltar en el lago, caen en la canoa, y nos azotan con su cuerpo, en sus incesantes esfuerzos por salirse.

Corren las barcas por la marisma; se alejan entre sí; se retratan en el lago, iluminadas por las llamas que el viento aviva y prolonga, y se multiplican las luces. Brillan las luengas estelas fosforescentes; brillan los peces, y trazan surcos de fugitiva claridad. Hay luces en el aire, luces en

el agua, luces en todas direcciones, y sombras que recorren el lago, se acercan, se confunden, se apartan, se deshacen y remaneecen.

En pocas horas se congloba en cada barca una centena del que llamó Aristóteles el más fino de todos los peces, del róbalo, y otra de su eternamente perseguida, la liza, que á Cornides parece de carne aún más fina.

Común es á ambos peces el no poderseles pescar sino con figa, pues el róbalo, aunque toma el anzuelo, no bien se siente prendido, se agita en violentísimas contorsiones, hasta agrandar su herida y desprenderse; y aprisionado en redes, excava en la arena con la aleta caudal, hasta escaparse. La liza, que como todo mágil, no se alimenta de substancias sólidas, sino en disolución y de líquidos, á causa de las sinuosidades de su faringe, no toma jamás el anzuelo, y su propiedad de saltar, dificulta pescarla con redes.

Ambas especies viven en las mismas aguas por la tenaz persecución que la liza sufre del róbalo, al que convendría mejor la otra denominación de aquella: robaliza. Facilitan la figa la convivencia de esos peces en manadas, y el nadar á flor de agua.

En mitad de la noche damos descanso á los pescadores, y entonces beben aguardiente á porrillo, tocan y cantan: las vihuelas y los acordeones llenan de armonías la soledad de los lagos dormidos en plácida calma, la de sus mohedas impenetrables; la esquividad de las señeras grutas formadas por árboles de ramaje entrelazado y revestido de hiedras y delimas.

La profusión de peces que afluyen á las canoas, atraídos por las vivaces llamas, convida á volver á la fisga, y proseguimos en ésta después de descansar una hora. Bogamos sin detenernos; atravesamos la marisma por sitios distintos; pasamos á lagos circunvecinos; los recorremos una y otra vez, hasta que acaba la noche. Cuando el dilatado horizonte empieza á iluminarse de mil vivísimos tonos, emprendemos la vuelta á Mexcaltitán, llevando un alto rímero de peces en el centro de cada barca, y no poca agua ensangrentada, que ha corrido hasta nuestros bancos, y nos fuerza á llevar los pies sobre la borda.

Al día siguiente sonché en la pesquería de Tecolota, la más abundante de camarones, y donde hay mayor número de nasas, ó, como les llaman los indígenas de Mexcaltitán, de *acajales*. Redes son éstas, en forma de tiaras, de un metro de altura, hechas con listas de carrizo atadas á otras tresdobles que suben en paralelas circunvoluciones desde la boca, y en la cual se ata un cono, también de listas de carrizo, que penetra en la nasa como pie y medio, y tiene una abertura circular en su vértice, por donde entra el camarón, y por donde no puede salir á causa de las puntas de las listas que circuyen ese píloro.

Arrastrado por la corriente aquel crustáceo, tropieza con un varaseto enclavado en el fondo del lago, al que llaman *cierra de la pesca*; retrocede, y se encuentra con las nasas, fijadas horizontalmente sobre varales dentro del agua, con la entrada en dirección de la *cierra*, penetra en ellas y vive allí has-

ta el tiempo en que deben estar llenas.

Para ir á esa pesquería, enfilamos el canal de Matadero, abierto en la laguna del Pueblo, y salimos á la de Godines. Otro canal nos lleva á la del Tigre. Por el cañón de La Loma pasamos á la laguna del mismo nombre; de allí á la de Pochote, de negras aguas, y luego á la de Tecolota.

Alineadas las canoas cerca de la fila de sumergidas nasas, los que habían de sacar éstas se desnudaron completamente y se arrojaron al agua, donde apenas podían mantener fuera la cabeza, unos de pie en el fondo, otros nadando en sitios más profundos. Levantaban un tanto las nasas, colocándolas con la boca hacia arriba sobre los mismos varales en que estaban fijadas, desataban el cono que cerraba su entrada, y luego, colocando cada nasa en la borda de la cercana canoa, vaciaron los centenares de camarones que llenaban aquella, vivos todos, y los que, antes de salir, desde que se sintieron fuera del agua, se agitaban violentamente. Ya en la canoa saltaban con brincos desmesurados, y tal cual camaroncillo recobró su libertad cayendo en el lago.

Varias horas duró esa sencilla maniobra, como que eran cuarenta las nasas llenas de camarones, y sólo diez las barcas que recibían el ajobo de tan rica pesca.

Mi último día en Mexcaltitán, paseamos, al

atardecer, por la laguna del Pueblo, costeano la insula. Entre nuestros asientos van las maconas de botellas de cerveza, las escopetas y las vihuelas, compañía que llevábamos en todo paseo por los lagos. Otras canoas pasean también, donde, lo mismo que en la nuestra, se bebe cerveza, se toca en la vihuela, se canta, se tira á las aves y se improvisan regatas; y en los transportes de alegría se grita, se aplaude y se disparan las armas al viento.

El sol, cercano ya á la tierra, asomaba su disco relumbrante por un intersticio de las nubes, y dejando en sombra las extendidas y masas aguas, doraba el caserío que entre ellas se asienta, y abriantaba la verdura de las mohedas que las limitan.

Dos arcos iris paralelos, uno mayor y brillantísimo, otro menor y de más suaves tonos, se tendían, bajo muscas nubes, del orto al mediodía. El segundo se descolora más hacia su parte media.

Poco á poco subía la sombra á los pardos setos de las encharcadas corralizas de la orilla, avanzaba hacia las desiguales puntas de sus varas, trepaba por los muros de troncos cenicientos y se elevaba hasta los techados coloreantes. A lo lejos apenas doraba el sol las últimas y más altas randas de los manglares, y en breve invadió la sombra todo el firmamento.

Los arcos iris se desvanecían paulatinamente: de uno quedaba en levante un segmento de colores vivos; el desvaído apenas era perceptible.

El sol se ocultó al fin, y quedó iluminado de verdegay suavísimo, el lejano occidente. En su

claro fondo brillaban ráfagas de oro; más arriba nubecillas enrojecidas, y en el cenit otras doradas, en forma de haces de grandes espigas. Las profundas claridades del oeste contrastaban con la obscuridad del capuz que iba envolviendo mohedas, lago y pueblo; pero en la sombra poética de la tarde aun no se desvanecía la variada coloración de los leñosos muros y setos, de los rojos tejados, del blanco campanario; dibujábanse aún con claridad entre el lago y la verdura que le ciñe.

Sobre el campanario y los caballetes de algunos tejados se habían posado los buitres; las gallinas habían subido á los aleros; las golondrinas, á corta distancia de la isleta, descansaban sobre secas varas horizontales, sostenidas por otras enclavadas en el lago, restos de un varaseto, y en medio del silencio y del reposo de la naturaleza, vibró con retínir argentino, una sonora campana de la iglesia, que tocaba la oración.

A las primeras sombras del crepúsculo siguieron otras más densas; y venida la noche volvieron al pueblo las demás barcas que paseaban en el lago; unas se internaron en las callecitas, otras quedaron atracadas y sujetas á hincones á la entrada, la nuestra prosiguió bogando en torno de la insula. Toda la belleza y posesía de aquella tardé habían desaparecido: bajo el cielo nuboso se alzaba obscuro y tétrico el caserío del villaje, entre el cual, y al ponerse en dirección de las calles nuestra barca, veíamos brillar alguna lejana lucecita.

A las nueve de la noche abandoné á Mexcaltán. Cuando se alejaba mi barca, repetí mi adiós

al grupo de isleños que me habían acompañado hasta esa hora, y que se destacaba en una canoa, á la entrada de una callejuela, iluminado por el hacho que aun mantenía en alto uno de ellos.

Crucé por la laguna del Pueblo, hasta salir al canal de La Boquita, y otro canal formado por dos de los islotes que lo limitan me condujo á la laguna de Aguialarga, cuya longitud es superior á su anchura. En su margen oriental, á hora y media de navegación desde La Boquita, se encuentra el embarcadero del Guamuchil, el más concurrido en otoño, invierno y primavera.

Por el estero de Boca Grande pasamos de Aguialarga á la Laguna Grande, y la atravesamos en su dilatada extensión. Corría la barca con levísimo rumor al cortar las aguas casi inmóviles. Mi vista se espaciaba por la claridad del inmenso lago; por su tersa superficie de bruñido ábero y la cinta oscura de las apartadas márgenes. Al rumor apenas perceptible de las aguas hendidas por la proa, se unía el chasquido de lizas y camarones que saltaban, y en la tersura lacustre aparecía de seguido el dorso obscuro de algún bagre ó mero que se dejaban ver á flor de agua, ó de alguna enorme tortuga marina. Nos aproximamos al límite de la laguna, y ya la parte más cercana había perdido su obscuridad y su aspecto de negra cinta de tierra.

Entró la barca en un canal estrechísimo, en que apenas si se movía con lentitud, llevada sin palanca ni remos, y sólo por el esfuerzo del barquero de proa, que iba asiéndose de las ramas y empuján-

dola hacia adelante. Ese paso por entre mohedas tan cercanas, bajo tan adunco y entretejido ramaje, que nos obliga á tendernos en el fondo de la canoa, es el de Boca del Misco, abierto en el Rincón de Güachisvais, nombre, este último, de la laguna con que comunica á la Grande ó Chaquistli.

Por otro canal semejante, salimos de la laguna de Güachisvais, defendiéndonos del ramaje alabeado que barría el toldo de la embarcación y nos quitaba los sombreros apenas levantábamos la cabeza fuera del nivel de la regala. Después de voltear por los mil recuencos del canal, donde colgaban hasta las aguas los delgados urilos de enredaderas, entramos en otro espacioso lago, el del Llano de los Sitios, llanura de este nombre, que en verano se inunda, y se seca en otoño, cuando han cesado las lluvias torrenciales y las grandes avenidas de agua correntía.

Comunica, aunque no por canales tan angostos, con la laguna permanente de Los Sitios.

Fuimos de ésta á la de Tierra Dulce; en seguida á la de Tapalca, y de allí al estero del Derramadero, donde desemboca el brazo del río de San Pedro que, desmenbrándose á la margen izquierda, al poniente de Tuxpan y cerca de ésta villa, forma el estero del Boquete, que corre entre dos palapares, el del Rayo y el del Desagüe.

Aun me conmueve el recuerdo de aquellas selvas gigantescas é imponentes; redivive con él la honda emoción que sentí al verlas por primera vez y casi de improviso, sin acordarme que navegaba ni en dónde.

Al cruzar por el lago del Llano de los Sitios, no pudiendo dominar el sopor que por lo avanzado de la noche y las anteriores vigiliás cerraba mis ojos, me entré debajo del toldo un tanto descompuesto por las ramas en los canales, y bien pronto me dormí á favor del conticinio y de la casi inmovilidad de la barca, que bogaba tan suavemente por tan mansas aguas.

Desperté al cabo de tres horas, y las ramas habían descorrido el toldo encima de mi cabeza, dejando al descubierto algunas verdascas de candelón, de las que formaban el caballete. Olvidado yo de en dónde me hallaba, y sin levantarme ni aun moverme, alcé la vista, y me ví en el fondo de una espesura altísima, sombría y medrosa.

Mi pasmo era comparable al de quien, habiéndose recogido tranquilamente en su alcoba, fuese transportado durante el sueño á una soledad desconocida, y en mitad de la noche despertarse allí solo.

Oí rumor de agua, extrañándome de él, porque en las lagunas era imposible.

Pasado un instante de sorpresa, recordé que me había embarcado en Mexcaltitán á las nueve, y tenía que subir por la corriente del Boquete. Al punto pensé que iba por el brazo del río y estaba en los palapares, y salí prontamente de debajo del toldo.

Continuaba el cielo lleno de nubes que cambiaban de posición constantemente: avanzaban, se conglomeraban, se despartían para reunirse con otras, y, á las veces, la luna en creciente se asomaba

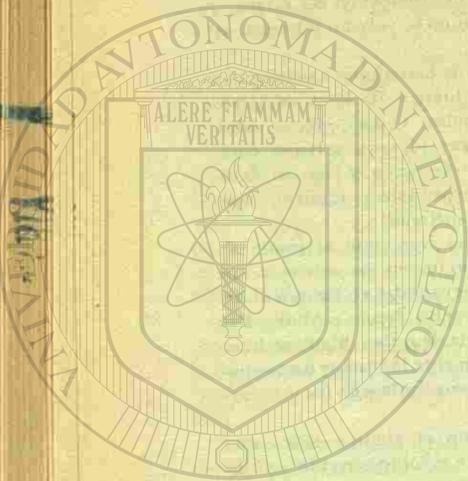
por los dorados vellones é iluminaba el paisaje. Hufan las sombras, se internaban en las selvas, y al velarse de nuevo la luna se volvían á tender en el estero.

Los esbeltos estípites de las palmeras se herguían rectísimos, y en la cumbre se dividían sus largas ramas, de hojas destrizadas. Ceibas, salates, camichines, molinedias, hayas, bigueras salvajes competían en corpulencia y elevación, y bajo su frondosidad crecían y se enmarañaban líquenes, ciperros, helechos, jarillos y surirelas.

La espesura cerraba el horizonte al grado de que, para ver algo que no fuesen las selvas y sus profundas lobregueces, levantaba yo los ojos al firmamento, y veía un estrecho círculo cenital. Por esa repunta de cielo, llena de nubes blanquecinas, se asomaba instantáneamente la luna, y tornasolaba los nevados y vaporosos limbos de las más cercanas.

Estréchase tanto el estero en algunos sitios, que desaparecía la barca entre el follaje crecido en las aguas, y al chocar con algunos troncos caían en ella ó en la corriente, los iguánidos que estaban en las ramas.

La llovizna me obligó á encerrarme otra vez bajo del toldo, y volví á dormir. Cuando desperté, amanecía, y mi barca estaba atracada, entre muchas otras, frente al mercado de San Miguel de Tuxpan.

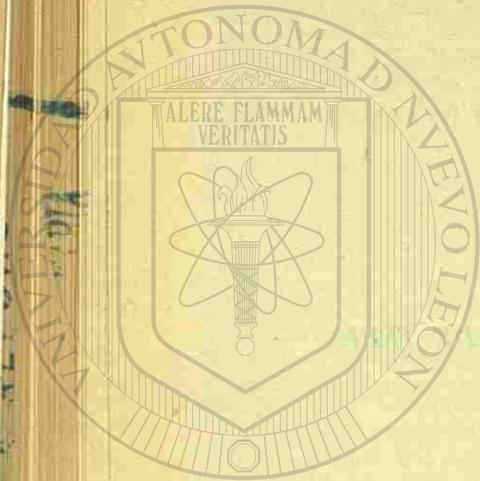


LA CRUZ DE TEPIC
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA CRUZ DE TEPIC

I

Principiaba el mes de julio, y una hebdómada contábamos en Santiago Ixcuintla de diarias tormentas que duraban ocho y diez horas. Llovía tardes y noches. La vegetación renovaba sus esplendores; abrotaban lletas y serpollos, y reverdecía lujuriosamente. Junto al caserío se destacaba El Calvario herboso y brillante, y el río había llenado su anchurosa cuenca, y aun revertido, convirtiendo en peligrosa laguna la hondonada de El Aguacaliente, por donde va el camino de Tepic. Para atravesarla nosotros, fué preciso que un mozo se echase al agua en busca de la caña que, al comenzar las lluvias, es atada por ahí á algún árbol, y que los pasajeros tienen que tomar de la vera donde la dejan otros.

En esa barca de tablas mal unidas, íbamos sentados en la borda, con los pies sobre ramajos que cubrían el fondo lleno de agua turbia. También

sobre ramas iban las sillas de montar, y á corta distancia de la canoa nadaban nuestras *remadas*, sujetas de las trallas.

Recueros desnudos y sumergidos en el agua hasta el pecho, arriaban sus acémilas, descargadas del fardaje de tabaco, amontonado en lo seco, para transportarlo en la canoa.

Orillas del navazo, se hundían unos borricos apesgados por la carga, casi desaparecían en el légame, y otros se enredaban entre los arbustos y llanas inextricables.

Fuera de la laguna, montamos otra vez, y nuestras caballerías guachapeaban al andar, solían hundirse en el fango hasta las sínchas, no podían sacar los cascos, y en sus esfuerzos por caminar en aquel suelo movedizo que se abría á sus pisadas, caían repetidas veces. Entonces la emprendíamos á pie, largos trechos, empecinándonos hasta los muslos, batiendo con las botas el agua cenagosa, y necesitando de asirnos de los álaves, para no sultarnos en la ciénega.

Las tierras bajas y alagadizas que desde ese lapachar se extienden hasta la hacienda de Navarrete, se habían empantanado. El fangal del camino parecía regado de flores: en diseminados grupos se posaban en él familias de mariposas blancas, amarillas leonadas, verdinas, azulencas, grises y negras con manchas rojas, levantábanse á nuestro paso, revoloteaban en torno de nosotros, iban de aquí para allá, como pétalos que arrancara el viento y arrebatara en todas direcciones, y volvían á for-

mar grupos en el lodo. Entre aquella floración policroma brillaba el glauco esmalte de los escarabajos peloteros, que hacían rodar bolitas de húmeda estercoladura, y las cigarras desde los árboles llenaban el campo con el retañir sonoro y agudo de sus vibrantes cuerdas bucales.

En las vargas de la cuesta de dos leguas que conduce de Navarrete á El Espino, contemplé el grandioso panorama del dilatadísimo valle de Ixcuintla. Al subir, llevamos á la vista montañas que se elevan unas sobre otras, cubiertas de bosques apiñados, cuya tupida frondosidad ondula por cimas y laderas y se pliega en las barrancas. Volvemos la vista hacia atrás, y en la profundidad se hace la llanada: á la derecha se levanta y avanza hasta perderse de vista, la cordillera de El Nayarit; nombre allí de la Sierra Madre, á la izquierda azulea el océano Pacifico, y entre uno y otro apartado término se dilata de esnoreste á oesuroeste la ubérrima costa, deslumbrante de lozanía y de esplendor, sin límite hacia el noroeste, donde anfractuosidades que no se perciben á tanta distancia, separan ese valle del de Acaponeta, allende el río de Rosamorada. Hermoso colorido el de la inmensidad del espacio que se abre á nuestros ojos, y el de la de la tierra que se extiende al pie del recuesto. La feracidad de las montañas y de la planicie, la serenidad del cielo y del mar ofrecen á la vista el paisaje más ameno y dulce. Volvíme varias veces á mirar esos cinco mil quinientos kilómetros cuadrados de superficie verde, en la que se combinan

los más vivos matices con los tonos más apacibles, y me detuve absorto en la admiración de aquella magnificencia salvaje é imponente.

Albean en el azul del Grande Océano, el peñón que se levanta frente á la barra de San Blas, y cerca de la ribera el alción de las rompientes. Hacia el centro del valle relumbra á trechos la corriente del caudaloso río Grande, figurando lagos entre la verdura, y aparece más allá, al pie de altozano diminuto, el oscuro arbolado del caserío de Santiago Ixcuintla. ¡Hermoso rincón de occidente! Allí está mi nuevo hogar, oculto entre los árboles, cuyo sitio desde tan lejos adivino: alegre casita verdegay, con rojo tejado, fresco ándito y espacioso huerto de ciruelos, guayabos, plátanos y limoneros, en cuyos alcorques el fledón y los gorriones tienen su bebedero, y en cuyas ramas ensayan los guachos el primer gorgojo y el fatigoso vuelo.

A mayor distancia, el cerrejón de La Punta me indica el sitio por donde corre el río de San Pedro, y donde se asienta el lugarejo de El Vado, y me recuerda nuestro reciente viaje á Rosamorada, por la noche, á todo correr de la diligencia y á todo charlar de *Durafis*, á través de aquella planicie, escueta y oscura entonces, que se ensanchaba hasta el río, como un mar sin movimiento, y á cuyo límite occidental persistía aún á las diez, el fulgor blanquísimo de la puesta del sol. Entró la diligencia en el cauce pedregoso del río, seco en parte, y, á poco rodar, se hundió hasta las masas en la co-

rriente, desapareciendo en el agua las cuñas de la palanca, puestas adelante de las grandes ruedas y debajo de los estribos. En el fondo de las aguas, al parecer inmóviles, se retrataban las estrellas, los árboles y el cerro de San Pedro ó La Punta, que á la izquierda del camino se levanta, y parecía negra esfinge, ó la silueta de monstruo echado en reposo ó en acechanza.

Así, deteniéndome á ver el valle, ávido de contemplar aquel paraíso lleno de abundancia y de tranquilidad, y buscando por su extensión anchísima los sitios conocidos y amados, fui venciendo cuestras y doblando recuencos hasta la anochecida...

El sueño azas profundo de cuatro horas, en una cabaña de El Trapichillo, me repuso de la fatigosa jornada por los llamazares de El Aguacaliente, Santa y La Soledad, y por las prolongadas cuestras que suben desde Navarrete hasta aquel cortijo. Cerca de las dos de la mañana, hice ensillar mi *remuda*, y tomé á su trote por los lomeríos de La Barranca Blanca, La Fortuna y Lo de Lamedo, por sus cañadas llenas de la frondosidad y de la sombra de sus platanares, y de los murmullos de sus cristalinas corrientes. Era una noche clarísima de plenilunio, tras nebuloso día del mes de julio: brillantaba la luna la crecida y húmeda frondescencia de las montañas, y se retrataba el cielo en los lagunajos del camino, donde croajaban las ramas con su hueco ruido de carracas.

Llegué á Tepic al momento que llenaba el ámbi-

to de la dormida ciudad la primera campanada, grave, sonora é imponente del toque de alba, que llama á los mortales á las agitaciones del día. Pasa por enfrente de su solitaria alameda, lóbrega con sus esbeltos y copudos fresnos, circuida de largo enverjado sobre alto zócalo, al pie y á corta distancia, al parecer, del cerro de San Juan, que cierra aquel sombrío paisaje; y crucé por muchas calles de la población, mitad en sombra, mitad en la claridad de la luna, largas, torcidas, centenarias, deslavadas por los aguaceros, invadidas á trechos por crecida hierba moradora de la soledad, y compañera de las ruinas, y desmonté á la puerta del «Hotel de la Bola de Oro,» encima de la cual relucía, suspendida de una varilla de hierro clavada en la pared, una esfera de vidrio dorado.



II

A las ocho me encaminé á La Cruz. Era una mañana serena y diáfana, y resplandecían con alegres tintes el cielo, las cumbres distantes y aún los vetustos colores de la ciudad, avivados con las lluvias. Tomé hacia el sur por la calle de Veracruz, para salir á la principal de las avenidas que, desde los alijares hasta el atrio de la iglesia se prolongan un kilómetro, formadas de higueros, añosos algunos, y de corpulencia y frondosidad extraordinarias: sus ramas son del grueso de troncos comunes, son otros árboles reunidos en uno solo, y las más bajas se prolongan casi horizontalmente, dilatando la sombra del follaje por la anchura de dos avenidas. Corren éstas entre huertos, detrás de cuyas tapias se levantan bananeros, higuierillas, ahuacates y fresnos, y á lo lejos sobresale á la derecha el cerro de San Juan, y á la izquierda El Zangangüey.

La puerta del costado del templo, la que ve al atrio y á las avenidas, estaba cerrada, y entré por la principal.

Es la nave de medianas proporciones, y forman su sencilla crucería cinco bóvedas ojivales que descansan en arcos empuntados. Penetra en ella la luz del sol al través de vidrios rojos, amarillos blancos y azules, por góticas ventanas abiertas en el esviaje de las bóvedas, y una en el coro. El templo es cruciforme, y tiene cinco altares: uno en el presbiterio, bajo del ábside, donde se venera á la Purísima Concepción, cuya venusta imágen se hallaba fuera del baldaquino, en un altar portátil, del lado del evangelio; y los demás en los crueros, dos dedicados también á Nuestra Señora, en sus advocaciones del Refugio y del Tránsito.

A lo largo de la nave, sobre pequeñas columnas verdes, de cerámica, había tientos de ocimos, fucias, margaritas é hipéricos, y de las bóvedas, de los arcos y de las cornisas colgaban en ondas y se entrecruzaban guías de yedras de papel: bajaban en espiras por las columnas de los altares, se enredaban en los candeleros, en las velas, y recubrían el blanco dosel de cortinas glaseadas, donde, adelante de argentado resplandor, se destacaba la estatua de María Santísima.

Encontré muy agradables el templo y sus adornos de flores; pero lo admirable, la obra divina, el milagro, la Santa Cruz ¿dónde está? Me interrogaba yo después de buscar en vano su recinto sagrado por el presbiterio, en el que suponía la en-

trada, pues había leído que á él daba la verja, y se veía la Cruz desde el altar mayor; más recordé que esta colocación se describe en narraciones anteriores á la ampliación del templo, en la que sin duda se mudó á otro lugar el presbiterio, y que así el P. Francisco Javier Alegre, en su Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España (lib. II cap. 10^o), como el Lic. Mota Padilla en su Historia de la Conquista de la Provincia de la Nueva Galicia (Tom. I: Cap. XXXVI.), colocan el lugar de la Cruz cerca del presbiterio.

Busqué por el resto de la nave la solana donde florece perpetuamente la Cruz, y más allá de la puerta del costado la ví cerrada por fuerte verja, sujeta con una cadena de hierro, cuyos extremos torces une un candado. En dos altos candeleros colocados en el suelo, junto á la verja, había dos velas apagadas. Me acerqué á mirar la milagrosa Cruz, bañada ya por el sol de la mañana, que inundaba aquel espacio.

Encuétrase en el suelo de un patín cuadrilongo, sin solado, que forman una parte del muro de la iglesia, que da al atrio, y tres paredes de menor elevación, enjalbegadas y blancas, recorridas en la altura por una balaustrada blanca también. Detrás de la pared frontera á la verja, sobresalen el cima de un naranjo del jardinillo y la copa de uno de los fresnos que se alzan fuera del atrio.

A corta distancia de la verja termina la Cruz de grama y plantas silvestres, de especies no conocidas en aquellos campos, al decir del P. Antonio

Covarrubias, lozanas hace quién sabe cuantos siglos, y en flor algunas, con menudos pétalos lilas. Toca con la parte superior en la pared del fondo, y con los brazos en las laterales. Un lirio muy hojoso crece en el quiasmo, otro al pie y uno fuera de cada brazo. El tronco no tiene ya ni el tarjón ó rótulo de tres varas de largo, ni la peana de tres y cuarta, descritos en las antiguas relaciones, y dibujados en las primitivas imágenes de aquella Santa Cruz.

Según medidas que tomó aquel jesuita hace más de doscientos cincuenta años, era de ocho varas una octava de longitud del tronco, de cuatro varas seis octavas la de los brazos, y su anchura de vara y media cabal. En el siglo XVIII, el cura ministro de la doctrina de Jalisco y Tepic, describiendo la Cruz por orden del provincial de Guadalajara, á instancias del historiador Mota Padilla, refirió que la longitud de la Cruz era de cinco varas una sesma, y la forma de la peana semicircular. Yo creo que la longitud de los brazos es al presente la misma que les daba el P. Covarrubias, pero mayor la del tronco, debido acaso á que forman parte de él los que antes eran tarjón y peana. No medi la Cruz, porque á la hora de mi visita al santuario el capellán estaba en Tepic, y él guarda la llave del candado con que está cerrada la verja; pero lo induzo de que los brazos tienen de largo la anchura del patio, la que es de cinco varas y media, y siendo de diez y media la longitud de éste, el tronco, algo menor, tiene cerca de diez varas. La an-

chura del tronco y brazos tampoco ha cambiado en el decurso de los siglos; sensiblemente es de vara y media.

No se advierte á la simple vista, si la tierra donde arraiga el eternamente lozano herbazal de la Cruz, sobresale del piso seis dedos, ni si es tan suave, mullida y porosa, que á la menor presión cede, como refiere la descripción del siglo XVIII. La hierba que forma la Cruz no tiene media vara de alta, aunque suele crecer á esa altura; pero se le poda con frecuencia, para dar hacecillos á los fieles. Antiguamente se sacaba tierra del lugar oculto por la Cruz, se hacían pancitos en que se grababa su imagen, y se daban como reliquia á los devotos. Cuando la visitó el P. Covarrubias, se había sacado tanta tierra—*escribe—que se podían formar muchos montes mayores que el santuario, y nunca ha padecido disminución ni la tierra, ni la yerba, ni la forma de la Santa Cruz.*

Recién descubierta se practicaron excavaciones en busca de lo que estuviera enterrado debajo de la Cruz; pero nada se halló, y sola volvió á formarse la Cruz. En varias épocas se le ha cubierto con techo, y se ha tenido que destecharla, porque se marchitaban las yerbas de que está formada, «indicándonos así—observa Covarrubias—que todo su ser y verdor es del cielo, y que sólo merece ser su techumbre el cielo.»

¿Cuándo se formó esa Cruz? No se tiene memoria. Refiere la tradición que la descubrió un muchacho yegüero, que conducía por aquel campo su

manada. Repentinamente se pararon las yeguas, y el mocebo les gritaba y las azotaba para que siguieran caminando, pero no avanzaban. Entonces buscó por las inmediaciones del paraje si había en aecho alguna fieta, y advirtió que entre las tupidas yerbas silvestres se destacaba una Cruz de verdor diferente del de la campiña. Acercóse á mirarla, se retiraba, iba para un rumbo, volvía á otro, y de todas partes veía bien distinta y delineada en las yerbas, la muy perfecta imágen de la Cruz. «en la que—y copió otra vez, al P. Cobarrubias—todo está excelentemente formado y cantoneados los remates con mucha hermosura.»

Comunicó el pastorcillo su descubrimiento á las gentes que habitaban en las cercanías, y fueron á ver la Cruz, más de pronto no le dieron importancia, atribuyendo su formación á la mano de alguna persona, ó á la casualidad; y sólo en mayo del año siguiente, cuando notaron que los hielos del invierno y la sequía del entretiempo agostaron el campo, y la Cruz permaneció lozana y fresca, la cercaron de ramas y troncos primero, y después con albarrada, para que no la maltratasen los animales. Transcurrieron más de treinta años, y al pié de la Cruz que conservaba sin riego ni cultivo su verdor inmutable, se construyó una capilla á expensas de D. Antonio Fernández de la Torre, dueño del ingenio de Guimaraez, hoy Puya, quien tomó á su cargo el cuidado, la conservación de la ermita y el sostenimiento del culto. Era ésta «pequeña, pero aseada» dice Cobarrubias, y la solana

de la Cruz se abría en el presbiterio.

El santuario en que hoy se venera ese prodigio, es alegre, lleno de luz y de colores que brillan por todas partes, en sus vidrieras iriscentes, en sus muros y bóvedas flavos, en sus arcadas, cornisas y columnas blancas, en sus altares dorados, en el tilla-do nuevo y en las mil entrelazadas hiedras de violáceas y rosadas campanillas. No es la iglesia sombría y melancólica, como el austero cenobio á que perteneciera, contiguo á ella, y convertido primero en cuartel y ahora en hospital militar; no es ya la iglesia conventual, en cuyos lóculos haya estatuas ceñudas y severas, de obscura veste y rostro macilento y entristecido, y cuyo hieron resuene con la solemne salmodia de los franciscanos; con su predicación elocuente y unciosa, que enciende en ardores de caridad y anhelos de mortificación; con el llanto de los pecadores contritos y el disciplinico nocturno de las cuentras maceraciones. Es la iglesita de aldea, adornada como para la festividad del nacimiento del Niño Dios, donde coros de pastoreillos van á entonar villancicos, al son del armonium que ví abierto á la derecha de la puerta mayor, á soplar pitos de agua y agitar en alto panderos y castañuelas. Todo en su recinto es vivo, brillante y regocijado.

Las tradiciones cuyo misterio lo envuelve, hacen más poético el santuario, y más reverenciada su portentosa Cruz de yerba inmarcesible. En otro tiempo, la vispera del día de San Matías apóstol, el repique de sus sonoras campanas despertaba á

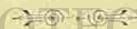
la comarca poco después de media noche; por los góticos ventanales se veía inundado de luz, y las armonías del órgano se oían algunas millas en contorno; pero acercándose las gentes al templo, desaparecía su claridad interior, cesaban los repiques, enmudecía el órgano, y encontraban la nave solitaria, silenciosa y obscura, y las campanas guardadas bajo de llave, como era de costumbre antigua dejarlas todo el año, excepto la víspera de la Invencción de la Santa Cruz; mas el ornamento y el cáliz, que también habían quedado así en una caja, de donde no se sacaban sino para decirse la misa de cada viernes, se hallaban sobre del ara, y del pie del altar partía un reguero de sangre, salía de la iglesia y se prolongaba hasta la montaña. Era vestigio del santo apóstol y mártir Matías, de quién la tradición ha creído que predicó la fé cristiana en aquellas regiones, y dejó estampados sus pies desnudos en un arrecife de la costa de Chacala, y en tres piedras recogidas en el camino, cerca de Jalisco, y colocadas, una en el bautisterio de ese pueblo, otra en la capilla de Dolores de la catedral de Tepic, y la tercera llevada por el P. Guerra, compañero del venerable Margil de Jesús, hasta el convento de Guadalupe de Zacatecas; así como ha creído también que al cuerpo desangrado del apóstol se dió sepultura en el lugar donde apareció y se conserva la Cruz.

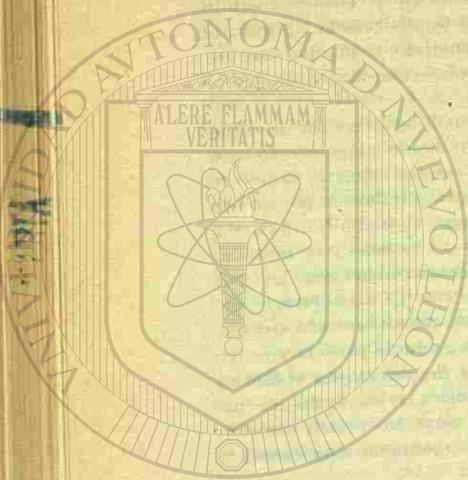
Tal estaba de alegre el santuario aquella mañana, engalanado con sus adornos sencillos y rústicos, para la festividad de Nuestra Señora del Refu-

gio; causome impresión tan agradable, que debe ser muy semejante á la de quien hubiese asistido á los divinos oficios de la madrugada, iluminado el templo con luz del empíreo, resonando con angélicas músicas é inundado con deleitosos perfumes.

Todo es bello en torno de aquella Cruz prodigiosa y admirable: el santuario de mil colores frescos; el anchuroso patio del vetusto claústro, donde se abre la puerta principal, sombreado por añosos cedros, mangos y fresnos; el jardinillo del atrio, donde se abre la puerta del costado, y se levantan los blancos muros que encierran la Cruz; las avenidas de higuieronos centenarios; los huertos boscosos que las limitan, cuyas paredillas están coronadas de *conchalaqua*; la gramosa pradera, en cuyo centro se hace una loma, donde campea el esbelto kiosco en que toca la música en las tardes de pascu, y en torno del cual corre un andén circuido de bancos de hierro; las montañas majestuosas, y el firmamento lazulita.

Armonías, claridades, perfumes del cielo dejaron impregnado con la poesía de lo misterioso, de lo infetil, de lo eterno; aquel lugar santificado con un milagro, reverenciado hace tres siglos, preservado por la fé de diez generaciones, amado é inmortalizado.





EL MONTE DE LOS CUARTOS

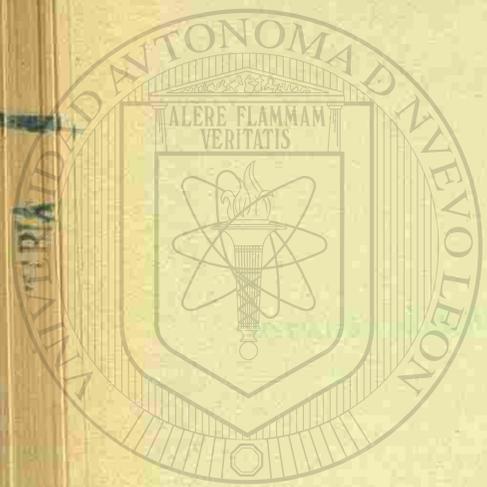
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta
li-



EL MONTE DE LOS CUARTOS

Poco antes de las doce, montamos en nuestras caballerías, á la puerta de «La Bola de Oro,» para proseguir el viaje y hacer noche en El Jazmín. Pasamos de unas calles á otras de la ciudad de Tepic, iguales todas, en cuanto á vida y animación, así en mitad del día como de la noche: nada se mueve en ellas, á nadie se ve, nada se oye, y las casas parecen deshabitadas. Prestan á la población su dulce aspecto de encantadora antigüedad y triste abandono, aparte de su quietud, las hierbas desérticas que cubren á trechos los empedrados y crecen en las azoteas, las aceras medio ennegrecidas, las puertas estrechas, las ventanas altas y pequeñas, bien que no carece de portones, largos ventanales y fachadas con revoque nuevo.

Pronto salimos al campo, á la anchurosa carretera llena de hondas rodadas y de lagunajos medio cubiertos de verdina. Seguíanos desde lejos, á la



izquierda, el Zangangüey, gigante que domina montes y llanadas, y á treinta y dos kilómetros de Tepic, en la hacienda de San Leonel, comenzó á alejarse de nosotros: desaparecieron primero su tormo y una cima detrás de la otra, y en breve también se ocultó ésta.

En plena tarde, radiosa y tibia, llegamos á El Monte de los Cuartos, cuyo primer cortijillo, El Portezuelo, asienta en las primeras lomas sus cabañas de varas y zacate. En sus anchas laderas se secan unas arrias; las enjalmas están alineadas en el suelo, las cargas unas sobre otras y las mulas formadas, con el hocico escondido en las peseberras de manta de ixtle, triturando el maíz, y echándose las lenguas y cardosas colas sobre una y otra anca.

Aquí y allí los arrieros, sentados á la redonda, ó recostados en la yerba, charlotean y rien en espera de gándir, ó ya en amable cuchipanda, cerca de los que hacen tortillas y de los que lardean y socarran sobre el tuero de la jugosa carbonada.

Allí empieza la serranía de El Monte de los Cuartos: cumbreiras de tormos y guázumas, came-drios y acónitos; oquedales de balsaines, robles y encinas, derrocaderos hondísimos, donde suenan torrentes ocultos; anchas calzadas de la carretera en los recuestos, y nubes que vagan por las cresterías. Salvaje y hermosa! La tempestad la conmueve, la sacude, la oscurece, la anega y la devnelve al sol urente más bella, arrogante, espléndida y perfumada; más lozana y más fecunda.

Internándome en su montuosa soledad, descendí á sus lóbregas hondonadas, teatro, en otro tiempo, de mil fechorías de bandoleros, y ahora seguras, gracias á un destacamento de rurales acantonado en el cortijo que lleva el mismo nombre de la montaña. El Monte de los Cuartos, y ya con la noche, llegué á El Jazmín que también está escondido en aquellos empinados y silvosos breñales.

Volvían del bosque los leñadores con sus asnos cargados de tamaras, y el destal en uno de los tercios; y después de descargar en los sotechados y encerrar sus menores caballerías en las corralizas, se sentaron fuera de la choza á fumar, departir ó cantar, felices en medio de aquellas úberes montañas, con la vida serena como un remanso, y alegre como un turpial cogido en las oncijeras y escapado del alcahaz.

Acepté la hospitalidad que me ofreciera el jefe del rancho en la vivienda principal de la zafería, un cuchitril de adobe desnudo, á un lado del camino, con un tejadillo sobre horeones al exterior, y frontero á la fonda y al resto del caserío, que se haya al otro lado.

A las ocho de la noche, los moradores de aquel abrupto bosque dormían ya, y sólo el cacique y yo eramos los únicos mortales en vela todavía. Contábame algunos episodios de su existencia cerril, entre otros, un lance con jabalíes, en un país del norte, donde había nacido. Caminando por la sierra para mudar de residencia, un día del calor en que se abrasaba al sol meridiano, pasé á la frescu-

ra de profundos humedales, y al penetrar en la maleza le acomete impróvido una rebudante jauría que ocultamente se aregostaba con hayucos y berzas silvestres, en un escondrijo boscoso y áspero. Viéndose tan expuesto a su furia, arremete contra los hirsutos jabalíes armado del fuerte bieldo que llevaba entre sus aperos labradorecos mal atados en el burro cargado con un mueblaje, y dando aquí y acullá, pudo escapar indemne y salir de aquella espesura. A largo trote de su caballería, la que ya iba jadeando de cansancio, cruzó por un plan poblado de chozas, al pie de una gándara que blanqueaba con las ovejas y cabras de los dispersos rebujales del cortijo, y noticiados de la peligrosa vecindad los pastores, se reunieron para dar caza á los jabalíes.....

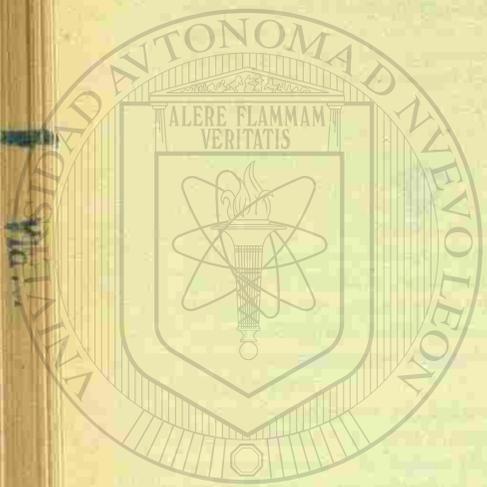
Nos despedimos á eso de las nueve: él entró en su habitáculo, y yo elegí el cobertizo por más fresco para dormir. El Jazmín estaba ya en profunda quietud. Le contemplé desde mi albergue cuando me quedé solo: al pie del cerro frondosísimo se destacaban las negras chozas de varas y zacate, cerradas y oscuras: los hachones que ardían afuera se habían apagado; la luna doraba el cuadro de aquellas salvajes viviendas, y los árboles ensombrecían algunos sitios. Las gallinas dormían encaramadas en el ramaje de los *guamúchiles* cercanos.

Bajo del cobertizo, en la frescura del balsámico ambiente serrano, disfruté de tranquilo sueño,

hasta que vi blanquear la luz matutina sobre los altos bosques de la montaña.



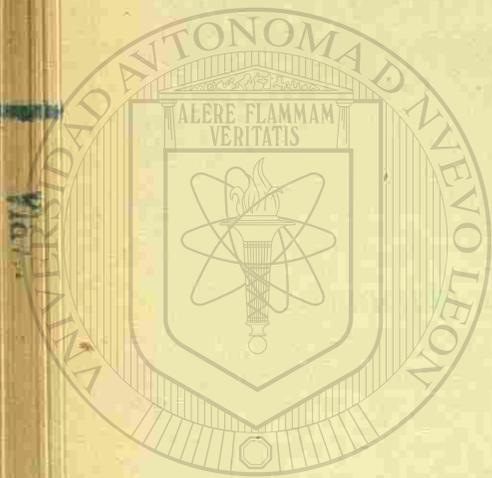
ta
li-



U A N L
EN EL CEBORUCO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

EN EL CEBORUCO

I

LA ALDEA NEGRA



Al salir de la cañada de El Monte de los Cuartos, avanzan á la izquierda sus últimas eminencias meridionales y se alejan del camino; vérguese lejos, á la derecha, el cerro volcánico de San Pedro de Lagunillas, y aparece al frente, en el horizonte, descubriendo sus más altas cimas y sus ocultos declivos, el volcán de El Ceboruco, que levanta su cresta culminante á mil quinientos sesenta y dos metros sobre el nivel de Tótilán, población la más baja de las que se asientan en torno suyo; prolonga sus vertientes dos y tres leguas, y dilata su anchísima base en una circunferencia de diez y seis.

De las cumbres, entre las cuales abre sus dos cráteres centrales, vemos desde allí cuatro juntas: la de Las Puertas y la de Los Encinos, que forman al norte y al oeste la séxta mole del volcán; la de La Coronilla que, aunque la forma al oriente, se ve



desde aquellos puntos cardinales, porque campea de todas, y una fumorola cónica de las tres que separan ambos cráteres. No descubrimos aún la cumbre oriental de Ahuacatlán que es menos elevada, ni la sud-occidental que en el período de erupción de 1870 á 1876 se formó, como las anteriores en los cuatro períodos precedentes, por el amontonamiento, en aquel antes profundo valle, de los basaltos, las lavas, la ceniza y las piedras pez y pómez lanzadas en ignescencia, del seno de la tierra, á tanta altura y á tan enormes distancias, por las fuerzas plutónicas en actividad y lucha.

Al arrojar el volcán sus lavas y cenizas, han aparecido en torno de aquellas primitivas alturas otras inferiores. El Tequepexpan, El Molcajete Grande, El Molcajete Chico, en cuyas cimas también hay cráteres, y las Lomas del Destiladero; á cuyo pie se asienta Tetitlán, se apoyan en las cumbres de Las Puertas y de Los Encinos, elevándose á mil, á novecientos, á setecientos y á seiscientos metros, respectivamente, sobre dicha población; pero no se les percibe todavía distintas, no se advierten desde lejos su separación ni su forma, y sus lineamentos se confunden con las sinuosidades sombrías de los ramblazos. Vemos una mole nada más, muy vasta, negruzca y cinérea, rematada en cuatro crestas y hendida por los derrubios de las aguas correntías en mil barrancas que á distancia parecen pliegues de un manto fúnebre con que hubiese sido cubierta una pirámide egipcia.

Avanza hacia el poniente en extensión conside-

table aquel hacinamiento de escombros, donde forman laderías los rimeros de ceniza, y parece que éstos se desmoronan, que se ha de hundir la planta al repechar por ellos, y que sus pelotones se han de deshacer al tocarlos. Herbece en algunas mesetas, pero escasamente, y la aridez del esueto monte contrasta con el verdor de la vecina sierra y de los campos que á su pie se dilatan. Entre aquel informe montón de ruinas, bañado por el sol poniente, y ensombrecido á trechos por las nubes que pasan, sobresalen algunos picos de rocas apagadas y detenidas á medio hundirse en la ceniza; blanquean las piedras pómez, y el resol las abrillanta.

A lo largo del volcán y en medio de la parte occidental que nos muestra, sube hasta la cumbre una fila de lavas, figurando gente en camino para los cráteres, que se encorva, levanta la cabeza, alarga los brazos y estira las piernas haciendo esfuerzos por trepar. Entre las crestas donde termina ese espinazo de rocas comenzó á salir un vapor blanquecino y rastrero que á *Duralis* parecía retal de nube; pero el desaparecer y remanecer muchas veces en el mismo sitio, y la ausencia de nubes cerca del volcán, pues las que ensombrecían el teso estaban muy altas, le persuadió de que el monstruoso gigante que nos tenía embelesados daba resoplidos y echaba bocanadas de vapor, de las que, á la postre de veinticinco años de estar aletargado, aun suele arrojar por las fumorolas.

Al descubrir ese ingente caos de escorias, vemos

también, á distancia de su falda occidental, las arboledas de Chapalilla y Santa Isabel, entre las que colorean los tejados del primero de esos aldeorrios y blanquea la capilla del segundo. En medio de ambos, se esconde en la frondosidad el de El Torreón. Caminamos hasta Chapalilla teniendo siempre á la vista las vertientes y mesetas del volcán, donde el sol hace resaltar aquellos contrastes de rocas negras, tierra cenicienta y piedras albarizas, al paso que las nubes que se van acumulando encima de las cúspides las oscurecen con un tinte azulino.

Entramos en Chapalilla, y una loma herbosa, de altura y forma iguales en toda su longitud, que se eleva á medida que la carretera desciende suavemente al caserío, nos oculta el volcán.....

Hemos atravesado sin detenernos ese lugarejo, y, á poco andar, el camino se vuelve polvoroso y tapetado: lo cubren cenizas que ennegrecían el ambiente durante las erupciones.

Termina el cerrejón. A uno y otro lado de la negra estrada hay panizales entre liños de árboles corpulentos y vallados que flanquean el camino, y á través de la espesura de aquéllos y de los crecidos arbustos valares se vuelve á ver el volcán, sumergido ya en sombra azulosa: sus cumbres aparecen más altas, los yacimientos de ceniza y piedra pómez más extensos, las ramblas más abiertas y los desbazareros más pendientes; el monstruo colosal más desnudo y sombrío en medio del campo y junto á la gándara que verdeguean lujuriosamente.

La carretera continúa bajando hasta El Torreón, donde también desaparece El Cebornco detrás de otra loma distante de nosotros. Cruzamos por el caserío, alineado á derecha é izquierda del camino, y volvemos á descubrir el volcán, más cercano, más negro y cinérico, salpicado de blanquinosas piedra pómez. El sendero se ennegrece aún más, si bien pierde su obscuridad en las quiebras, donde las corrientes han arrastrado la gruesa capa de ceniza y descubierto rocas blancas y azules.

Cuando franqueamos La Puerta de Tetitlán, distante de la aldehuela de este nombre como dos kilómetros, otro cerrejón que viene desde El Monte de los Cuartos nos encubre El Cebornco: hasta no verse de éste más que las cimas, un tanto veladas por la lluvia que aun no desciende al valle. El sol se ha puesto: llega hasta nosotros el viento de las montañas impregnado de vapor de agua, nos trae un rocío finísimo y un hálito que refresca y alegra, y la placentera sensación de su oreo calma la fatiga de los que todo el día hemos caminado al sol. Crece el encanto de aquella extraña naturaleza: la vegetación se agiganta y enmaraña: lucen los ficos y abies su tronco robusto y su follaje airoso, y entre éstos y las cercas medio ocultas por arbustos frutescentes se apiñan los cimbreños y sonantes cañizales, que agitan sus espigas y las hebras de oro de sus mazoreas tiernas. Aquella flor lozana y vigorosa en que se multiplican los jazmines silvestres, las acacias, los hibiscos y las yedras despliega sus estivas pompas en un campo

atezado, que parece recientemente ardid, y negrean entre la verdura los surcos y caballones, las albarradas y el grueso polvo de la carretera.

Un ancho arco de piedra volcánica, sobre el cual corre agua, da entrada en Tetitlán. La población, con sus negras casas de adobe sin enlucido, las negras cercas de sus corralizas y los negros arenales y empedrados de sus callejuelas, está sombría y melancólica, aún en medio de su brillante vegetación y de la algazara de los muchachos que retozan afuera de las viviendas. La lluvia suave y silenciosa ha oscurecido más la negrura de aquel adorno construido de tierra y piedras del volcán; y la noche que llega va deslustrando la frondescencia, y opaca la atmósfera, únicas claridades que recrean la vista en aquella obscuridad de objetos incoloros.

Media hora después de nuestro arribo, todo es negro al pie del reposado y ya invisible monstruo que yace mudo veinticinco años ha. Negros son los árboles, como las casas y los tapiales; negro como el suelo es el cielo, cubierto, desde el atardecer, con musco nublado. Parece que esta porción del planeta aun recibe la lluvia de ceniza que hacía desaparecer la claridad del firmamento y la forma y los colores de las cosas. La luz artificial que sale de tal cual puerta, como la que arroja á la calle el candel del farol suspendido en el ancho zaguán del mesón, se debilita al bañar el suelo y las fronteras albarradas: pierde su brillo, y es una luz mortecina y triste. Sin reflexión de sus rayos so-

bre las arenas, los adobes y las piedras ennegrecidos, fuera de la faja de luz que sale de las puertas la tiniebla es absoluta, como en los países lunares, en los sitios no bañados por el sol, á causa de la ausencia de atmósfera que descomponga y esparza su luz. En las calles oímos mugir las vacas, y no acertamos á pasar por donde no se hallen echadas. Las claridades que salen de las casetas lejenas, construidas en los altillos del lugar, parecen chorros de lava incandescente sobre El Ceboruco. Creeríase á Tetitlán abandonada de las gentes, como lo fué durante la erupción, y habitada por ganados errabundos, perdidos, que no daban con una guarida. Nada vemos en las calles, ni á un paso de distancia, si no es á lo lejos aquellas lumbres de lavas.

De súbito fulgura en lo alto, hácia el volcán, el vivo resplandor de una inmensa llamarada invisible, como de una ígnea exhalación del cráter, y, allá, entre los negros conos que le rodean, se inflama una masa al parecer de vapores arrojados por las fumorolas: la Aldea Negra se ilumina con fulgor intenso é instantáneo..... Es un relámpago difuso, reflejo del relámpago lineal producido abajo del horizonte por lejana tormenta, y que da brillo á una nube que se eleva encima de El Ceboruco.

El Mesón de Tetitlán estaba repleto de huéspedes, en su mayor parte arrieros: las monturas y maletas llenaban los cuartos, las cargas el corredor y recuas y aparejos las corraladas. Nuestras caba-

Hertas quedaron en el patio, porque no había lugar en los macheros.

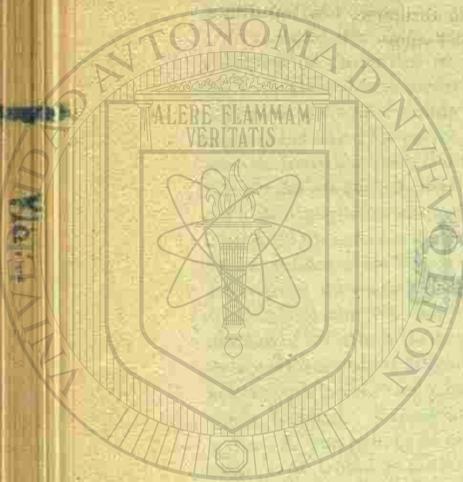
A eso de las diez de la noche, que *Duratis* y yo volvimos de pasearnos en las tenebrosas callejuelas, y de charlar con algunos aldeaniegos en sus negruzcas viviendas, donde á la puerta, ó sobre los tapiales ladraban los perros á nuestra llegada, ó al paso de invisibles reses ó marranos, el candil del zaguán del mesón, adentro del farol hollinoso, bañaba débilmente las enlucidas paredes, las masas inertes de los arrieros dormidos bajo sus mantas aborrahadas, y los bultos informes de los tercios y frangotes entre que yacían. En medio del silencio de aquel sombrío caserón, flotaban en la tibia atmósfera un rumor de respiraciones y ronquidos de aquellos hombres fatigados, y el canto de las achetas que preside en la magestuosa quietud de la noche tropical. A intervalos sonaba el golpe seco y duro de una patada de nuestras caballerías en el suelo, ó un tropel de mulas que se cococaban allá en las cuabras.

Lejos del corredor, en sitio obscuro del patio, se oía un susurro, y se movían en el aire tres puntos rojos y luminosos, los que, ya se apagaban, ya se encendían. Era que nuestros mozos, allí cerca de nuestras bestias, á las que echaron maíz sobre costales tendidos en el empedrado, departían y fumaban en espera de nosotros.

Habían hecho nuestras camas en el corredor, sobre tablas puestas en alto, y la alburá de las sábanas nos indicaba el sitio que nos correspondía

en aquella bacina de fardeles y cuerpos humanos envuelta en la penumbra. Taperujados con ellas, que el calor no permitía abrigarse, nos hundimos en la nada misteriosa del sueño.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

II

EL CAMPO DE LOS MUTILADOS



AL alborar, todas aquellas que por la noche eran masas inertes de arrieros dormidos, ya se habían reanimado, y céleres se movían de una parte á otra. Los arrieros aparejaban sus recuas y las cargaban con el fardaje sacado del corredor. Al reposo habían sucedido las carreras, el desalarse preparando la partida; y al silencio el estridente silbar, los gritos destemplados y el chasquido de trallazos en las patas de las cabalgaduras, para obligarlas á colocarse junto á las cargas. Desbautizábanse aquellos hombres impacientes, y tempestaban con improperios y maldiciones al repartir azotes en el arria, y al levantar los pesados bultos.

Nuestros mozos ensillaron aína, liaron las camas, atáronlas sobre la mula en que llevábamos nuestras maletas y la tienda de campaña, y salimos del mesón al tiempo de pasar por enfrente la

diligencia de Ixtlán á Tepic, sin un pasajero, y llena de baliijas del correo, que se sangoloteaban en el piso y los asientos, y asomaban por los badillos.

Aquella aldea negra, la primera en que tocábamos de las poblaciones sentadas al pie de El Ceboruco, construida desde los cimientos con piedras y cenizas del volcán, amasadas con el agua de sus ocultos venajes, se halla al pie de Las Lomas del Destiladero, que el tercer periodo de erupción amontonó entre las cumbres de El Tequepexpan, El Molcajete Grande, El Molcajete Chico, Las Puertas y Los Encinos, en cuyas faldas se reclinan, llenando con aquella altísima conglomeración de montañas dislocadas y que al parecer se desmoronan, el espacio que entre éstas dejaron vacío las erupciones de los dos primeros periodos, y que mide cerca de cinco kilómetros de anchura al frente de la carretera, y quince de longitud hacia El Molcajete Chico, que se encumbra detrás de Las Lomas.

A medio kilómetro, y á la izquierda del camino se emburujan estos áridos promontorios de rocas negras, ceniza y piedra pómez, hasta la altura de seiscientos metros, como los primeros inaccesibles pedraños de una gigantesca gradería irregular de cerros que llega hasta los cráteres superiores. En la mañana, resalta su negrura al dibujarse sus contornos sombríos en el firmamento de levante, iluminado con la claridad del sol naciente.

La carretera y la planada que se extiende hasta el volcán, se presentan pedregosas, y á ciertas distancias se ven disformes roquedos medio enterra-

dos. Entre el pedregal gris de hierro crecen mimosas, y sus flores blancas aumentan la melancolía fúnebre de aquellos luctuosos parajes. Con la menuda lluvia matinal, el campo está más fresco, el verdor de la herbosa vegetación más vivo, el suelo y El Ceboruco más negros.

Aquellas acumulaciones de basaltos, lavas y cenizas parecen nevadas á trechos: su obscuro fondo está sembrado de manchas blanquísimas y uniformes: nubecitas albicantes del vapor que de pequeñas fumorolas abiertas en declivios y laderías, sale sin intermisión, en innúmeras espirales, que á la altura de media vara se dilatan un poco, formando como invertido, y se desvanecen.

Quedan atrás esas Lomas humosas, que vanean por mil respiraderos, y la carretera corre frente á la cumbre más elevada del volcán, después de La Coronilla, que le excede en ciento diez metros de talla, y es la de Los Encinos, donde basaltos, lavas, ceniza y piedra pómez del primer periodo de erupción se congloban hasta la altura de mil trescientos cincuenta y cuatro metros sobre Tetitlán. Sus faldas se retiran de la estrada como un kilómetro, y hay lugares en que el campo está limpio de pedrisco; no se ve una pedrezuela.

El camino bordea después la montaña Nueva que formaron lavas y cenizas del periodo reciente de erupción, y que avanza hasta la carretera tanto como Las Lomas del Destiladero, y ya cerca de Uzeta mucho más se aproxima.

Pasanos por enfrente de la cadena de rocas, cu-

yas aristas la tarde anterior, cuando contemplábamnos el volcán desde la salida de El Monte de los Cuartos, nos parecían, y aun á menor distancia parecían, cabezas, brazos y piernas de gente que va subiendo.

Entre la cumbre de Los Encinos y el brazo que La Coronilla alarga al sudoeste, ensancha la nueva montaña el corpazo secular de El Ceboruco. Al contemplar ese derrocadero de lavas vomitadas por aquel monstruo tres veces trifauce, en los seis años de su último periodo de erupción, que de más de mil metros de altura, desde el pie de la tercera de las fumarolas que dividen los dos cráteres principales, resbalan miriadas sobre miriadas, alternando con los rimeros altísimos de rocas negras, los de ceniza y piedra pómez, se ve la magnitud del desastre, y se siente la emoción del cataclismo. Adivínanse los estremecimientos terroríficos del suelo, los estampidos profundos, el fragor horrísono, las sacudidas vertiginosas de la montaña al elevarse en su seno, desde hondura inconcebible, el río hirviente de rocas combustas, al abrirse el anchuroso cráter por donde se derramara, y al precipitarse de tan alto, envuelto en fogaradas gigantescas y en densas nubes de vapores que ascendían á centenares de metros, se ensanchaban y se esparcían, obscureciendo sierra, llano y pueblos, amortajados con un sudario de ceniza. Siéntese la inquietud de los habitantes de aquella región el 16 y 18 de febrero de 1870, en que se anunció con terremotos y truenos formidables el torbellino subte-

rráneo de rocas fundentes que pugnaba por abrirse salida; se experimenta el terror que despobló los lugares comarcaños aún antes del 23 de febrero, día en que aparecieron las fumaradas de oscuros vapores asaltando el firmamento, y la lluvia de ceniza llenando el espacio, y en que comenzaron á volar, disparados del nuevo cráter, los basaltos ru-sientes, á despeñarse á la llanura los ríos de lumbre y á arder, al contacto de las lavas que corrían por ellas, ó á asurarse por el caldeamiento del suelo y del aire, las selvas centenarias crecidas en la cumbre de Los Encinos y rama sudoccidental de La Coronilla, en el decurso de los siglos que mediaron entre los periodos de erupciones cuarto y quinto.

Avanzando al pie de aquella montaña, por la planicie cubierta de masas negras, yerba húmeda y pálidas flores, llegamos al riachuelo de Los Cuates, que atraviesa la carretera, engrosado por sus confluente, El Nuevo, nacido en la montaña Nueva, y el del Destiladero, que separa las Lomas de ese nombre y la cumbre de Los Encinos, y fluye desde aquéllas, despeñándose de considerable altura, por sombrío lecho de basaltos y arena. Antes de vadear el de Los Cuates, nos apeamos de las caballerías, y en las cuernas bebemos de sus incoloras aguas, negras en el cauce, y potables aunque un poco salobres y astringentes. Nuestras remudas inclinan la cabeza hacia el arroyo, les quitamos los frenos, y meten los befos en las templadas linfas de aquella silenciosa corriente.

No muy distante de la nueva montaña está Uze-

ta, caserío alineado á los bordes de la carretera, sobre el pedriscal y las arenas oscuras que cubren el suelo. Cruzamos por en medio de su doble fila de chozas, en cuyos cobertizos hay mesas con cigarros y botellas de Tequila, ó con pan y vasos de leche, de venta para los pasajeros.

A breve distancia de El Ceboruquito, otro caserío de varas y zacate entre ficos opulentos, negro como el suelo y la pedrea en que se asienta, y donde también se ofrece leche, pan vino y cigarros desde las mesas cubiertas con tohallas muy limpias, y rodeadas de sillas en los cobertizos, llegamos á un paraje en que desaparece la vegetación, y á derecha ó izquierda de la carretera se asoman por los cercos cabezas chamuscadas y brazos trunco, de cuerpos quemados que se quedaron en actitud de llamar, como pidiendo auxilio: son lavas y rocas basálticas que indican al viajero el teatro de los horrores del cuarto periodo de erupción. La carretera corta en ese punto la corriente de lava que, descendida del volcán, invadió la llanura en más de dos leguas.

Hacemos alto, y desmontamos, para ir á donde parecen llamarnos aquellos brazos levantados y abiertos. Subimos al coto de la izquierda, y dominamos el campo. En su anchurosa superficie se hacinan rocas aherrumbradas, basaltos y lavas que del antiguo cráter brotaron fundidos, y al enfriarse y endurecerse adquirieron forma humana y actitudes de gente que perece en una catástrofe. Aseméjanse á las víctimas de un incendio, y

las ampollas del hervor de su masa, que aun se ven, son iguales á ciertas quemaduras en el hombre.

No se conglomeran demasiado esas rocas en caos, y sus montones no impiden dominar desde la pequeña altura de la cerca la dilatada extensión que ocupan. Tendiendo por ella la vista, parece un mar de oleaje negro, que en un momento de agitación se petrificara.

Duralis y yo mandamos descargar las provisiones bucólicas y la tienda de campaña, y que dos mozos nos siguieran con ellas, mientras el otro se iba con las *remudas* al cortijo inmediato—Puerta del Ceboruco—para regresar por nosotros á las tres de la tarde (eran las nueve de la mañana). Cumplida nuestra orden, emprendimos la caminata por la confusión caótica de basaltos y lavas.

A medida que nos internamos en la roqueda, es más viva la ilusión de que aquel campo está cubierto de cadáveres mutilados: cada mármol de color de hierro figura un cuerpo humano ennegrecido por la combustión, decapitado, sin antebrazos, sin muslos ó sin piernas, ó bien con cabeza deformada, sin facciones y con extremidades dislocadas y torcidas. Diríase que aquellas gentes, abrasadas por el fuego, huían, se tendían la mano, caían unas sobre otras, se arrastraban desesperadas, y que murieron en la carrera, en un revuelco, tartaleando, al estrecharse, al esconderse entre las que se apiñaban; y se imagina uno descubrir rostros desfigurados por las ampollas, y notar su expresión de espan-

de suprema angustia, ó las muecas de intensísimos dolores.

Pisamos en la pétreo cabeza de un mutilado, en el húmero, en el fémur de otro, en la espalda del que está boca abajo, en el pecho del que parece bo-carriba; nos asimos de los que levantan los brazos y, para dominar mejor la fúnebre extensión, trepamos sobre los que yacen amontonados aquí y acullá. Al vernos caminar por aquel inmenso cementerio de muertos carbonizados é insepultos, en cuya negrura resalta la claridad de nuestros vestidos y parasoles blancos, tomaríansen por alguna piadosa hermandad consagrada al sepelio de aquellos difuntos, y supondríase que llevábamos uno á la huesa, envuelto en blanco sudario—la balumba de la tienda de campaña—Nos detenemos á descansar, mirando hacia El Ceboruco, erguido en el límite de la pavorosa llanura. Las negras rocas que descienden del cráter simulan gentes que se quedaron momificadas al correr en tumulto, al abrirse paso, al descolgarse para escapar del siniestro. Contemplando el volcán, nos parece que avanza, que se ciérne, que se nos echa encima y nos aplasta. Su presencia nos desvanece, y apartamos de él la vista, para continuar nuestra marcha á trancos sobre los cadáveres.

Con pie firme hemos penetrado tres largos kilómetros en el caos de lavas y basaltos que se multiplican asombrosamente á medida que avanzamos; y, gracias á una señal, distinguimos en lontananza la línea de rocas que sobresalen de las albarradas

y se asoman á la carretera como llamando á los caminantes; pero no vemos, como al principio, el sombrero de los que pasan á caballo, ni el rostro de los que se empujan para ver aquella mortandad, ni oímos los gritos y azotes con que hurgan á sus haberíos para que caminen. Lejos del mundo de los vivientes, en medio de la desolación de este campo devastado, nos abandonamos á las emociones penetrantes que esta inmensa ruina despierta. No hay entre las negras masas ni una flor, ni un arbusto, nada que coloree el caos; ni un ave, ni un reptil, ni un insecto, nada que viva y se mueva; ni un zumbido, ni un aleteo, ni un pitio, nada que turbe su silencio de cinco centurias.

Nuestra tienda, desplegada y sujeta con sus cordales á las rocas, parece sostenida con esfuerzo por aquellas momias que se han enredado las cuerdas al pecho, á los brazos ó á la cintura, y que, echadas hacia atrás, á un lado ó caídas, mantiene derecho el cono de blanquísima lona. Dentro de éste nos sirven de asiento basaltos que parecen derribados allí para tal servicio.

Pasada la refección, tomamos fotografías del campo, de los rimeros de pedrejones en que mejor se representa el hacinamiento de cadáveres humanos, y del tétrico volcán que preside con su inquietante magestad en aquel desastre.

A las cuatro de la tarde estábamos de vuelta en la carretera: nos aguardaban las *remudas* en el mismo sitio donde desmontamos por la mañana, y en el que habíamos puesto, á manera de señal ó miri

lla, un pañuelo blanco izado en una vara.

Atravesamos Puerta del Ceboruco y El Marquesado. Después del caserío de este nombre se despeja el campo en anchísimo espacio al pie del volcán. Entra la tarde mitigando el calor y reanimando la naturaleza: se levantan ráfagas de viento frescas y aromosas, y despiertan de su desmayo las decrépitas plantas; las reses, acarradas durante el sesteo, vuelven á herbajar, ó caminan lentas y graves hacia la población: los yugueros tornan á la escarda, empuñan la esteva y trazan surcos, entonando canciones llenas del melancólico encanto de aquellas soledades, floridas de mimosas y lanceolas; resuena con sus melódicas voces el monte, y el caminante se complace escuchándolas. A largas distancias nos encontramos con familias errabundas, que viajan al tardío paso de los borricos en que van sentadas las mujeres, cubierta la cabeza con ancho sombrero medio envuelto en pañuelo rojo que se atan á la búcula; sigúenlas á pie los hombres, cargados con el cuévalo lleno de los trastos y la ropa, y entre ésta sentado el chicorro-tín, dormita asoleado y cubierto de polvo.

Elegamos á Puerta de los Juancastles, y desde ese lugar, hasta Puerta de las Higueras, donde ya se columbra el campanario de Ahuacatlán, pasa la carretera al pie de la frondosa gándara de Los Copales, que se formó de rocas eruptivas, superpuestas con orden y simetría, como si las hubiese colocado la mano del hombre. Entre su crecida vegetación descuellan los copales, que prenden su

raigambre en las resquebrajaduras de los basaltos y lavas. Sepáranse sus montículos por sombrías cañadas que penetran desde la carretera hacia el corazón de la montaña. Esa gándara es el lado meridional de La Coronilla. Levantándose esta cumbre al oriente de los cráteres principales, se asoma á su profundidad, y extiende ese brazo al sur, y otro, de que hice mención, al sudoeste; dejando aislado el cerro de Ahuacatlán de sus hermanas gemelas, Los Encinos y Las Puertas, que brotaron al aparecer El Ceboruco.

Termina esa gándara, y las cumbres que rodean aquellos cráteres se nos ocultan detrás del cono truncado, elevadísimo, de lavas del primer periodo de erupción, que forman dicho cerro, llamado como la villa á que mira de cerca.

El sol se envuelve á ratos en pasajeras nubes, iluminándolas con plateados limbos, y la frescura del campo corre y se esparce. Nuestros caballos recobran su brío, vuelven á su trote airoso, y caminan arrogantes y relinchadores. Al declinar, se acerca el sol á las lejanas sierras, cúbrese á poco la cumbre del cerro de Ahuacatlán con el velo azul, vaporoso de la lluvia que empieza á caer en ella, y el viento que había elevado las nubes se extiende hasta la llanada, y corre por el camino, levantando gruesas polvaredas grises. Atendámos y corremos para llegar á la villa antes de que llueva. Con los truenos repetidos tememos que la tempestad baje pronto al plan: el viento vuela en dirección contraria á la nuestra, nos cubre la

carretera con el polvo y nos quita la vista; pero inclinada la cabeza, apabullado el sombrero, seguimos al galope de nuestras caballerías, sin pararnos. En el cielo brilla perpendicular al horizonte una cinta blanco-rojiza, como si de súbito se partiese la nube dejando ver el fuego que ardiera en su seno, y se llena la campiña de Ahuacatlán con un retumbo sordo y prolongado.

III

POR LAVAS Y BOSCAJES



A la incierta claridad, en la quietud y frescura del amanecer, atravesamos la calle principal de Ahuacatlán, flanqueada de soportales, donde había gente dormida entre los canastos y cajones de frutas y hortalizas que allí se venden. Pasamos por el estrecho puentecillo en que no caben de frente dos personas á caballo, levantado en el río que separa de la mayor parte de la población algunas calles, y seguimos por éstas, sabulosas con la ceniza volcánica. En el blanco caserío cerrado pardecaban las vetustas puertas, encima de pedruscos colocados á guisa de escalones.

Tomamos hacia el oriente el camino de herradura para Jala, que sube á cerrejonés lávicos y basálticos amontonados al pie del cono trunco de Ahuacatlán en el tercer período de erupción, el mismo que produjo Las Lomas del Destiladero. A la izquierda de la trocha se levantan las cumbres de El Moleajete

carretera con el polvo y nos quita la vista; pero inclinada la cabeza, apabullado el sombrero, seguimos al galope de nuestras caballerías, sin pararnos. En el cielo brilla perpendicular al horizonte una cinta blanco-rojiza, como si de súbito se partiese la nube dejando ver el fuego que ardiera en su seno, y se llena la campiña de Ahuacatlán con un retumbo sordo y prolongado.

III

POR LAVAS Y BOSCAJES



A la incierta claridad, en la quietud y frescura del amanecer, atravesamos la calle principal de Ahuacatlán, flanqueada de soportales, donde había gente dormida entre los canastos y cajones de frutas y hortalizas que allí se venden. Pasamos por el estrecho puentecillo en que no caben de frente dos personas á caballo, levantado en el río que separa de la mayor parte de la población algunas calles, y seguimos por éstas, sabulosas con la ceniza volcánica. En el blanco caserío cerrado pardecaban las vetustas puertas, encima de pedruscos colocados á guisa de escalones.

Tomamos hacia el oriente el camino de herradura para Jala, que sube á cerrejones lávicos y basálticos amontonados al pie del cono trunco de Ahuacatlán en el tercer período de erupción, el mismo que produjo Las Lomas del Destiladero. A la izquierda de la trocha se levantan las cumbres de El Moleajete

de Ahuacatlán, con cráter en la cima, y Pedregoso, y á la derecha la de Mexpan, que también tiene cráter, y la de Pochotero. En el fondo de la estrecha cañada que forman estas dos alturas, corre por arenal gris volcánico la carretera que une á Jala y á Ahuacatlán, y sobre ella, cerca de su desembocadura en el valle de Jala, está Jontulco.

El radioso despuntar del sol allende los cerros á que empezamos á subir, levanta una polvareda dorada, diamantina, brillantísima: las moléculas que pueblan al aire irradian á la luz que se difunde desde el orto. El Ceboruco ha perdido en esa región su aspecto sombrío é inquietante, y la magnificencia de la flora se ostenta en cumbres y vertientes. La trocha serpea y se esconde entre verdura limpia y alegre, y apenas si se entreven los basaltos y las cenizas á través de árboles y plantas saxátiles. El vientecillo agita los floridos ramos, y se desprenden gotas de rocío y aromas penetrantes. Entre lipias y orminos se destaca, reina de aquellas selvas, la *pachira insignis*, con el purpúreo atavío de sus ahebradas flores.

Tras hora y media de camino, en que andamos despacio y deteniéndonos á contemplar la extraña belleza del paisaje, y á descubrir entre la espesura las corrientes de piedras pez y pómez, descendemos al ubérrimo valle, circuido por la sierra de Jala hacia el oriente, y por cumbres lávicas de El Ceboruco á los demás vientos, y fecundado por cenizas volcánicas. Allá en el fondo, en medio de cañaverales, por cima de arboleda, la torrecilla del

pueblo azulea en la claridad de la mañana. Trotan nuestras caballerías entre maizales de altura descomunal y robustísimos.

Nuestros informes acerca de la mejor hospedería de Jala, nos llevaron á la primera casa de una callecica que á espaldas de la iglesia se prolonga con tapias y sementeras hasta el campo, y nos recibió en medio de dos muchachas sus sobrinas, una anciana toza y paliducha, que llamaba la atención por su cara tan rugosa, que entre los pliegues se le perdían las facciones. A la corta distancia á que desmontamos, no le distinguíamos ninguna, y sólo cuando nos hubimos acercado aparecieron á nuestras miradas su arremangadillo narigal, sus ojos escondidos en colgantes pálpebras y su boca hundida por la falta de gelasinos y molares. Las muchachas, muy jóvenes aún, agraciadas y de ojos vivos é inquietos, eran prestísimas en ayudar á la tía en sus menesteres, y no bien nos introdujeron en una salita fresca y ascada, volaron á disponer el almuerzo, pues como lugar Jala de poco tránsito, no hacían gasto, sino cuando llegaban pasajeros. Aderézale al momento, y en uno de los cotredores embellecidos por el aseo y las macetas, nos sirven con exquisita limpieza huevos abuñolados, un diezmillo sucoso, adobo con picantes alcalmonías, un vaso de aloque, naterón con azúcar en polvo y café con leche.

Antes de las diez volvimos á montar, y me interrogaba *Ducalis* al salir de aquel pueblo para el de Tequepexpan:—¿A esta hora de mañana á qué al-

tura del volcán habremos llegado?

—Con cuatro horas de ascensión,—le contesté.

—ya dominaríamos quizá los Molcajetes Grande y Chico, y veremos á lo lejos sus cráteres.

Cruza la vereda para Tequepexpan faldeando la cumbre más alta y ramificada de El Ceboruco, La Coronilla, de lavas y cenizas del segundo periodo de erupción, que desde mayor altura que la del cráter nuevo, desciende al este y al noreste y se prolonga más de dos leguas, lo mismo que al sur y suroeste. Son deliciosas estas vertientes de la montaña, crecidas de abies, hayas, robles, encinas y alisos. Entre orvalles, campánulas y llantén florecen las espigas del sauzgatillo y los esbeltos tallos de la globularia, y despiden su fragancia silvestre los líceris, ajedreas, espliegos y mejoranas. Por las hondas torrenteras fluyen limpios y sonoros venajes, con espumeo nacarado entre la obscura pedriza volcánica. Las achetas sagradas, escondidas en la fronda, ensordecen el bosque con su cantar continuo y penetrante, y las vagarosas libélulas ya se detienen en un punto preciso del espacio, agitando sus dobles alas impalpables, ya se lanzan en subitáneo y rápido vuelo, con las alas tendidas ó inmóviles, describiendo extensísimas curvas.

Al cabo de tres horas y media salimos de la cañada de Tequepexpan al vallecito de Coapan, abierto al pie de las cumbres del mismo nombre, terminales de la rama septentrional y más elevada de La Coronilla. Dividelo en el comedio una trocha entre sementeras de maíz. En la superficie de ese

valle de rojizas glevas no hay una desigualdad; ni un alfillo, ni un pedrejón, ni un crique; y parece que la han emparejado, aplanado, apisonado los labradores de La Olla. Este caserío de piedras abetunadas y lustrosas, con techados de ramaje cubierto con tierra, fué nuestro elegido como punto de partida para ascender al día siguiente á la montaña. Hállase en un rincón del valle, al pie de El Ceboruco, cerca de la junta de La Coronilla y Las Puertas, donde también se derramaron lavas y cenizas del cuarto periodo de erupción. Allí vuelve á mostrarse siniestro y amenazante el volcán, como en su región occidua.

Presto atravesamos la planicie de Coapan, al galope de nuestras caballerías regocijadas con la vista de los panizales; y por sendero de angostas reuertas subimos á una cumbre, desde donde vemos á Tequepexpan en otra hondonada.

Empleamos las últimas horas de la tarde en recorrer esa población, mitad caída y mitad en pie, populosa y alegre en medio de su vejez y de sus ruinas. Luengos años cuenta de que nada se repare ni componga en su caserío y sus callejuelas: quedan los ramajos y la hojarasca donde los acumula el viento; los badenes como los abren las corrientes pluviales, y la cascotería donde ha caído en el derrumbe ó en el incendio: piedras y adobes de las tapias, tableros de puertas podridas, troncos de árboles secos, todo yace allí donde lo ha derribado el tiempo. Se ven cercas aporilladas y corralizas hechas un herbazal: las paredes con los

derrumbios de los agucereros, y enfrente de la iglesia canteras labradas antañazo, tasquiles y baches.

Entre los escombros de las tortuosas callecitas hormiguea la población: á estas horas de la tarde se halla toda fuera de las viviendas, si no es alguna viejarrona que á la puerta se espulga. Llegan campesinos á caballo, y otros á pie con brazadas de cañas, ó con escardillos, destraes y falces; pasan mujeres chacoteando y riendo, con los cántaros sobre cabeceles, y la chiquillería laza cerdos, tira con hondas, se sube á las ruinas, salta, corretea y grita. Gentes van y vienen, ó forman corrillos en los cantones y en las tiendas. Las vacas son conducidas á los establos, y los borricos, ya sin el ajobo de la carga, olfatean el suelo y pácen la escasa hierba crecida entre el estramonio. El pueblo está impregnado del encanto de la vida primitiva, libre, sosegada y alegre, sin molicie, sin fingimiento ni ostentación.

Al obscurecer, salía de la iglesia, entre los ollares y el casquijo amontonados en la calle, un grupo de mujeres acompañando una escultura sedente de María Santísima, colocada en andas y en hombros de cuatro devotas, seguido de muchachos que lanzaban cohetes, y precedido por un hombre que con el sombrero ancho se cubría el pecho y las manos, y cabizbajo y con boeula llorosa, muy ladina, hacía coro en el rosario. No causaba la procesión la menor curiosidad á los lugareños; sin duda era frecuente; la veían con indiferencia, bien que con respeto, y se quitaban el sombrero. Al entrar

en otra calle, se paraban las anderas, se arrodillaba el grupo y prosternado rezaba algunas ayemarrías, contestando al compungido de la voz de falsete, que parecía que hablaba llorando, ó con una risilla que no pudiera contener. Levantábanse, y seguían su camino lentamente, al traquear alto de numerosidad de cohetes.



IV

EL CRÁTER NUEVO



No bien amanecía cuando desmontamos en La Olla, y, devolviendo los caballos para Tequepexpan, emprendimos inmediatamente la subida a El Ceboruco, en unión de dos de nuestros mozos y de dos leñadores de aquel pueblo, que hacen en las boscosas cumbres de Coapan, y que, habituados a repechar vericuetos y salvar abarrancaderos, podían sernos útiles en algo más que en dar la mano a los criados en el transporte del abasto para dos días, y de la tienda de campaña que había de albergarnos en la siesta y durante la noche.

Vamos provistos de bastón puntiagudo con larga contera de hierro y puño dispuesto para aferrarlo a las rocas a que no alcance nuestro brazo, y de manoplas de gamuza que nos defiendan de sahornos en las manos al asirnos de las aristas filosas. Yo llevo, además, colgados al hombro, de

un lado la pequeña cámara fotográfica, y de otro un frasco de aguardiente de Ojén.

El sol de aquel día memoratísimo en los anales de nuestra errante vida, nos halló trepando por el derrumbamiento de basaltos y lavas del cuarto período de erupción, que invadiera ese flanco de La Coronilla y se extendiera hasta Las Puertas. La subida es muy dificultosa: por donde quiera que buscamos paso se multiplican los hacinamientos de rocas, y cada vez que levantamos los ojos nos parece que en el intervalo en que dejamos de ver hacia arriba se han conglomerado muchos más. ¡Y tener que caminar por tan ásperos berrocales casi diez kilómetros!

El sol se eleva rápidamente, y resueltos en ascender sin premura, pero sin intermisiones innecesarias, seguimos subiendo sin detenernos á contemplar el dilatado y espléndido panorama que ilumina, y aun sin volver la vista más allá de los negros contornos de El Ceboruco. Aquí resbala y rueda una piedra á nuestro peso, allá enviamos un avalancha de escorias á los que vienen atrás, y en algunos repechos hay que afretarnos con el corvo puño del bastón á las rocas, ó lo colgamos al brazo y subimos asiéndonos de las aristas con la mano enguantada. Y así tenemos que seguir hasta la cumbre: no es posible ascender de otro modo por este sendero nunca hollado, y, si no es por nuestra planta, ni trazado siquiera. Vemos hacia adelante promontorios de basaltos y ceniza que se apiñan y emburujan, donde nos parece que

no podremos conservar el equilibrio, y que rodaremos despedazándonos.

Mozos y leñadores nos siguen alegres, turnándose en la conducción de tienda y provisiones, las que se atan á la espalda: son de leve ajobo, y no acrecientan mucho su fatiga.

El negro caos de rocas se prolonga, se ensancha, se eleva más y más á nuestros ojos: la grandeza de la fúnebre montaña, vista de cercas y palpada, agobia nuestro espíritu, cual si pesase sobre nosotros tan ingente mole; pero la suerte que correremos abandonados al azar de aquella ascensión por donde ningún pie humano ha pisado, no nos aterra: antes bien los temores que abrigáramos de algún peligro, serían incentivos y despertadores de valor y energía. Vamos á lo desconocido presurosos y contentos. ¿Qué ha de pasarnos? Domina los recelos de la arriesgada aventura nuestra confianza en su éxito, y huyen los presentimientos pesimistas. No atendemos á más que á caminar adelante y hacia arriba, y sólo cediendo al cansancio suspendemos un rato la marcha, y nos sentamos, resoplando, medio desfallecidos y palpitándonos el corazón acelerada y ruidosamente.

Con ánimo y esfuerzo cada vez más potentes vencemos poco á poco la peñascosa altura: hincamos el bastón ó nos abrazamos á los basaltos y lavas donde pudiéramos caer y rodar.

Jadeantes, casi sin alcanzar á respirar, bañados en copiosa exudación y esprimiendo los pañuelos con que la enjugábamos, llegamos poco antes de

las diez de la mañana á la altura en que se dominan los cráteres de la región septentrional de El Ceboruco, y son los de El Molcajete Grande, El Molcajete Chico, colocados en una misma línea hacia el norte, y el Tequepexpan, en la misma dirección del segundo, pero hacia el poniente. Sus aberturas no son orbiculares ni elípticas; pero sí corvas y dilatadas. A la distancia á que las vemos no es posible apreciar su profundidad. Su anchura, á no ser de forma irregular, sería como la del rondel de una plaza de toros de medianas proporciones. Sus bordes están erizados de rocas, parecidas á endriagos que se asomaran para vernos.

Cuando el sol se aproximaba al cenit, fué preciso suspender por algunas horas la fatigosa ascensión, y dimos orden de colocar la tienda en un declivio menos pronunciado, á que nos encaminamos. En un periquete quedó desplegada y firme, y tras largo descansar recostados á su sombra, desvalijamos el portaviandas de camino, bien abastecido de *sandwich*, mortadela y Macón. Allá lejos, por la entrada de la tienda, veíamos á Tequepexpan y los gruesos remolinos de polvo que se levantaban altísimos en el lomerío que la circunda, y que caminaban rectos, llevados por el viento y dorados por el sol. Desde el pueblo se percibiría sin duda la claridad de nuestra tienda en medio del negro Ceboruco, á modo de exhalación de vapor blancazo y densísimo, que saliera de un boquerón abierto súbitamente en aquella ladera.

No del todo repuestos con el descanso anterior á

la comida, nos dormimos después de ésta, hasta cerca de las dos de la tarde, hora en que, con nuevo entusiasmo seguimos caminando. ¡Adelante! ¡Arriba! Eran exclamaciones que repetíamos tan resueltos y animosos, que ni una erupción nos habría hecho retroceder.

La roqueda es más pendiente aún, y trepamos con mayor dificultad que por la mañana, casi arrastras en algunos repechos; pero la cumbre dista todavía muchísimo: parece que se retira de nosotros, y desesperamos de alcanzar á ella antes de que oscurezca.

Abrumados por el sol en aquel abrasado monte que, al parecer, arde con fuegos interiores, según en las manos forradas de gamuza y en la planta del pie, á través de la dura suela, sentimos la candencia de los basaltos, es único refrigerio la pasajera sombra de nubes voluminosas que por encima del volcán se ciernen, se detienen como á mirarle y pasan lentas y magestuosas, llevadas por el viento hacia otra región del infinito.

El sol, al declinar, alarga nuestras sombras, y abulta con disformes jibas las de los mozos que llevan á cuestras las provisiones y la tienda de nómadas, nuestro aduar en aquel fúnebre desierto, y parecen un grupo de gigantes, negros como aquellas rocas, y salidos de antros invisibles á perseguirnos porque invadimos aquel reino de la muerte; y en nuestro seguimiento, suben, se tienden y saltan como nosotros.

Al oriente y al occidente cubre á trechos el hori-

zonte el capuz moracho de las tormentas que caen, y por la obscura masa de nubes descolgadas que tocan en la tierra, cruzan relámpagos silenciosos; á nosotros no llega ni el más leve retumbo, ni una ráfaga del viento que amontona y deshace aquellas lejanas tempestades. Por cima del volcán siguen pasando altísimas nubes, alargándose, despartiéndose, oscureciéndolo y cobijándonos con su fresca sombra movediza.

Al atardecer, fué instalado nuestro aduar á gran distancia del sitio en que acampamos á medio día, y á mucho mayor altura; y adentro del cono de lona suavizada la pendiente del cerro, removiendo los basaltos menos pesados. La puesta del sol que contemplamos desde aquel paraje, fué triste y sombría, sin los matices y arreboles con que se ilumina el occidente. Las tormentas ocultaban las sierras que el sol había transpuesto, y velaban las magnificencias del crepúsculo. Por cima de los nimbos salían largos y anchísimos rayos de sol que iluminaban las cumbres del volcán: paulatinamente iban levantándose, hacíanse más oblicuos y contrastaba el intensísimo azul del cielo con la sombra que cubría la tierra y con las nublazones distantes.

Llega la noche, oscura como de interlunio, y pavorosa sobre la negra montaña rodeada de negros horizontes que nos inquietan. En la profundidad del firmamento vela un cirro—estrato las estrellas, y las nubes que desde en la tarde cubren las lejanías de la tierra se han espesado y extendi-

do en dilatadísimo cielo: las recorren á intervalos culebrillas de brillante argento que no iluminan sino la densidad de la cerrazón. Bajo el firmamento nuboso y en medio de tempestuosas lontananzas, la inmensa mole negra de El Coboruco parece tocar en el cielo con su teso, y con su base ocupar toda la tierra.

Exhaustos de fuerzas, casi aniquilados por la lucha sostenida para subir, despues de nuestra cena, repetición de la comida: ruedas de *sandwich*, tajadas de mortadela y un vaso de tinto, nos dormimos en los brazos de aquel padre de la destrucción, mirando por la lona de la tienda el trasluz de los lejanos relámpagos, y rogando al cielo que no aconteciese nada que nos hiciera lamentarnos de lo que nos ufanábamos y á ratos nos parecía temeridad: la ascensión al inexplorado Cráter.

A la mañana siguiente, no bien marca el index de nuestro reloj las cuatro y media, nos ponemos en marcha *Duralis* y yo, y los mozos y leñadores quedan en el campamento. A lo largo de levante, el cielo se tñe de un verde nilo luminoso en que se delinean las cimas oscuras de la Sierra Madre Occidental. Paulatinamente se eleva esa verdina claridad, dejando su lugar á un rútilo fulgor, y brilla el orto con una faja de oro encima de la sombría cordillera, la de verdegay sobre aquella, y arriba de ésta el pálido azul del cielo en que autilitan las más brillantes estrellas.

La subida era más empujada: nos parecía inaccesible, y, sin embargo, nuestra fuerza de voluntad

y de músculos luchaba por dominarla. No avanzábamos de frente, sino en zigues zagues, y en algunas acumulaciones de lava y ceniza era necesario trepar como cuadrumanos. La pesantez de los basaltos, inmovibles aun estando sueltos, favorecía nuestra ascensión. Descansábamos de los anhelantes esfuerzos, para volver á la brega.

Las fumarolas aparecían ya con su grandor de montículos, y con él de gruesas espiras las exhalaciones que desde abajo se asemejan á girones de tenue niebla. Abajo, en la negrura del cerro, blanqueaba nuestra tienda, y mozos y leñadores sentados cerca de ella no apartaban la vista de nosotros, dispuestos á correr en nuestro auxilio, si correr se pudiera en esos berrocales pendienteísimos.

Llegados á la altura de los cráteres, nos sentamos á reposar. Nuestras manoplas de gamuza y nuestro bastón puntiagudo, de férrea contera, nos habían ayudado á obtener ese triunfo. Eramos los primeros en remontarnos á la más alta cumbre de El Ceboruco, y en acercarnos al Cráter Nuevo. Hemos necesitado de mucho valor, de mucha paciencia y de mucha garra para caminar por aquella sáxea montaña, cecida y sin veredas, como sin verdura y sin sombra, sin alegría y sin vida.

Recorremos con los ojos la anchurosa cavidad del Cráter Nuevo y vemos distante la del antiguo, casi de iguales dimensiones, más allá de las fumarolas que entre ambos se levantan sobre un lienzo de rocas basálticas y lávicas. Parecen las cúspides que los rodean, las siete hirsutas melenas de algún

monstruo antediluviano, y los cráteres las cuencas vacías de sus enormes ojos apagados y secos.

La forma de ambos es oblonga, irregular, su longitud sensiblemente idéntica, acaso no mayor de quinientos metros, y su anchura, de oriente á poniente, como de trescientos, salvo en el antiguo, que es más abierto hacia el sur. La paredes laterales del nuevo son casi rectas, y sobre la cortina de roquedos eruptivos que los separa, se alzan las fumarolas, montecillos de cortes regulares y simétricos. Vistas desde el sitio en que estamos, dos de ellas dibujan su conoide en el vacío del antiguo cráter, y la tercera se adelanta un poco hacia el medio día y parece colocada entre las eminencias de que están circuidos ambos cráteres. Es en aquellos momentos, la única que despide vapor, si bien con intermitencias, y, ya tan delgado, sutil é incoloro, que casi se confunde con la atmósfera, y apenas si se advierte por su ligero movimiento, ya denso y blancazo, semejante á nubecilla pasajera que roza el vértice, y suele percibirse al pie de El Ceboruco, y aún á larga distancia. Aquí en la altura, al salir esas fumaradas, se oye un soplo vigoroso, capaz de helar los huesos y causar estremecimientos.

Para ver hacia el fondo, preciso es orillarnos al Cráter: queremos avanzar, y vacilamos. ¿Cómo sujetarnos para no caer, si nos desvaneciere el abismo? Pero no conformes con verle á siete ú ocho metros de distancia, nos decidimos, juzgando que no es tan peligroso, por estar la orilla en declivio

hacia afuera en aquel punto. Tomados de la mano, y enterrando la contera de los bastones, intentamos llegar al Cráter. A cada paso se ahonda más á nuestra vista, y se prolongan hacia abajo sus paredes erizadas de rocas, como infinitos dientes de gigantescas mandíbulas que se abrieran para tragarnos. Casi á dos metros de distancia del borde, nos soltamos de la mano, dejamos los bastones de pesada contera, nos tendimos bocabajo y colocamos la cabeza encima del gran Cráter. ¡Qué profundidad, qué abismo! Lo baña el sol desde el cenit, y da lustre á la pez y cambiantes verdosos, flavos, blanquiscos y parduseos al azufre, á la ceniza, á la pómez detenidos en las rocas salientes. Sus paredes bajan casi verticales, hasta donde, á centenares de metros, se estrecha el abismo y se pierden de vista en la obscuridad. Distingúense innumerables basaltos con aspecto de gentes descabezadas, deformes, que se agarran unas á otras, como si subieran por aquellos relices. Cerca de media hora estuvimos *Duralis* y yo contemplando aquel vacío profundísimo, incomensurable, lleno de contrastes; de claridades de sol y negruras de sima, y remirando sus dilatados contornos, bruñidos y resplandecientes en medio de sus tonalidades atezadas y grises; y quedó grabada en nuestra alma aquella visión apocalíptica, la mayor de nuestras impresiones de occidente, que ningún rasgo ni detalle descriptivo harían sentir á mis lectores, sino sólo la realidad, la inmensidad de aquel abismo, lóbrego aun inundado de luz, que horada la montaña y

penetra en las regiones del fuego.

Hicimos rodar un basalto, y se estrelló en otro de la pared del Cráter, y fué dando tumbos en los de abajo, produciendo un rumor de voces huecas y de carcajadas roncacas, como si las gentes descuartizadas que parecían escalar la sima, rieran de la caída de uno de sus semejantes, ó vociferaran de espanto. Arrojamus otro con más violencia, y desapareció en la hondura sin el más leve ruido.

Cuando nos levantamos, apartando los ojos de aquella profundidad y volviéndolos hacia el horizonte, nos pareció estrechísimo: El Ceboruco, menos elevado, y los campos y las eminencias del contorno más cerca de nosotros; y era todo el occidente lo que se ofrecía á nuestra vista, caldeado por el sol y matizado de mil tonos alegres, desde la Sierra Madre, hasta el océano Pacífico que azuleaba muy lejos, envuelto en tenue evaporación. Veíamos desde allí las gándaras como planicies, los bosques como praderías, las carreteras como trochas y las poblaciones como manchas blanquísimas entre macizos de verdura.

Nuestro descenso fué rápido, relativamente á la lentitud de la subida, y llegamos al campamento al oscurecer, por lo cual decidimos no continuar bajando, sino hasta el día siguiente, y reservámos para la madrugada los hachos que habían de alumbrarnos el camino. Emprendímosle á las dos de la mañana, en procesión fúnebre, llevando en alto los hachos encendidos; pero *Duralis* y yo no podíamos bajar aprisa con el nuestro, y como los de

nuestros compañeros daban luz suficiente, lo apagamos y devolvimos á un mozo.....

Al mediar la tarde reposábamos en una cabaña de La Olla, rodeados de la docena de habitantes del vallecito de Coapan, quienes nos miraban con asombro y nos interrogaban con curiosidad. Nuestras caballerías ensilladas nos aguardaban á corta distancia, y una hora después desmontábamos en la posada de Tequepexpan.

Al día siguiente partimos para Santa María del Oro, de donde pasamos al cortijo de El Mirador, á tomar la carretera de Tepic para El Monte de los Cuartos.

UNA NOCHE EN EL ESTERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



elta
ndi-

nuestros compañeros daban luz suficiente, lo apagamos y devolvimos á un mozo.....

Al mediar la tarde reposábamos en una cabaña de La Olla, rodeados de la docena de habitantes del vallecito de Coapan, quienes nos miraban con asombro y nos interrogaban con curiosidad. Nuestras caballerías ensilladas nos aguardaban á corta distancia, y una hora después desmontábamos en la posada de Tequepexpan.

Al día siguiente partimos para Santa María del Oro, de donde pasamos al cortijo de El Mirador, á tomar la carretera de Tepic para El Monte de los Cuartos.

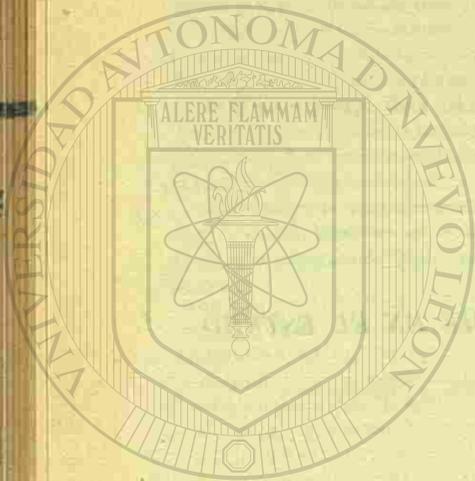
UNA NOCHE EN EL ESTERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



elta
ndi-



UNA NOCHE EN EL ESTERO

Al amanecer acabó la lluvia torrencial que no había cesado en toda la noche; y, atravesando la plaza principal de Santiago Ixcuintla, cuyos pórticos estaban desiertos, y vacíos me parecían más largos, me dirigí al embarcadero, á ver los preparativos de nuestros bogas para la partida. Atracadas bajo los sauces de la ribera estaban muchas canoas, casi llenas de agua llovediza, y en cada una achicaba un barquero descalzo y con pantalones y calzoncillos arremangados hasta los muslos. Todos los barqueros en fila achicaban á la vez: con simultáneos movimientos introducían en el agua el ancha paletilla del remo; la levantaban, y arrojaban el líquido al río. Entre risas unos, y otros con exclamaciones, se referían al mismo tiempo sus trabajos de aquella noche tempestuosa: quién había tenido que descargar su barca en mitad de la tormenta, para salvar las mercancías, co-

elta
ndi-

locándolas en el cobertizo de la playa; á quién sorprendió la noche lejos aún de Santiago Ixcuintla, y tuvo que luchar con el viento, el aguacero, la creciente y las tinieblas, para haber de arribar á la madrugada, cansado, soñoliento, empapado y atarido, y quién hecho un odre se durmió en el fondo de su canoa, y no sintió que embarcaba agua sino hasta que ya casi se ahogaba.

Una de esas canoas, la mayor y más fuerte del Ayuntamiento de Santiago Ixcuintla, era *El As*, que yo había elegido para una travesía á lo largo del río Grande y del estero que desemboca en la barra de San Blas; y los remeros que contraté para tripularla eran muy expertos y duchos en la maniobra.

A las seis de la mañana, colocados nuestros asientos y ligeros equipajes en la camareta que á cierta distancia de proa y de popa formaba un tendal, tres pasajeros á bordo de *El As* nos confiábamos á la poderosa corriente del anchuroso río, plateada á trechos por altos copos de espuma, y llena de rammas y hojarasca arrastradas desde las selvas.

Dejábamos á Santiago á la derecha, por cima de cuyos árboles y tejados se veía la torre azul al alejarnos lentamente, y desde un alto corredor, abierta una persiana, *Mar* agitaba su pañuelo, mirándome con semblante afligido y lloroso. Pasamos por en frente de la margen de El Pueblo Nuevo, crecida de sauces frondosísimos, una barriada casi tan grande y populosa como la principal de Santiago Ixcuintla; pero más primitiva, salvaje y pintoresca,

con su suelo arenisco, sus casetas de palmera y sus silvosos huertecillos. Nos alejamos mucho. Quedó escondida la población entre su pomposa verdura, y todavía, y aun á mayor distancia, se miraba al alejarnos, la torre azul de la parroquial, destacándose junto á El Calvario, de verdor opulento, á cuyo pie se alza.

En las apartadas orillas del río alternan con bosques altísimos dilatados campos, brillantes, floridos de estrellas blancas y rosas, y entre los yerbajales de las playas se divisan disformes corpazos de caimanes que, al aproximarse *El As*, ó al tronar nuestras carabinas, se arrojan sin estrépito en el agua, se hunden y reaparecen lejísimos. La caza de estos saurios nos entretuvo todo el día. En algunos sitios de los que atravesábamos abundan tanto, que por todas partes asomaban su hocico prolongado y plano, y su dorso robusto y escamoso, ya nadando ágiles y deslizadores, con esfuerzos de la potente cola, ya tendidos é inmóviles, abandonados á la corriente, y confundiendo con los ramazones que flotaban.

Un balazo en la cabeza, única parte vulnerable del caimán, como de sus congéneres el cocodrilo y el gavial, protegidos en el resto del cuerpo con los escudos córneos y las crestas dentadas y duras de su piel coriácea, los hacía sumergirse, y en breve salir á flor de agua, volqueándose, y mostrándonos su pecho pardusco, ó gris amarillento, rayado á cuadros, y sus cuatro patas, cortas y palmeadas, provistas de cinco dedos separados las de adelante, y

de cuatro las de atrás, unidos por una membrana que facilita la natación, y armados, tres en cada pata, de uñas corvas y puntiagudas. En sus boqueadas les mirábamos la lengua adherida en toda su longitud á la mandíbula inferior, y las cavidades de la superior, donde, cuando ambas se juntan, se alojan los dientes arregazados y más largos, que con el tiempo la taladran y sobresalen.

Lazábamos algunos caimanes heridos, y con la fuerza con que de un colazo derriban un toro, se llevaban nuestra embarcación de una margen á otra, distantes centenares de metros, la remolcaban río arriba, la arrastraban con rapidez vertiginosa río abajo y la hacían zozobrar hasta que los soltábamos, ó lográbamos sacarlos espirantes á la ribera.

Con este pasatiempo llegamos al boquete del estero á eso de las cinco de la tarde, y bogando por entre las moledas que allí empiezan, abrimos latas y botellas, que hasta entonces nos acordamos de comer, y lo hicimos con una voracidad rayana en la de los caimanes, que se engullen su presa, no la mascan.

Encontramos el estero invadido por el bosque; hecho un algáida. Los manglares se entrelazan dentro del agua, donde flotan sus ambas, y en cada bogar se enreda *El As* en la maraña, y hay que romper brecha con los machetes de que van provistos los barqueros. Nos internamos más, y hallamos atravesadas en el estero gruesas ramas de camichines, de alimos, ó licanias, entre líquenes, helechos y huembes que los envuelven, y algún tronco de-

ribado á corta altura, suficiente para que pasen por debajo pequeñas canoas; pero la nuestra no cabe, y á hachazos se le abre camino. Fué preciso quitar el tendal que la cubría, y quedamos expuestos á la lluvia que de un cielo pardo negruzco empezó á caer desde la anochecida. Bien pronto empapó la fronda que colgaba hacia el estero, y corriendo por ésta iba á caer en la barca. Nos acaparramos á nuestros impermeables, pero á las dos horas nos resolvimos á desnudarnos y á ayudar á los bogas en su afanosa lucha con el follaje que obstruía el paso, y con el agua que hacía la barca, y que los obligaba á dejar los machetes y hachas, para achicar con los remos. Sin éstos ni la palanca navega *El As* trabajosamente, empujado por nosotros, asiéndonos de las ramas altas, mientras los bogas destrozan las bajas. En ciertos parajes saltaban en el agua los cuatro, y sumergidos hasta el pecho ó la cintura, empujaba uno á popa la canoa; otro tiraba de ésta á proa, y dos á babor y á estribor la desenlazaban rompiendo el ramaje. Así avanzábamos unas cuantas brazas en cada hora; y á cada paso se estrechaba más el estero en medio de la selva oscura é impenetrable. El agua nos baña, nos corre por todo el cuerpo, chorrea por las narices y la barba y nos ha pegado á la piel los calzoncillos arremangados hasta la rodilla, única ropa que nos permiten la lluvia incesante y la ruda maniobra. Nos enjugamos con los pañuelos, y bien pronto volvemos á quedar ensopados. La mollina continúa; el rumor de su caída en el este-

elta
ndi-

ro imita quejas y llanto, y en las tupidas hojas movimiento de alguien que se acerca, como si próximos anduviesen los tigres y caimanes que se persiguen en aquellos humedales.

Solemos llegar á sitios un tanto despejados: el bosque se retira, el estero se ensancha, vuelven los barqueros á la palanca, y en los hondables á los remos, y *El A^s* navega libremente. Nos sentamos en la borda los pasajeros, nos enjugamos una y otra vez el agua y el sudor con los pañuelos ya empapados, y descansamos del agetreo aunque brevemente. Relucen algunas estrellas á través del alto-estrato, se adelgazan las tinieblas en que el bosque se halla sumergido, brillan la mojada frondescencia y la corriente tranquila, retratando el firmamento gris y las negruras de la selva. Los grillos y sapos y cigarras cantan sin cesar, y de vez en cuando se oyen los gritos siniestros del antillo, oculto en algún hueco de apartado higerón.

Pero la noche se prolonga, el cielo se entolda más, á las tenues claridades sucede la densa obscuridad, el manglar se multiplica, se cierra, los bejuocos trepan, se enredan, y otra vez empezamos la brega con hachas y machetes contra los troncos caídos y las ramas alabeadas, que invaden la corriente y derienen nuestra barca..... Tras largo hachear volvemos á ponerla á flote, y sigue con su interrumpido bogar entre la espesura. En momentos de descanso nos acomete el sueño; pero no hay dónde recostarnos; no hay un palmo seco ni á cubierto de la lluvia, y rendidos, desvelados, con frío

y rehilo continuamos de pie, ó sentados en la regala, de donde con frecuencia nos desaloja el ramaje con que van rozando las bandas de la canoa. Levantamos la vista al cielo, y sigue el alto-estrato inmóvil é inmutable; la dirigimos hacia adelante, y á corta distancia el estero desaparece entre un ejército de troncos que se alinean á babor y á estribor, rectos ó encorvados, de donde parten mil brazos que se levantan, se retuercen, se enlazan cargados de hojas y urilos de las plantas trepadoras. En partes, la obscuridad es completa, no se ven ni la claridad del cielo plumizo, ni la del estero, y se tupen las randas á través de las cuales se tamizaba la tenuísima luz del cielo: todo es tapetado, y á ciegas impelemos resueltamente la canoa, hasta que vuelve á chocar con un tronco, y se vara. Empezamos de nuevo la faena veinte veces repetida, de hachear, levantar los palos, sacarlos del agua y quitarlos del lecho del estero.

Torna á despejarse un poco de malezas, y se dilata y ahonda el cauce; pero en la barca ha subido el agua lo menos un pie, mientras nos dedicábamos á abrir paso; y á fin de no suspender la marcha, no achicamos con los remos, sino con los sombreros de los bogas y con los nuestros de paja, y hasta con vasos y platos. Desalojamos el agua del barco, é impertérritos, animosos y con fuerzas tan cabales como si empezáramos la faena, proseguimos macheteando mangles, lianas y cortinajes de hiedra extendidos de una margen á otra.

Cuando amanece, la lluvia, que había cesado un

elta
ndi-

instante, vuelve presto: se anuncia por el ruido con que gruesas gotas mueven la fronda, y se desata con violencia: se vela el estero con los hilos vaporosos de la tormenta, que no dejan ver ni en los parajes más descubiertos.....

Pasa el turbión, y sigue bañándonos una lluvia suave, que nos hiela y hace tiritar.

A las ocho de la mañana, después de veintiseis horas de navegación, nuestra larga y pesada canoa entra en la parte más ancha del estero, donde nos anuncia la proximidad del puerto de San Blas la multitud de canoas de leñadores, que aparecen á lo lejos, salidas de donde se juntan los manglares de verdor alegre que bordean el estero y dan á las aguas el mismo color. Pasan rápidamente junto á la nuestra esas canoas, tripuladas cada una por un barquero sentado á popa, que nos saluda. Volvemos á formar la camareta con el ten lal, y gracias á que nuestra ropa y equipajes envueltos en los impermeables y en la lona no se mojaron, podemos vestirnos.

Arribamos después de mucho bogar por esa parte anchurosa y profunda del estero, pues íbamos muy despacio, contra la marea, mientras que las canoas que venían del puerto cruzaban con rapidez, impelidas por la corriente, cuya dirección no se advierte á la vista; pero se siente al sumergir el remo en el agua.

INDICE

	Páginas
Dedicatoria	5
En la Sierra.....	9
Santiago Ixcuintla	31
Cuadro Sombrío que Aclara	57
Una Hora en la Playa.....	63
Mi Primer Día á Bordo.....	71
Cántico en el Bosque	81
Mexcaltitán.....	87
La Cruz de Tepic I	113
— II.....	119
El Monte de los Cuartos	131
En El Ceboruco. I La Aldea Negra.....	140
— II. El Campo de los Mutilados.....	149
— III. Por Lavas y Boscajes	161
— IV. El Cráter Nuevo.....	169
Una Noche en el Estero	183

instante, vuelve presto: se anuncia por el ruido con que gruesas gotas mueven la fronda, y se desata con violencia: se vela el estero con los hilos vaporosos de la tormenta, que no dejan ver ni en los parajes más descubiertos.....

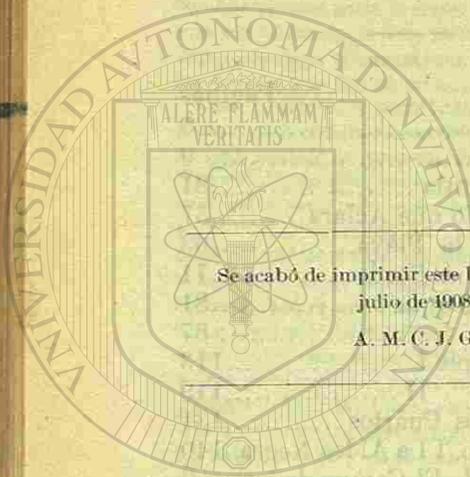
Pasa el turbión, y sigue bañándonos una lluvia suave, que nos hiela y hace tiritar.

A las ocho de la mañana, después de veintiseis horas de navegación, nuestra larga y pesada canoa entra en la parte más ancha del estero, donde nos anuncia la proximidad del puerto de San Blas la multitud de canoas de leñadores, que aparecen á lo lejos, salidas de donde se juntan los manglares de verdor alegre que bordean el estero y dan á las aguas el mismo color. Pasan rápidamente junto á la nuestra esas canoas, tripuladas cada una por un barquero sentado á popa, que nos saluda. Volvemos á formar la camareta con el ten lal, y gracias á que nuestra ropa y equipajes envueltos en los impermeables y en la lona no se mojaron, podemos vestirnos.

Arribamos después de mucho bogar por esa parte anchurosa y profunda del estero, pues íbamos muy despacio, contra la marea, mientras que las canoas que venían del puerto cruzaban con rapidez, impelidas por la corriente, cuya dirección no se advierte á la vista; pero se siente al sumergir el remo en el agua.

INDICE

	Páginas
Dedicatoria	5
En la Sierra.....	9
Santiago Ixcuintla	31
Cuadro Sombrío que Aclara	57
Una Hora en la Playa.....	63
Mi Primer Día á Bordo.....	71
Cántico en el Bosque	81
Mexcaltitán.....	87
La Cruz de Tepic I	113
— II.....	119
El Monte de los Cuartos	131
En El Ceboruco. I La Aldea Negra.....	140
— II. El Campo de los Mutilados.....	149
— III. Por Lavas y Boscajes	161
— IV. El Cráter Nuevo.....	169
Una Noche en el Estero	183



Se acabó de imprimir este libro el día 5 de

julio de 1908.

A. M. C. J. G.

OBRAS

— DE —

JOSÉ MARÍA BARRIOS DE LOS RÍOS

(DURALIS ESTARS)

PUBLICADAS POR

LA BIBLIOTECA ESTARSIANA

OCEANO

Un tomo de 140 páginas, con retrato del autor y facsímil de su firma. Ha sido juzgada esta colección de poesías como «la obra profunda, genial, de trascendencia y de relieve del gran poeta.» Así se expresa un periódico, á propósito de la primera edición. «De los primeros ejemplares—añade—he-mos recibido uno..... Hemos rememorado la honda y filosófica yerba del docto literato, hemos vuel-to á sentir el estremecimiento que producen las concepciones del genio. Leyendo á «Océano,» nos parece ascender, como si el espíritu inflamado, abandonando su envoltura, llegara á las excelsitu-des de la sublime idealidad de la belleza eterna.»

Precio del ejemplar á la rústica: \$1. 00.

POMPILLAS

POESIAS FESTIVAS

Un volumen en cuarto, de 200 páginas, con retrato del autor, facsimile de su firma y biografía. Contiene esta copiosos datos acerca del origen, estudios, escritos carácter y fallecimiento del poeta.

Sus composiciones reunidas en ese tomo son Sonetos Traviesos, Versos Jingoos y Cuentos, con otras satíricas, algunas heróicas y epigramas originales y traducidos.

Precio del ejemplar á la rústica: \$1.50 cvs.

EL PAIS DE LAS PERLAS

— Y —

CUENTOS CALIFORNIOS

Un volumen de 170 páginas, con retrato del autor y facsimile de su firma.

Precio del ejemplar á la rústica: \$1.00 cvs.

Las tres obras se hallan de venta en las pobla-

ciones y casas siguientes,

Méjico. — Librería editorial de V^o de C. Bouret.
— Cinco de Mayo, N^o 45. — Apartado 219.

Guadalajara. — Librería de «El Regional.» — Esquina de las calles de Alhóndiga y D. Juan Manuel. — Apartado 79.

Zacatecas. — Casa de Carlos E. Escandón, Plaza de San Juan de Dios, N^o 8, altos.

En las mismas casas se vende á \$1.00 cvs. el ejemplar á la rústica,

PAISAJES DE OCCIDENTE

el primero de los libros recreativos de Enrique Barrios de los Ríos, que publica LA BIBLIOTECA ESTARSIANA; así como el opúsculo que anunciamos á la vuelta, y con el cual inició sus trabajos esta empresa editorial, prefiriéndole á las demás obras de su colección, porque era oportuno publicarlo en 1905, cuando aun funcionaba la Comisión legisladora, en cuyos estudios colaboraba con ese el autor. ®

ANTINOMIAS

— DEL CODIGO DE —

VE PROCEDIMIENTOS CIVILES

POR EL LIC.

D. ENRIQUE BARRIOS DE LOS RIOS

Nomografía escrita para la Comisión de Reformas á la Legislación del estado de Jalisco, y útil en el distrito y los territorios federales y en las demás entidades de la república mexicana donde rige el Código de Procedimientos Civiles expedido en Méjico el 15 de mayo de 1884.

Precio del ejemplar á la rústica: 50 evs.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

elta
ndi-

uelta
indi-



U
ANL

ERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

RECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

